

MEMORIA Y CRÍTICA DE LA EDUCACIÓN

Colección dirigida por
Agustín Escolano Benito

SERIE CLÁSICOS DE LA EDUCACIÓN

Consejo asesor
Secretaría

Gabriela Ossenhach Sauter (UNED)

Miguel Beas Miranda (Universidad de Granada)

Carmen Colmenar Orzaes (Universidad Complutense de Madrid)

Narciso de Gabriel Fernández (Universidad de A Coruña)

Josep González-Agápito (Universidad de Barcelona)

Alejandro Mayordomo Pérez (Universidad de Valencia)

Antonio Viñao Prago (Universidad de Murcia)

María Esther Aguirre Lora (UNAM, México)

Jesús Alberto Echeverri (Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia)

Antonio Nóvoa (Universidad de Lisboa)

Gregorio Weinberg (Buenos Aires) †

Entidad colaboradora: Sociedad Española de Historia de la Educación (SEDHE)

Michel de Montaigne

ENSAYOS SOBRE EDUCACIÓN

Edición de Joan Lluís Llinàs

BIBLIOTECA NUEVA

MONTAIGNE, M. de
 Ensayos sobre educación / Joan Lluís Llinàs (ed.). - Madrid : Biblioteca Nueva, 2015.
 184 p. ; 21 cm. (colección Memoria y crítica de la educación, serie clásicos)
 ISBN : 978-84-16170-26-5
 1. Educación 2. Enseñanza 3. Pedagogía I. Michel de Montaigne II. Joan Lluís Llinàs (ed.)
 JN JNF JNH

© Traducción cedida por Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2015
 © De la introducción, Joan Lluís Llinàs, 2015
 © Editorial Biblioteca Nueva, S. L., Madrid, 2015
 Almagro, 38
 28010 Madrid
 www.bibliotecanueva.es
 editorial@bibliotecanueva.es

ISBN: 978-84-16170-26-5
 Depósito Legal: M-25.065-2015

Impreso en Lável Industria Gráfica, S. A.
 Impreso en España - Printed in Spain

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs., Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Índice

INTRODUCCIÓN: LA EDUCACIÓN SEGÚN MONTAIGNE, Joan Lluís Llinàs	9
1. Una persona mediocre	11
2. Un libro singular	15
3. Rasgos de los <i>Ensayos</i>	17
4. La recepción de los <i>Ensayos</i> en España	20
5. El contenido de los <i>Ensayos</i>	22
6. Las ideas educativas	24
7. Los capítulos de esta edición	28
8. La actualidad de las ideas educativas de Montaigne	33
BIBLIOGRAFÍA	37

ENSAYOS SOBRE EDUCACIÓN

CAPÍTULO XXV. DEL MAGISTERIO	45
CAPÍTULO XXVI. DE LA EDUCACIÓN DE LOS HIJOS	59
CAPÍTULO VIII. DEL AMOR DE LOS PADRES POR LOS HIJOS	93
CAPÍTULO X. DE LOS LIBROS	113
CAPÍTULO XIII. DE LA EXPERIENCIA	127

INTRODUCCIÓN

JOAN LLUÍS LLINÀS

La educación según Montaigne

1. UNA PERSONA MEDIOCRE

Si Michel de Montaigne (1533-1592) no hubiese escrito los *Ensayos* habría pasado desapercibido para la historia. Aunque fue alcalde de Burdeos y trató con el rey Enrique III y con Enrique de Navarra (futuro Enrique IV) su relevancia política no es suficiente como para figurar en los libros de historia. Su vida no tiene nada de especial, y es similar a la que pudo llevar a cabo cualquier miembro de la nobleza francesa de provincias de la época¹. Su familia estaba instalada en Burdeos, por aquel entonces un puerto comercial importante, con conexiones tanto con España como con el norte de Europa, con la exportación de vino como actividad principal. Cuando Montaigne nace en 1533, Burdeos era la tercera ciudad de Francia, por detrás de París y Lyon, aunque para los gascones Francia era el norte de Francia. Desde la mitad del siglo XII hasta la mitad del siglo XV la Guyena —cuya capital era Burdeos— estuvo bajo dominación inglesa, por lo que la idea de nación como objeto natural de fidelidad era nueva. Así, un gascón que iba a

¹ Para una biografía detallada de Montaigne, véase Donald Frame, *Montaigne. A biography*, Londres, Hamish Hamilton, 1965, y Jean Lacouture, *Montaigne à cheval*, París, Seuil, 1996.

París iba a Francia, y, aunque el gascón escrito desapareció durante el siglo XVI existía conciencia de diferenciación, por lo que entra dentro de la lógica que Montaigne se considerase más gascón que francés.

Michel nace en el seno de una familia de nobleza reciente. Su madre era López de Villanueva, familia de origen marrano proveniente de la península ibérica. Su padre, Pierre Eyquem, era miembro de una familia que dos generaciones anteriores se había enriquecido con el comercio, y fue el primero en nacer en el castillo de Montaigne y en adoptar la profesión de armas de la nobleza. Pierre fue alcalde de Burdeos (elegido en 1554), luchó por recuperar los privilegios de la ciudad, perdidos en 1451 con la conquista de la ciudad por parte de los franceses. Aunque no dominaba el latín, simpatizaba con los planteamientos humanistas, sobre cuyo conocimiento había profundizado por su participación en las campañas militares de Francia en Italia. Así, quiso ofrecer a su primogénito una educación exquisita, inspirada en el *De pueris statim* de Erasmo, y después de la crianza habitual en el campo, el pequeño Michel fue confiado a un preceptor alemán que tenía el mandato expreso de hablar a Michel únicamente en latín. De este modo, más que el gascón o el francés, el latín fue la lengua materna de Montaigne, de manera que tanto sus padres como el servicio tuvieron que aprender un poco de latín para poder comunicarse con él. Y, en consecuencia, sus primeras lecturas no fueron de libros de caballería, como era habitual en la época, sino de clásicos latinos como Horacio, Virgilio, Terencio o Plauto. Montaigne, por tanto, siguiendo una moda educativa de la época, es hijo de su tiempo, pero en la medida en que su padre aplica esa moda de manera extrema, Montaigne es más bien extemporáneo, pues sus principales referentes culturales no son los de su tiempo, sino los grandes hombres del pasado grecolatino. Ese aprendizaje del latín debía ser completado con el del griego, aunque obviamente no podía serlo del mismo modo. Así, Pierre ideó para su hijo un sistema de aprendizaje del griego mediante el juego y la diversión. Si hacemos caso a lo que escribe Montaigne, el sistema no fue muy eficaz, pues considera que no tiene el conocimiento suficiente como para leer a los autores griegos en su lengua, y se alegra de que aparezcan traducciones francesas. En cualquier caso, su dominio del latín es tal que a los seis años era muy superior de sus profesores del colegio de Guyena, por aquel entonces uno de los mejores de Fran-

cia, con profesores de prestigio como Grouchy, Guerente, Buchanan o Muret. Pero más allá del dominio de las lenguas, el principio que anima la educación que recibió es el de la libertad: se trata de que la educación se produzca por el propio deseo y no por obligación. Un ejemplo que nos ofrece el propio Montaigne en los *Ensayos* nos da la idea de cómo se desenvuelve: su padre había oído decir que el cerebro de los niños quedaba afectado si se les despertaba bruscamente por la mañana, así que dio orden que su hijo Michel fuese despertado cada mañana mediante el sonido de un dulce instrumento. Como se puede comprobar, la educación recibida por Montaigne fue concienzuda y cuidada hasta en los más mínimos detalles, siguiendo la moda del ideal de formación del humanismo.

A los 21 años, Michel de Montaigne sustituye a su tío en la *Cour des Aides* (o de Périgueux), para posteriormente pasar al Parlamento de Burdeos, donde ejercerá como magistrado durante 16 años. Es allí donde conoce a Etienne de la Boétie, escritor que pasará a la historia por su *Discursa sobre la servitud voluntaria* (conocido en la época como *Contr'Un*), y con quien entabla una extraordinaria amistad. El carácter único de esa amistad queda reflejado en el capítulo «De la amistad» (*Ensayos*, I,28), y la muerte prematura de La Boétie en 1563 supone un duro golpe para Montaigne. La Boétie es objeto de muchas referencias a lo largo de los *Ensayos*, y es uno de los motores que impulsa a Montaigne a la retirada y a dedicarse a la escritura. En 1562, Montaigne se casa, sin entusiasmo, con Françoise de la Chassagne, con quien tendrá seis hijas, de las cuales sólo una, Leonor, sobrevivirá a la más tierna infancia. Un matrimonio de conveniencia, típico de la época, que transcurre sin muchas tensiones. A diferencia de lo que sucede con su padre, ni su madre ni su mujer aparecen mencionadas en los *Ensayos*. Es precisamente tras la muerte de su padre y heredar el castillo y el título de señor de Montaigne cuando Michel, con 38 años, decide vender su cargo de magistrado y retirarse al castillo con la idea de pasar tranquilo el resto de sus días y dedicarse principalmente a la lectura. Se trasladó a una de las torres (hoy en día la única parte que se conserva del castillo de entonces, y que se puede visitar), en la cual instaló una capilla en la planta baja, el dormitorio en el primer piso y la biblioteca en el segundo.

Y la lectura condujo a la escritura. Con el impulso inicial de homenajear a La Boétie, Montaigne empieza a escribir lo que se-

rán los *Ensayos*. Aunque en 1567 había traducido la *Teología Natural* de Raimundo Sabunde por encargo de su padre, los *Ensayos* serán propiamente su única (y gran) obra. La primera edición ve la luz en Burdeos en 1580, y constaba de dos libros con 57 y 37 capítulos respectivamente. Montaigne decide ir a París a presentar su libro, y emprender luego un viaje por Europa con el propósito declarado de visitar balnearios para aliviar las afecciones renales que padecía. Así, atraviesa Francia, y pasa por Alemania para luego dirigirse a Roma para someter el libro a la aprobación de la Curia. Durante el viaje, Montaigne toma notas (o las hace tomar a su secretario), dando lugar a un *Diario de viaje*, que no será editado hasta 1774. El *Diario* refleja cómo viaja Montaigne: poca referencia al paisaje y mucho interés por la forma de vida de la gente que habita los lugares por los que pasa. En Roma, los *Ensayos* reciben la aprobación con solo algunas sugerencias de cambio que se dejan a criterio del autor —que decide no cambiar nada.

Estando en Italia, recibe la comunicación del Rey de que ha sido elegido alcalde de Burdeos por un período de dos años. Aunque criticado por ser excesivamente tranquilo, su labor no debió desagrada, pues fue reelegido por dos años más. Al acabar su mandato, en 1585, Montaigne se concentra en una nueva edición ampliada de sus *Ensayos*. Así, en 1588 se publica la quinta edición, que incluye un tercer libro, con 13 capítulos, y numerosos añadidos a los capítulos de los dos primeros libros. Montaigne sigue retirado, aunque su actividad política no finaliza con la alcaldía, pues participa de diversas reuniones relacionadas con la lucha por el poder entre católicos y protestantes. Los últimos años vienen marcados por la preparación de una nueva edición y por la amistad con Marie de Gournay. Considerada por Montaigne como su hija adoptiva, Gournay queda absolutamente fascinada por el autor de los *Ensayos*, y será ella quien, tras la muerte de Montaigne, se ocupe —junto con el amigo de la familia Pierre de Brach— de editar la nueva edición póstuma de los *Ensayos*, que incorpora abundantes añadidos a la mayoría de los capítulos, y que ve la luz en 1595. Muerte de Montaigne que acaece el 16 de septiembre de 1592, mientras oía misa desde su cama a través de un orificio que había hecho para tal efecto entre el dormitorio y la capilla. Como vemos, se trata de una vida que tiene su interés, pero que no es para pasar a la Historia. Es una vida mediocre en el sentido etimológico del término, esto es, una vida media, ordinaria. Si hoy

nos referimos a ella es porque está ligada a un libro extraordinario: los *Ensayos*.

2. UN LIBRO SINGULAR

Antes de explicar la singularidad de los *Ensayos* y su relación con la teoría de la educación, conviene recordar cómo nos encontramos con el texto actualmente. Los especialistas en Montaigne suelen distinguir tres capas del texto: a) la de la edición de 1580; b) la de 1588; c) la de 1595. Pero también nos encontramos con el llamado ejemplar de Burdeos, un ejemplar de 1588 con notas manuscritas de Montaigne e indicaciones claras de dónde debían interpolarse. Este ejemplar, encontrado en el siglo XVIII, parece que era un ejemplar destinado a una nueva edición de los *Ensayos*. Coincide en su mayor parte con los añadidos de la edición póstuma de 1595, pero no totalmente, con lo cual el debate sobre qué edición utilizar está abierto. Actualmente, y aunque se ha utilizado el texto de 1595 como referencia para alguna edición reciente francesa (como la de La Pléiade), la mayor parte de especialistas citan por la edición clásica del gran estudioso Pierre Villey, que señala con las letras *a b c* las tres capas del texto y utiliza en *c* el ejemplar de Burdeos (indicando las variantes de la edición de 1595). Los textos que podemos leer en nuestra edición se basan en la obra de Villey, pero omiten la señalización de las capas. Aunque los *Ensayos* crezcan y se diversifiquen, no dejan de ser una única obra, y en vida de Montaigne no se indicaban los añadidos. Lo que es sin duda importante para el especialista —saber cuándo fue escrito tal pasaje— no lo es tanto para el lector común, que se encuentra, aborde la edición que aborde, con una sola obra.

Montaigne califica a su libro como único en el mundo. ¿Qué es lo que le hace singular? El aviso al lector que precede a la primera edición y que se mantendrá inalterable en las sucesivas ediciones indica que su propósito es solo «doméstico y privado», pues ha escrito solo para «solaz de parientes y amigos», para que dispongan de un retrato suyo una vez que él haya desaparecido. El propósito, pues, es pintarse, y para ello debe ser sincero, al menos «en la medida que el respeto público me lo ha permitido». Así, concluye Montaigne dirigiéndose al lector, «yo soy la materia de mi libro, no hay razón para que ocupes tu ocio en tema tan frívolo y vano.

Adiós pues». Este planteamiento indica varias cosas. En primer lugar, no estamos ante un libro sobre educación o pedagogía, como tampoco ante uno de filosofía. No se trata de una obra especializada, ni escrita por un especialista. Estamos ante un libro escrito por una persona normal que pretende mostrarse tal como es. Pero, en segundo lugar, ¿qué sentido tiene perder el tiempo leyendo un libro así? Pintarse mediante la escritura, en principio, y más allá de la belleza del retrato, parece que solo ha de interesar, en efecto, a los conocidos que pueden reconocer a la persona en el retrato. Sin embargo, Montaigne publica su libro, quiere ser leído, y la despedida al lector anónimo parece más bien una estrategia retórica. Y si Montaigne quería ser leído, sin duda tuvo éxito, pues aún hoy suscita nuestro interés. Lo que encontramos, cuando empezamos a leer, no es tanto una biografía, esto es, un relato más o menos ordenado cronológicamente de los avatares de la vida del autor, sino las opiniones de Montaigne sobre temas muy diversos, opiniones a veces presentadas de manera aparentemente desordenada, pues un tema lleva a otro y ese nuevo a otro que a su vez permite recuperar el primero. Esas opiniones son solo eso, opiniones, sin, en principio, más valor que cualquier otra. Sin embargo, en el defecto está la virtud. Es precisamente porque se trata de las opiniones de un hombre «particularmente mal formado», de una persona cualquiera, por lo que tiene valor. Montaigne parte de una postura escéptica, en auge en la época, que sostiene que no es posible conocer la esencia del ser humano, de describir completamente el género «hombre». De manera que la única posibilidad de entender qué es el hombre consiste en mostrar uno concreto, en todo su detalle. Nuestra comprensión de la humanidad aumenta a través del conocimiento de un hombre particular. Así, los *Ensayos* pueden ser vistos como un libro de antropología, y en tanto que tal, como un libro de filosofía, como una propuesta acerca del mundo y de la vida del ser humano. Y, comoquiera que toda filosofía, en la medida que sea una doctrina de la naturaleza humana, contiene en germen un sistema de pedagogía, es posible aproximarse también a los *Ensayos* desde una perspectiva pedagógica.

Sin embargo, para entender adecuadamente las ideas sobre educación que podemos encontrar en los *Ensayos* debemos detenernos un poco más en la originalidad del proyecto montaigneano. Es decir, para entender mejor lo que dice, tenemos que precisar qué es lo que hace al escribir un libro como los *Ensayos*.

3. RASGOS DE LOS *ENSAYOS*

Así, en primer lugar, debemos fijarnos que se trata de un libro con un título en plural, *Ensayos*, pero que remite a un singular, una sola obra. La tendencia habitual consiste en interpretar que cada capítulo del libro es un ensayo, y el conjunto forma una colección. Sin embargo, Montaigne no utiliza «ensayo» como sinónimo de «capítulo», sino más bien para designar su método intelectual, consistente este en poner a prueba sus ideas, en experimentar. Porque eso precisamente significa «ensayo» en el francés del siglo xvi: prueba, tentativa, ejercicio. Y «ensayar» significa verificar, probar, experimentar, emprender, exponerse al peligro, pesar, tantear. El ensayo está ligado a Montaigne a un ejercicio, a una experiencia de sí. En el proceso de pintarse Montaigne pone a prueba sus facultades naturales, principalmente su juicio. Es el juicio el que es puesto a prueba en cada página de su libro, y eso explica que el resultado de la pintura sean las opiniones de Montaigne y no los hechos de su vida, que solo aparecen en la medida en que se insieren en el desarrollo de una exposición de ideas. Así pues, no es del todo apropiado denominar «ensayo» a cada capítulo de la obra. Cuando se refiere a su libro, Montaigne no utiliza el término «ensayo», sino que lo califica de escritos, piezas, memorias, rapsodia, ejemplos, o apilamiento de piezas diversas. Y este apilamiento no está desordenado, sino que se presenta dividido en tres libros y en cada uno de ellos, 57, 37 y 13, respectivamente. Además, en un orden que no es cronológico aunque Montaigne no explica cómo efectúa esa clasificación.

En segundo lugar, el proyecto de pintura de sí explica que el libro, aunque sea uno, esté continuamente en evolución. Montaigne, como se ha señalado ya, añade fragmentos de texto en cada edición. No elimina prácticamente nada, pues cada momento de escritura responde a un estado de su opinión, a una manera de ser suya. Pero como nada es estático y el yo, el objeto de la pintura, cambia y se diversifica, también debe hacerlo el texto. Montaigne, al leer sus *Ensayos*, produce nuevas ideas que son incorporadas al libro. A veces las interpolaciones producen el efecto que frases anteriores se interpreten de otra manera, a veces confirman o amplían la idea inicial. Otras veces, las digresiones son amplias y frecuentes, como sucede en general con los capítulos del tercer libro.

En tercer lugar, y como consecuencia de lo anterior, los *Ensayos* presentan la característica de hacer a su autor tanto como él los ha hecho. Montaigne, después de hacer notar esta peculiaridad, añade que el libro es consustancial a su autor. En tanto que primer lector de su libro, este se presenta como un material de experiencia, como materia de reflexión que conduce a nuevas ideas. Así, el libro cambia con Montaigne y, al mismo tiempo, Montaigne cambia con el libro. De manera que los *Ensayos* devienen el elemento básico para la formación de ese ser humano particular que es Michel de Montaigne, y el ensayarse el instrumento para llevar a cabo esa formación.

En cuarto lugar, aunque el libro pretende ser fiel reflejo de su autor, y en este sentido es absolutamente original, llama la atención la ingente cantidad de material prestado que atraviesan los *Ensayos*. Por una parte, más de mil citas, la mayoría de autores latinos, que respetan el idioma original. Por otra, las alegaciones, generalmente de autores clásicos, del tipo «Platón decía que...». Además, los préstamos ocultos, fragmentos de texto tomados de otros autores sin mencionar su procedencia, generalmente de Séneca y Plutarco. El libro, que ya desde el «aviso al lector» pretende ser original, parece estar hecho de retazos. El libro pretendidamente consustancial a su autor está construido a partir de fragmentos de pensamiento ajenos... ¿Cómo es posible, entonces, que Montaigne afirme que su libro es único en el mundo, pues en los demás el autor puede separarse de la obra, mientras que en el suyo esto no es posible, de manera que quien conozca a uno conocerá también al otro? Si lo que está escrito en el libro no es ajeno al autor sino que lo muestra tal como es, ¿cómo se legitima la introducción en el mismo de fragmentos ajenos? La respuesta tiene un cariz epistemológico y educativo. Para Montaigne, como afirma en uno de los capítulos que reproducimos en esta edición, la verdad no es de quien la ha dicho primero ni de quien la ha dicho después. Uno está legitimado a introducir fragmentos ajenos siempre que estos reflejen el pensamiento propio. Es decir, lo que justifica el uso de ideas ajenas es el principio de asimilación o de integración: si ellas reflejan genuinamente su propio pensamiento, el autor puede hacer uso de ellas porque, en realidad, no son ajenas sino que le pertenecen. El conjunto de citas, en consecuencia, reflejará plenamente al autor. Esta manera de proceder es, en realidad, el reflejo de todo proceso educativo: la mayoría de nuestras

ideas son aprendidas, ajenas, pero una vez asimiladas a nuestra particular concepción del mundo, pasan a formar parte de nuestro patrimonio y reflejan nuestra propia identidad. Montaigne no toma ideas prestadas para adoctrinar, sino que se vale de expresiones ajenas para mostrar ideas que ya son genuinamente suyas.

Finalmente, debemos recordar que con Montaigne se inaugura un nuevo género literario. Él es el primero en titular una obra «Ensayos», aunque el sentido que le da no es exactamente el mismo que en la actualidad. Un ensayo, según la Real Academia de la Lengua, es un escrito en el cual un autor desarrolla sus ideas sin necesidad de mostrar el aparato erudito, y es también el género literario al que pertenece este tipo de escrito. El ensayo es una obra generalmente breve, que aborda de manera no especializada y con vocación literaria cuestiones diversas. Los *Ensayos* de Montaigne se ajustan a esta descripción, aunque no son solo eso. Ciertamente, en el género ensayístico el autor está más reflejado en la obra, pues se trata de un escrito en primera persona que pone sobre la mesa determinadas ideas de quien escribe. Pero en el caso de Montaigne hemos visto que este planteamiento es radical. De manera que el objeto del libro es su autor, y las ideas solo son el mecanismo para reflejarlo. Montaigne no hace simplemente ensayos como se hacen hoy en día, sino que se ensaya, esto es, pone a prueba sus pensamientos para mejor conocerse.

Pero quizás sea mejor, para entender qué hace Montaigne en los *Ensayos*, y, a modo de resumen, dejarle hablar a él:

Los demás forman al hombre; yo lo describo y represento un ejemplar particularmente mal formado y al que si hubiera de moldear de nuevo, haría muy otro del que es. Ahora ya está hecho. Y los trazos de mi pintura no se tuercen aunque cambien y varíen. El mundo no es sino perenne agitación. Muévase todo sin cesar: la tierra, las rocas del Cáucaso, las pirámides de Egipto, con el vaivén público y con el suyo propio. La misma constancia no es sino movimiento más lento. No puedo asegurar mi tema. Va confuso y vacilante con embriaguez natural. Tómolome en este punto tal y como está en el instante en el que me ocupo de él. No pinto el ser. Pinto el paso; no el paso de una edad a otra o, como dice el pueblo, de siete años en siete años, sino día a día, minuto a minuto. He de adaptar mi historia al momento. Podré cambiar dentro de poco no solo de fortuna sino también de intención. Es un registro de diversos y cambiantes hechos y

de ideas indecisas cuando no contrarias; ya sea porque soy otro yo mismo, ya porque considere los temas por otras circunstancias y en otros aspectos. El caso es que quizás me contradiga, mas la verdad, como decía Demades, no la contradigo. Si mi alma pudiera asentarse, dejaría de ensayarme y decidirme, mas está siempre aprendiendo y poniéndose a prueba.

Propongo una vida baja y sin esplendor, todo es igual. Podemos unir toda la filosofía moral tanto a una vida popular y privada como a una vida de más alta alcuria; cada hombre encierra en sí mismo la forma entera de la condición humana.

Danse a conocer los autores al pueblo por alguna marca particular y externa; yo soy el primero en dar a conocer mi ser total, en mostrarme como Michel de Montaigne, no como gramático, o poeta, o jurisconsulto. Si se queja el mundo de que hablo demasiado de mí, quéjome yo de que él no piense solo en sí.²

4. LA RECEPCIÓN DE LOS *ENSAYOS* EN ESPAÑA

Un libro tan peculiar como los *Ensayos* es lógico que llamase la atención y se leyese con interés, también en España. Sin embargo, no fue un libro bien considerado por las instituciones, a causa de su inclusión en 1676 en el *Índice de Libros Prohibidos*. Montaigne es considerado un escritor de tendencia erasmista, y Erasmo ya había sido incluido en el citado *Índice* en 1559. En un país en el que la Contrarreforma había establecido una barrera de protección para evitar la contaminación de ideas contrarias a la ortodoxia católica, un autor como Montaigne era visto como peligroso. Eso explica que no encontremos ninguna traducción completa de los *Ensayos* en los casi cien años entre la primera edición de los *Essais* y la inclusión de la obra en el *Índice*, y la primera traducción entera de uno de los libros, el primero, a cargo de Diego de Cisneros entre 1634 y 1636, no será finalmente publicada debido en parte a la actitud distante del traductor. En efecto, en el Discurso del traductor que debía encabezar la obra, Cisneros remarca que pese a que

² Montaigne, *Les Essais*, Villey & Saulnier (ed.), París, PUF, 1988, Quadrige, 3 vol. Todas las referencias de esta introducción remiten a esta edición, indicando número de libro, número de capítulo y número de página. En su caso se indica también el número de página de la presente edición. Las traducciones al castellano se hacen por la siguiente edición: Michel de Montaigne, *Ensayos completos*, Madrid, Cátedra, 2008 (4.ª ed.), traducción de Almudena Montejo.

Montaigne sea católico romano, la doctrina que se desprende de su obra se aleja de la doctrina de la Iglesia, por lo que debe ser leída con cautela. Cisneros discrepa de Marie de Gournay, que consideraba a los *Ensayos* como un instrumento adecuado de la herejía, y en cambio sostiene que enseña los fundamentos principales de ella. Por ello Cisneros justifica correcciones y enmiendas al texto original en su traducción. Tendremos que llegar a 1898 para encontrar una traducción completa al castellano de los *Ensayos*, a cargo de Constantino Román y Salamero. Así, se puede hablar, siguiendo a Adolfo Castañón, de una «ausencia ubicua» de Montaigne, que condujo a la cultura hispánica a identificar al ensayo como un género de expresión de un pensamiento heterodoxo, autobiográfico, de literatura libre y exenta de culpa³. El ensayo de estilo montaigneano es rechazado por considerarlo algo frívolo, por lo que se perdió su carácter tolerante y dialogante, su carácter abierto resultado de su actitud escéptica. Frente a él, en España predominó un ensayo de carácter dogmático, destinado a establecer verdades, dejando de lado el aspecto más subjetivo e intimista. Esta concepción del ensayo hispano alejado del espíritu de Montaigne fue predominante hasta finales del siglo XIX, cuando el ensayo, especialmente en Iberoamérica con obras como la *Historia de mis libros* de Rubén Darío o *Los motivos de Proteo* de José Enrique Rodó empieza a aproximarse más a lo que hacía Montaigne, adoptando un tono más subjetivo, lúdico y escéptico.

En consecuencia, la influencia en España de las ideas de Montaigne sobre educación fue, desde el punto de vista institucional, poca, aunque esto no significa que Montaigne no fuese leído en España hasta el siglo XIX. Contra la tesis de Victor Bouillier que hasta mediados del siglo XIX no hay referencias de los *Ensayos* en la literatura española⁴, Juan Marichal intenta mostrar que Montaigne no fue tan ignorado en el siglo XVII⁵. Así, Quevedo lo leyó y tradujo algunas partes de los *Ensayos*, aunque según Borges no lo comprendió⁶. Saavedra Fajardo, erudito, irónico y humanista, lo conocía bien, y sus *Empresas* es quizás el libro escrito en español

³ A. Castañón, «La ausencia ubicua de Montaigne», *Vuelta*, 261 (1988), 86-88.

⁴ V. Bouillier, *La fortune de Montaigne en Italie et en Espagne*, París, Champion, 1922.

⁵ J. Marichal, «Montaigne en España», en *La voluntad de estilo*, Madrid, Revista de Occidente, 1971, 99-122.

⁶ J. L. Borges, *Obras Completas*, 4 vols., Buenos Aires, Emecé, 1999, vol. IV, 488.

que más se asemeja a los *Ensayos*, abordando diversos temas que tienen que ver con el hombre como objeto de estudio.

Ya en el siglo XVIII el sainetista Ramón de la Cruz cita a Montaigne para defender su forma de hacer teatro. Pero es, sin duda, en el siglo XX, cuando Montaigne se hace presente en el mundo hispano. En el ámbito de la literatura, Azorín le profesa gran admiración, y se identifica con él por la fusión entre literatura y vida y la formación del yo a través de la narrativa. Josep Pla, en su obra de juventud, aunque publicada tardíamente, *El quadern gris* (1956), afirma que no se cansa de leer a Montaigne, y el libro de hecho bebe de los *Ensayos*, en la medida que no es más que el relato de su vida y de lo que le envuelve, vida ordinaria pero contada en un tono finamente humorístico. Joan Fuster es quien mejor representa la literatura ensayística de corte montaigneano en la literatura catalana de la segunda mitad del siglo XX, con una consideración de la literatura como un ojo crítico, que intenta entender y explicar claramente lo que ve. En el mundo hispanoamericano es sin duda Borges quien desarrolla un estilo ensayístico de estilo montaigneano. Borges considera que tanto Cervantes como Shakespeare son hijos de Montaigne, y rastrear su influencia supondría reescribir la historia de la literatura.

Pero los *Ensayos* no son mera literatura, y su interés para el pensamiento se refleja en la atención que autores como Unamuno y Ortega dedican a Montaigne. Como este, Unamuno hace de sí mismo la materia de sus ensayos, por ser el hombre que más a mano tiene. Un ejemplo claro es su texto *Cómo se hace una novela*. Ortega cita a menudo a Montaigne como antecesor de su tesis de que el hombre es sustancial cambio, como por ejemplo en la *Asamblea para el progreso de las ciencias* o en *La pedagogía social como programa político*. Finalmente, podemos observar rastros de Montaigne en autores como Américo Castro, especialista en el siglo de Oro español y relacionado con el krausismo y la Institución libre de la enseñanza, que cita a Montaigne como un antecesor de las ideas cervantinas sobre la justicia.

5. EL CONTENIDO DE LOS *ENSAYOS*

Los *Ensayos* no son solamente un proyecto de pintura de sí, un proyecto filosófico sino también, como acabamos de ver en su recepción en España, una excelente obra literaria. Pero además, los *Ensayos* poseen un contenido que ha sido objeto de lecturas aten-

tas y de valiosas reflexiones. Ya se ha señalado que las ideas que pueda expresar Montaigne en un momento dado pueden cambiar, y que lo que se refleja en una edición puede modificarse en una posterior. Pero se dan una serie de contenidos básicos que prácticamente no sufren modificaciones a lo largo de la evolución del libro en tanto que forman parte del proyecto. De estos contenidos básicos se derivan las ideas concretas de Montaigne sobre educación, ideas que también se mantienen estables en la medida en que son coherentes con el proyecto de los *Ensayos* entendido como proyecto educativo. El primero de estos contenidos básicos consiste en que no es posible el acceso a la Verdad. Ningún conocimiento universal es seguro y definitivo. Montaigne mantiene así una actitud escéptica en relación con el conocimiento, pues el análisis de nuestros instrumentos cognoscitivos —la razón y la experiencia— revela que son instrumentos limitados y falibles, instrumentos que no nos pueden proporcionar el acceso al Ser. Esta actitud escéptica tiene dos aspectos que influyen en cómo educar. Por una parte, Montaigne critica a los vanidosos que pretenden poseer la verdad. Los podemos encontrar en campos diversos, como la educación (los pedantes) o la religión (los fanáticos). Una buena educación debe evitar esa vanidad consistente en tener la seguridad de que se posee la verdad. Pero por otra parte, la verdad tiene valor, es decir, Montaigne no cae en un relativismo extremo, sino que, aun sabiendo que no es accesible, hay que vivir buscando la verdad. Eso tiene su reflejo en cómo se lleva a cabo una conversación: partiendo de que no se posee la verdad, y que quizás no lleguemos a una conclusión definitiva, hemos de asumir que quizás nuestro interlocutor nos proporcione algún argumento que nos convenza, y hemos de estar dispuestos a incorporarlo a nuestras ideas.

Así, el segundo de estos contenidos básicos es la defensa de la tolerancia, actitud vital consecuencia de no tener acceso a la Verdad. La búsqueda sincera de la verdad sirve para combatir la vanidad humana y para convertirnos en mejores seres humanos. Y esta búsqueda sincera de la verdad implica una actitud tolerante, en el sentido de ser capaz de ser afectado por el otro. El interlocutor, en este sentido, sirve de medida de nuestro juicio, y pasa a formar parte del proceso de ensayarse, esto es, de nuestro proceso de formación. Si la Verdad estuviese establecida —como de hecho sucedía en la época medieval—, ya no habría divergencias pues todo estaría claro. Pero la puesta en cuestión del orden medieval con el desarrollo de

ideas escépticas en el Renacimiento, que conllevan la falta de seguridad en el acceso a la Verdad, supone un mundo abierto, un mundo en el que todo en principio es posible, un mundo en el que debemos construir nuestra vida. La génesis del mundo moderno supone, por tanto, la necesidad de replantear la educación, pues ya no está claro que exista una sola forma de vida aceptable.

Y en tercer lugar, la necesidad de buscar nuevas referencias para conducir la propia vida lleva a Montaigne a buscar en la naturaleza ese referente. Una naturaleza que en el caso del ser humano es pluridimensional, pues hay que tener en cuenta a la naturaleza macrocósmica, a la social y a la individual. Se trata de aceptar lo macrocósmico, es decir, aquello que escapa al control humano (como la muerte), adaptarse a la sociedad construyendo una naturaleza social que tiene la doble vertiente del individuo inserto en una sociedad y de la misma sociedad que tiene su propio ser, y realizar la naturaleza individual, en tanto que el hombre no es nada ya hecho. La educación debe atender a esa triple naturaleza, preparando al ser humano para formarse a sí mismo al tiempo que se integra en la sociedad en la que vive y que acepta los hechos incontrolables. Se trata, pues, de que el ser humano se fabrique su propia naturaleza, de manera que no sea algo forzado, algo artificioso, algo externo, sino algo suyo hecho por él. Así, por ejemplo, Montaigne llega a hacer suyo el mal de la piedra, a integrarlo en su propio ser. El objetivo queda claro en la última página de los *Ensayos*:

Es absoluta perfección y como divina el saber gozar lealmente del propio ser. Buscamos otra condición por no saber usar de la nuestra, y nos salimos fuera de nosotros por no saber estar dentro. En vano nos encaramamos sobre unos zancos, pues aun con zancos hemos de andar con nuestras propias piernas. Y en el trono más elevado del mundo seguimos estando sentados sobre nuestras posaderas⁷.

6. LAS IDEAS EDUCATIVAS

El proyecto de los *Ensayos* de la pintura-escritura de sí es un proyecto de formación de sí. En este sentido, el conjunto de la obra puede ser visto como un proyecto educativo: se trata de conocerse

⁷ Montaigne, *Les Essais*, «De la expérience», III,13,1057; 181.

mejor para construirse mejor y afrontar la vida mejor. Pero para llevar a cabo esto, se necesitan instrumentos y un entrenamiento adecuado. Montaigne desarrolla esta cuestión especialmente en uno de los capítulos del primer libro de los *Ensayos*, «De la educación de los hijos» (I, 26). La dedicatoria del capítulo a Diana de Foix, condesa de Gurs, que estaba esperando un niño, sugiere que las ideas que se van a exponer no tienen por objeto a la comunidad educativa, sino en principio solo a ese niño de la alta nobleza que va a nacer y que está destinado a ocupar un lugar importante en la Corte. Otra cosa es que cualquier lector pueda aprovechar lo que se expresa y lo aplique a su propio caso concreto. Así, Montaigne no pretende llevar a cabo un tratado completo sobre educación, sino, nos dice, tan solo incidir en una idea que considera novedosa. Ante un sistema educativo de su tiempo que considera basado en la memoria, Montaigne propone un preceptor —no una escuela— que tenga por objetivo básico la formación del juicio de su alumno. La formación de uno mismo no sería posible sin la capacidad de razonar por sí mismo, de juzgar con finura. Para formar el juicio se necesita libertad y buscar la verdad. Libertad porque no se debe forzar el ritmo del alumno, y porque sin libertad de hecho no es posible desarrollar el propio juicio. Verdad porque debe ser el fin de la investigación o la disputa, para abrir el juicio a la razón y evitar que el juicio quede condicionado por el ansia de la victoria, es decir por la búsqueda de la verdad entendida como honestidad intelectual, por la disposición a aceptar argumentos ajenos si los consideramos mejores. De este modo, la educación pasa no por repetir las palabras de la lección, sino del sentido y la sustancia, con el objetivo de que la asimile, la haga suya. Solo así sacará provecho de la lección, provecho que se constata por el testimonio de la vida, no de la memoria (I,26,151; 64).

Montaigne propone diversas actividades para formar el juicio, mencionémoslas sin que el orden signifique primacía alguna. El juicio se forma, por ejemplo, viajando, y Montaigne recomienda que esta actividad se realice desde la más tierna infancia (I,26,153; 66). Pero, de la misma manera como viajaba Montaigne, no se trata tanto de fijarse en los paisajes o en los monumentos, sino en las costumbres de la gente que habita los lugares que visitamos. Se trata de fijarnos en cómo comen, hablan, duermen, se relacionan. Todo esto nos proporciona información sobre la condición humana, y nos permite constatar la diversidad de formas de vida humana

posibles. Podemos viajar no solo a través del espacio, sino también a través del tiempo, es decir, mediante la lectura. Montaigne define a la historia como la anatomía de la filosofía, en la medida que nos proporciona información sobre los hombres que están detrás de las ideas. Montaigne tiene una concepción de la historia extraída de Plutarco, esto es, lo que importa no son los grandes hechos del pasado, sino la conducta y el carácter de los hombres, ya que son ellos los protagonistas de la historia, los que pueden servirnos de ejemplo para mejor conducir nuestra vida. Así, no se trata de aprender las historias, sino de aprender a juzgarlas (I,26,156; 70).

La formación del juicio, sin embargo, no se lleva a cabo solamente mediante el viaje en el tiempo y en el espacio, sino también en el día a día. Montaigne pide al alumno que esté atento a todo, pues cualquier detalle sirve para ejercer el juicio, «todo sirve a la formación» (I,26,155-156; 70). La formación, entonces, no se reduce a un horario, a un espacio y a una materia fijados, sino que abarca toda la vida y todo momento concreto que experimenta una persona. Interés especial tiene para Montaigne la experiencia de lo que denomina el comercio con los hombres, es decir, la conversación con los demás. Esta se realiza plenamente en el marco de una auténtica amistad, pero comoquiera que desgraciadamente no se suele dar lo importante es tener un alma de distintos niveles que sea capaz de charlar a gusto con cualquier persona, sea de la clase que sea⁸. Al tratar con los demás, hay que evitar hacer gala de los conocimientos propios, pues se trata de adquirir nueva mercancía más que de soltar la nuestra (I,26,154; 68). La modestia, el silencio, la no exasperación, la no apariencia de saber, son cualidades del buen conversador, es decir, del que aprovecha la conversación para formar su juicio. Y, sobre todo, hay que instruir al niño para que «se rinda y deje las armas ante la verdad, en cuanto se percate de ella; ya nazca de manos de su adversario, ya de sí mismo por mudar de parecer» (I,26,155; 69).

Como se ve, la formación del juicio pasa por la vida social. El mundo es el libro del colegial (I,26,157-158; 72), es el lugar en el que aprendemos, y el mundo del ser humano es un mundo social. Vivimos en sociedad, y la vida social tiene una finalidad educativa. Así, aunque en algún capítulo de los *Ensayos*, como «De la sole-

⁸ Véase «De los tres comercios», III,3.

dad» (I,39), Montaigne desearía para el sabio una vida retirada, de hecho, el camino hacia la sabiduría, el camino hacia una buena vida para el ser humano, pasa por tener experiencias, y estas solo son posibles a partir del contacto con otros seres humanos. Montaigne es claro al respecto:

Me gustaría que el Paluel o Pompeyo, esos dos maravillosos bailarines de mi época, nos enseñasen a hacer sus cabriolas simplemente con que las viéramos, sin movernos de nuestros asientos, así como quieren estos instruirnos el entendimiento sin moverlo ni ponerlo a trabajar; o que nos enseñasen a manejar un caballo, o una pica o un laúd, o la voz, sin ejercitarnos a hablar ni a juzgar. Y para este aprendizaje, todo cuanto se presenta a nuestros ojos sirve de valioso libro; la malicia de un paje, la necedad de un criado, una frase de sobremesa, son otras tantas materias nuevas (I,26,152; 66).

La formación del juicio será dirigida por un instructor que posea una cabeza bien hecha más que bien llena (I,26,150; 64). La escolástica heredera de la educación medieval basaba su sistema educativo en determinados libros, depositarios del saber y fuente de autoridad. Educar, entonces, consistía en aprender unas técnicas interpretativas que hiciesen posible descubrir en los libros la verdad. El humanismo aparece como una alternativa a este procedimiento, al poner la libertad y la felicidad del hombre como fundamento a la hora de abordar el texto. Así lo importante no es memorizar fragmentos y procedimientos, sino dar vida a las palabras. Sin embargo, el humanismo, que parte de la idea de la formación del juicio, a menudo la olvida, cuando convierte a la lectura de los clásicos —que se suponía que respondía a un interés por el ser humano— en un fin en sí mismo. Montaigne, en este sentido, puede ser visto como el intento de recuperar ese humanismo primigenio y reactivo al saber medieval. La formación humanista se basaba en la retórica, la historia y la filosofía moral. Montaigne defiende, como ya lo hacía Quintiliano, la subordinación de la retórica y del lenguaje en general al ser humano (I,26,168-169; 83-84). De manera similar, ya hemos dicho que la historia no consiste en relatos de hechos, sino en una disciplina que ha de permitir un mejor conocimiento de los hombres. Por último, la filosofía moral se convierte en la disciplina fundamental de la educación que propone Montaigne. Las páginas centrales de «De la educación de los hijos» son una defensa de la filosofía, entendida esta

como formación moral (I,26,158; 72), filosofía que debe alojarse en nuestra alma para hacer posible la libertad y la felicidad (I,26,161; 75). La filosofía que nos enseña a vivir no puede por tanto ser triste (I,26,160; 75), y debe ser enseñada en primer lugar, pues si no se hace así nos enseñarían a vivir cuando la vida ya ha pasado (I,26,163; 77). Solo «después de haberle dicho lo que sirve para hacerle más prudente y mejor, le explicarán lo que es la lógica, la física, la geometría, la retórica; y fuere cual fuere la ciencia que elija, teniendo el juicio ya formado, la aprenderá fácilmente» (I,26,160; 74).

Se comprende, por tanto, que Montaigne proponga un preceptor particular, pues es muy importante escoger a una persona que tenga claro cuál es el objetivo, objetivo que la escuela de su época no tenía o había olvidado. La imagen que Montaigne transmite de la escuela de su tiempo es bastante negativa, comparando las horas diarias de estancia en la misma con una condena (I,26,165-166; 78). La figura del preceptor, además, posee otra ventaja, consistente en dirigir la educación racionalmente, en el sentido de no desviarse del objetivo marcado, algo que para Montaigne difícilmente pueden conseguir los padres, pues su amor natural les entenece demasiado y por tanto les ablanda (I,26,153; 67). Porque no se trata solo de educar el alma, sino también el cuerpo, al que hay que entrenar para soportar las adversidades, y para evitar que nos genere estados de ánimo que escapen a nuestro control (I,26,153; 67). Así, la educación debe permitirnos poder hacer de todo —tanto por lo que respecta al alma como al cuerpo— y querer solo lo bueno —aquello que nuestro juicio decide que es lo mejor (I,26,167; 81). Una educación dirigida en todo momento por el preceptor con «severa dulzura», sin crueldad y combinando la firmeza con el ejercicio de la libertad, al contrario de lo que según Montaigne sucedía en la escuela (I,26,165-166; 80). Más allá de la crítica a la escuela de su tiempo, el problema que tiene la escuela para llevar a cabo con éxito el proceso de formación del juicio del alumno es su carácter uniformizador y la extrema dificultad de dedicar atención individualizada a cada uno de ellos.

7. LOS CAPÍTULO DE ESTA EDICIÓN

Si bien el capítulo más importante de los *Ensayos* en lo que atañe a las ideas educativas de Montaigne es «De la educación de los hijos», en muchos otros capítulos aparecen, de una manera

más o menos extensa, ideas que completan o redundan en las expuestas en ese capítulo. En la edición que el lector tiene entre las manos puede leer unos cuantos de esos capítulos, el conjunto de los cuales nos da una idea bastante exacta de cuál es la propuesta educativa de Montaigne.

«Del magisterio»⁹ es el capítulo que antecede a «De la educación de los hijos» y que forma un conjunto con él. Si este se centra más en formular las ideas sobre cómo educar y con qué fin, «Del magisterio» se ocupa más de la crítica a la educación de la época. El problema que se plantea en este capítulo es pedagógico: dando por supuesto lo que Montaigne defenderá en «De la educación de los hijos», esto es, que se trata de formar seres humanos y que para ello se debe formar el juicio y el entendimiento, la cuestión está en si una excesiva materia de estudio ahoga el desarrollo del juicio, como sucede con las plantas que se ahogan cuando tienen demasiada agua (I,25,134; 46). Lo que defiende Montaigne, sirviéndose de ejemplos del mundo antiguo, es que el problema no está tanto en la cantidad sino en el olvido de cuál debe ser el objetivo de la educación. Es la «forma errónea de entender las ciencias» (I,25,136; 48) la culpable de que «ni los discípulos ni los maestros se hagan más hábiles, aunque se hagan más doctos» (ibídem). El problema, pues, no está en la cantidad de conocimientos que se adquieren sino en considerar que la educación será tanto más buena cuanto mayor sea el número de conocimientos que se posean. Así, «Del magisterio» centra su crítica en la figura del pedante, es decir, del maestro¹⁰, que solo se preocupa de transmitir información pensando que esta es un fin en sí misma y olvidando que de lo que se trata es de quién es mejor sabio, no más sabio (I,25,136; 48). Dicho de otra manera, se trata de enseñar con el objetivo último de educar. Y para mostrarlo, Montaigne utiliza la misma metáfora que luego empleará en el capítulo siguiente, «De la educación de los hijos»: como sucede con la comida, que debemos digerirla, es decir, transformarla, debemos hacer nuestros los conocimientos que adquiramos. Los pedantes suponen el ejemplo

⁹ «Des pedants» en el original francés.

¹⁰ Pedante es una deformación del cultismo *pedagogo*, y se identifica con la palabra preexistente italiana *pedante*, «persona que va a pie», ya que quien acompaña a los niños va a pie. El pedante era uno de los personajes prototípicos de la comedia italiana del siglo XVI, figura objeto de burla por su vana pretenciosidad.

más significado de la falta de digestión, pues ellos son los encargados de educar, y, no habiendo asimilado lo que poseen por falta de juicio, solo pueden transmitir lo que les queda: la memoria llena. Ese es el problema de la educación: dado que el objetivo es la formación del juicio —pensar por sí mismo—, es necesario que quien educa sepa hacerlo. Si no es el caso, la tarea educativa fracasa, y los conocimientos adquiridos son inútiles (I,25,140; 52-53).

En estos dos capítulos, el modelo de Montaigne no es el ideal de formación cristiana, pues el cristianismo plantea la educación desde el principio de autoridad de la Iglesia, sino el mundo clásico. Así, en ninguno de estos dos capítulos sobre educación se menciona la educación cristiana, y sí en cambio se resaltan los valores del pueblo lacedemonio y los preceptos que podemos encontrar en Platón. La Constitución de Licurgo, por la que se regían los espartanos, consideraba la educación de los niños como la tarea más importante del Estado y mencionaba al respecto muy poco la ciencia y sí en cambio la formación moral, en la línea de las *Leyes* de Platón (I,25,142; 54-55). Los espartanos priorizan la capacidad de juzgar antes que la acumulación de conocimientos, y la práctica antes que la teoría. Por su parte, Sócrates ridiculiza a Hippias —que menospreciaba a aquel por ignorante— demostrándole la superioridad de su forma de vida. Ante un saber pedantesco (que llamaríamos sofístico en la época de Platón) es necesario reivindicar la filosofía entendida como un ejercicio del alma que permite desarrollar el juicio y crecer como personas.

El resto de capítulos que el lector puede encontrar en esta edición complementa las ideas ya expuestas en «Del magisterio» y «De la educación de los hijos». Como ya sucede con este último, «Del amor de los padres a los hijos» (II,8) juega con la analogía entre el libro y el hijo. El amor de los padres a los hijos es similar al que Montaigne profesa a los *Ensayos*, amor a un proyecto novedoso de pintura de sí. El amor de los padres a los hijos es algo que Montaigne considera casi universal, propio de la naturaleza. En el ser humano, sin embargo, posee la peculiaridad de que ese sentimiento natural se produce ligado a un juicio y a una voluntad libres, que transforma ese sentimiento animal en un sentimiento humano. El amor a los hijos —de acuerdo con sus ideas sobre educación—, debería, según Montaigne, incrementarse en la medida que aquellos van creciendo y adquiriendo un uso adecuado del juicio. Del mismo modo, el amor de los hijos a los padres tiene

que venir dado por su bondad, su virtud y su sabiduría. Siendo los padres así, se harán amar y respetar, al tiempo que conseguirán que los hijos también lo sean. Nuevamente, pues, la llave de una buena educación reside en la figura de quien educa, ya sea un preceptor, un maestro de escuela o un padre. Es desde esta perspectiva que Montaigne aborda en este capítulo diversos aspectos de las relaciones entre padres e hijos, como la diferencia de edad aconsejable, las cesiones de responsabilidad, las dificultades de comunicación... En definitiva, tanto las relaciones entre padres e hijos como las que se establecen entre el autor y su obra se rigen por los mismos parámetros, y tanto en la obra como en el hijo se debe reflejar lo que su autor ha puesto.

«De los libros» (II,10) aborda uno de los instrumentos básicos de la formación, la lectura. Se trata de un capítulo muy personal, en el que Montaigne nos da a conocer cómo efectúa la lectura, qué le gusta leer y qué piensa de muchos autores. El capítulo nos recuerda que Montaigne se está pintando, y que este es el objetivo. Sin embargo, el contenido es coherente con sus propuestas educativas, y se ofrecen para que el lector efectúe su propia reflexión. Así, las reflexiones sobre la lectura no se enmarcan en una crítica erudita, sino que son las de un hombre que está ejerciendo su juicio. Hombre con un juicio libre, que nos recuerda que no hay que hacer caso de quién escribe, sino de lo que se escribe, es decir, no porque lo haya escrito Séneca o Plutarco será bueno. Que nos indica que la lectura tiene que ser un placer, que tiene que permitir el juicio libre, que el placer no está reñido con la formación. De los libros que mejor sirven para esto último, Montaigne prefiere a Séneca y a Plutarco, en primer lugar porque escriben «a trozos deshilvanados», no exigen una larga dedicación —y Montaigne nos dice que raramente lee una hora seguida; y en segundo lugar, porque sus opiniones son «útiles y verdaderas». En cambio, no le gusta Cicerón porque en una gran cantidad de texto encontramos poca sustancia. Le encantan los historiadores —recordemos que en «De la educación de los hijos» recomienda la historia como elemento de formación— porque es en ese género donde el hombre en general —el conocimiento del cual Montaigne nos dice perseguir— aparece más real y entero. Y, finalmente, nos relata que para no olvidar lo leído escribe un resumen indicando la fecha al final de cada libro que lee.

«De la experiencia» (III, 13) es el último capítulo de los *Ensayos* y, en este sentido, supone la culminación del proyecto de pin-

tura de sí. No es propiamente un capítulo donde se expongan ideas sobre educación, pero muestra el hombre resultante de la aplicación de las ideas educativas anteriormente expuestas. La pintura del yo es un proyecto de formación de sí, y el conocimiento científico queda subordinado a la filosofía entendida como la pregunta que nos hacemos a nosotros mismos sobre quiénes somos y cómo hemos de vivir. «De la experiencia» se enmarca desde su inicio («no hay deseo más natural que el deseo de conocimiento») dentro del diálogo con la tradición filosófica. La actitud escéptica respecto del conocimiento que adopta Montaigne le conduce a la necesidad de replantear la metafísica tradicional, que se basaba en la creencia en la posesión de la ciencia verdadera, y de poner en primer plano la experiencia personal, que hace posible la formación en mayor medida que la experiencia repetida y controlada de la actividad científica. «De la experiencia» explicita un proceso presente en todo el libro, esto es, la transformación de los conceptos de razón y experiencia. La experiencia externa es reemplazada por la propia; la razón universal, por el juicio personal. Se trata, en el proyecto de formación que son los *Ensayos*, no tanto de pensar las cosas como de pensar sobre ellas. El capítulo había empezado parafraseando a Aristóteles y finaliza alabando a Sócrates, en la medida que este representa la relación entre el saber y la vida humana, que elabora un saber hecho de preceptos que sirven para la vida. Es la humanidad de Sócrates y no sus rasgos relacionados con la divinidad (el *daimon*, sus éxtasis) lo que interesa a Montaigne, es decir, el hecho que representa a un hombre común, con sus virtudes y sus defectos, un hombre que se limita a aprovechar lo que experimenta para ser más y mejor consciente de sí mismo y situarse mejor ante la vida. En las últimas páginas del capítulo y de los *Ensayos* Montaigne afirma que nada hay tan bello y legítimo como hacer bien el hombre. Para esto se pretende la formación del juicio, para mejor circunscribirse a uno mismo, para determinar qué puede esperar uno tanto en el ámbito físico, como en el psicológico, en el moral o en el intelectual. En «De la educación de los hijos» Montaigne afirma que el objetivo de la educación es ser mejor y más sabio. El último capítulo explicita en qué consiste esto: saber vivir, lo que implica conocer lo mejor posible la propia naturaleza para «gozar lealmente del propio ser». El resultado de la educación, en consecuencia, es el hombre que sigue su naturaleza, que sabe acomodarse a su condición, ejerciendo en cada momento

su juicio libre y formado, el hombre que adquiere, a la manera de Sócrates, una excelente mediocridad. Y es el hombre que, en un mundo cambiante y diverso, se ensaya, se pone a prueba, que escribe un libro sobre sí mismo que refleja un proyecto de educación individual, proyecto que se ofrece al lector como un espejo para que pueda eventualmente llevar a cabo el propio. Los *Ensayos*, pues, pueden ser considerados como el nuevo manual de ese proyecto educativo moderno de formación de sí mediante el ejercicio del juicio.

8. LA ACTUALIDAD DE LAS IDEAS EDUCATIVAS DE MONTAIGNE

Los contenidos de las propuestas educativas de Montaigne no son originales, pues no difieren ni de la filosofía moral clásica ni del primer humanismo, propuestas que, de alguna manera, han llegado hasta la actualidad. Desde los griegos hasta ahora, es frecuente defender la formación del juicio o del entendimiento para conseguir personas libres, la educación comprensiva y no meramente memorística, la educación no basada en la autoridad sino en la aceptación racional. Sin embargo, estas posiciones, asumidas teóricamente por la mayoría, no suelen reflejarse en la práctica. En la actualidad, subyace una idea de fondo a las distintas propuestas educativas, idea quizás más explícita en la ley vigente a inicios de 2014, la LOMCE: se trata de formar personas de provecho para la actividad económica. Parece que se trata de educar para conseguir ser más competitivos. La clave de toda acción en el mundo educativo pasa por elucidar cuál es la finalidad de la educación. La ausencia de reflexión —y cuando esta se ha dado, de consenso— sobre la finalidad de la educación ha sido una de las causas que ha conducido a los numerosos cambios en la normativa educativa, de manera que en España hemos tenido hasta seis leyes generales de educación en los últimos treinta años. Ciertamente, los tiempos cambian a un ritmo muy veloz, y aparecen nuevas exigencias y necesidades. Pero la educación es un proceso que se dilata en el tiempo, y para evaluar adecuadamente una ley educativa se necesita aplicarla durante una generación sin alterar su estructura. En este sentido, Montaigne nos recuerda que pese a que todo cambia, el hecho que nos podamos servir de los clásicos para formarnos nos indica que hay elementos en el hombre que se sitúan más allá de los vaivenes de un momento histórico concreto. Si intentamos

adecuar la educación a un momento concreto, el problema es que cuando hayamos aplicado la ley hecha para ese momento, este ya habrá pasado.

Además, si bien los dirigentes políticos, para justificar cambios en la normativa educativa, defienden que se debe adecuar el sistema educativo a las necesidades de nuestro tiempo, no explicitan cuáles son estas necesidades, es decir, no explicitan cuál es la finalidad de la educación, por lo que no se entienden algunos cambios sobre, por ejemplo, la carga lectiva de las diversas materias. En este sentido, parece que subyacen dos planteamientos que entran en conflicto. Por una parte, se nos dice que el sistema educativo tiene como objetivo formar personas, y que para ello hay que educar en valores. Por la otra, la política educativa pretende formar trabajadores que se puedan incorporar eficazmente en el mercado de trabajo para incrementar la competitividad del país. Así, algunas materias y prácticas tienden mayormente a trabajar el primer aspecto, mientras que otras el segundo. La percepción social y política mayoritaria es que la educación debe servir prioritariamente para conseguir un buen trabajo, lo que conduce a pensar que la formación «humanística» es un obstáculo para el objetivo principal. Así, en cada reforma educativa asistimos a un refuerzo de la idea que lo básico es la formación para el mercado laboral, aunque sea a costa de otro tipo de formación. El resultado de este proceso lleva a trabajadores entrenados más o menos adecuadamente para una práctica específica pero con un déficit en formación ciudadana y en cultura general. Y, a la inversa, quien se dedica a las humanidades pasa por ser considerado un improductivo socialmente.

En este contexto, ¿qué utilidad puede tener releer a Montaigne? Los *Ensayos* nos recuerdan el orden de prioridades: se trata, en primer lugar, de formar personas, porque solo así dispondremos de buenos profesionales. Evidentemente, la situación de Montaigne no es hoy habitual. La única profesión en la que piensa para el niño que ha de ser educado es la de consejero real. En cambio, actualmente la mayoría de las personas deben trabajar para vivir. Pero percatémonos de que esta expresión «trabajar para vivir» implica dar prioridad a la vida, y que, por tanto, la educación ha de dirigirse primeramente a ella.

Así pues, la educación que propone Montaigne, aplicada hoy, supondría una educación humanística, que se dirigiese a que pu-

diéramos pensar por nosotros mismos, que podamos convertirnos en seres libres y autónomos. Solo si somos capaces de pensar podremos, en un segundo término, obrar con eficacia. Montaigne inmuniza contra el peligro que advierte Aldous Huxley en *Un mundo feliz*, y nos propone una educación plenamente coherente con una sociedad que pretenda ser democrática, pues la democracia exige individuos libres y autónomos, que piensen por sí mismos. Los contenidos de la formación escolar, por tanto, se subordinan a un objetivo mayor, la formación del juicio. La formación en el pensar autónomo va más allá de contenidos concretos, y supone trabajar en el ámbito de la competencia mental. En este sentido, la propuesta de Montaigne entronca en cierta manera con la inteligencia emocional, en el sentido que más que saber hacer hemos de saber estar, hemos de conocernos mejor a nosotros mismos para mejor situarnos en el mundo, y eso se consigue con la práctica —para Montaigne, con la formación del juicio. Es este entrenamiento del juicio el que debe permitirnos optimizar todos los ámbitos de nuestra existencia. Y, en la medida que para Montaigne la filosofía es la disciplina que mejor sirve para formar el juicio, la aplicación de sus ideas a la actualidad pasaría por una mayor presencia de la filosofía en el sistema educativo, aunque no como se imparte en la actualidad sino más bien de una manera similar a la propuesta de «Philosophy for Children» de Mathew Lipman.

Todo esto se puede resumir recordando algo que a menudo olvidamos: si la felicidad es aquello que persiguen la mayoría de los hombres, la educación tiene que poner las bases para que podamos efectivamente ser felices.

Bibliografía

EDICIONES DE LOS *ESSAIS*

- Essais de Michel de Montaigne*. Texto original de 1580 con las variantes de las ediciones de 1582 y 1587. Ed. R. Dezeimeris & H. Barckhausen. Burdeos, Féret & fils, 1870-1873. 2 vol.
- Essais de Michel de Montaigne*. Ed. H. Motheau & D. Jouaust. París, Librairie des Bibliophiles, 1873-1875. 4 vol. Reimpr. En 7 vol. (1886-1889). [Reproduce el texto de 1588.]
- Les Essais de Michel de Montaigne, publiés d'après l'exemplaire de Bordeaux avec les variantes manuscrites & les leçons des plus anciennes impressions, des notes, des notices et un lexique*. Ed. F. Strowski, F. Gebelin y P. Villey. Burdeos, F. Pech, 1906-1933. Vol. I (1906) a cargo de F. Strowski. Vol. II (1909) a cargo de F. Strowski. Vol. III (1919) a cargo de F. Strowski & F. Gebelin. Vol. IV (1920): Las fuentes de los *Essais*, a cargo de F. Strowski, F. Gebelin y P. Villey. Vol. V (1933): Léxico de la lengua de los *Essais* e Índice de los nombres propios, a cargo de P. Villey con la colaboración de Grace Norton. [Edición conocida por Edición municipal.]
- Essais de Montaigne (exemplaire de Bordeaux)*. Reproducción en cuadrícula del ejemplar con notas manuscritas marginales. Edición establecida y presentada con una introducción de Philippe Desan. Fasano-Chicago, Schema Ed.-Montaigne Studies, 2002.
- Les Essais de Michel Seigneur de Montaigne*. Edición nueva encontrada después del deceso del autor, revisada y aumentada por él un tercio más que las impresiones precedentes, París, Abel l'Angelier, 1595.

Essais de Michel de Montaigne. Ed. E. Corbet i C. Royer. París, Lemevre, 1872-1900. 5 vol. Texto de 1595.

Unas ediciones más recientes y utilizadas entre los estudiosos de Montaigne:

Oeuvres complètes. Ed. Thibaudet i Rat. París, Gallimard, 1962. Bibliothèque de la Pléiade.

Les Essais. Ed. Villey & Saulnier. París, PUF, 1988. Quadrige, 3 vol. [Reedición de la edición de 1965, basada a su vez en la Edición municipal.]

Les Essais. Nueva edición de J. Balsamo, C. Magnien-Simonin y M. Magnien. París: Gallimard, 2007. [Nueva edición de la colección de La Pléiade, basada ahora en la edición de 1595.]

Essais. Edición crítica de A. Tournon. París, Imprimerie Nationale, 1998. 3 vol.

TRADUCCIONES

En castellano podemos destacar dos ediciones completas de los *Ensayos*:

Ensayos completos, trad. A. Montojo, intr., notas y traducción de los sonetos de *La Boétie* de Álvaro Muñoz Robledano, Madrid, Cátedra, 4.ª ed., 2008.

Los Ensayos: según la edición de 1595 de Marie de Gournay, trad. Jordi Bayod, Madrid, Acantilado, 2007.

Además, encontramos tres ediciones del *Diario de viaje*:

Diario de viaje a Italia, ed. S. Rodríguez, Madrid, Cátedra, 2010.

Diario de viaje a Italia, Suiza y Alemania, trad. J. Casals, Barcelona, Ediciones Península, 1986.

Diario de viaje a Italia, trad. J. M. Marinas i C. Thiebaut, Barcelona, Debate, 1994.

En catalán existen diversas traducciones parciales, entre la que destaca una de textos sobre educación, y una traducción completa:

Assaigs, trad. V. Alonso, Barcelona, Proa, 2006-2008. 3 vol.

MONTAIGNE, Michel de, *Textos sobre educación*, trad. V. Alonso, estudio introductorio de Joan Lluís Llinàs, Vic, Eumo, 2012.

En euskera encontramos una traducción de los *Ensayos*:

Entseiuak, trad. E. Gil Bera, Bilbao, Klasikoak, 1991-1994.

DICCIONARIOS Y REFERENCIAS

DESAN, P. (dir.), *Dictionnaire de Michel de Montaigne*, París, Champion, 2007.

LEAKE, R. E., *Concordance des Essais de Montaigne*, Ginebra, Droz, 1981, 2 vol.

MAGNARD, P., *Le vocabulaire de Montaigne*, París, Ellipses, 2002.

BIOGRAFÍAS Y ESTUDIOS CONTEXTUALES

FRAME, D. M., *Montaigne, a biography*, Londres, Hamish Hamilton, 1965.

LACOUTURE, J., *Montaigne à cheval*, París, Seuil, 1996.

MOREAU, P., *Montaigne, l'homme et l'oeuvre*, París, Boivin, 1939.

NAYAM, G., *Montaigne et son temps. Les événements et les «Essais». L'Histoire, la vie, le livre*, París, Nizet, 1982.

— *Les Essais de Montaigne, miroir et procès de son temps*, París, Nizet, 1984.

PLATTARD, J., *Montaigne et son temps*, París, Boivin, 1933.

TRINQUET, R., *La jeunesse de Montaigne*, París, Nizet, 1972.

ESTUDIOS GENERALES

[En los casos en que haya edición en alguna de las lenguas del estado español, está puesta directamente esta edición]

AULOTTE, R., *Montaigne: Essais*, París, PUF, 1988. Colección «Que sais-je?». BARAZ, M., *L'être et la connaissance selon Michel de Montaigne*, París, José Corti, 1968.

BERMÚDEZ VÁZQUEZ, M., *Michel de Montaigne: la culminación del escepticismo en el Renacimiento*, Córdoba, Universidad de Córdoba, 2007.

BURGER, C. y BÜRGER, P., *La desaparición del sujeto. Una historia de la subjetividad de Montaigne a Blanchot*, trad. A. González Ruiz, Madrid, Akal, 2001.

BURKE, P., *Montaigne*, trad. Vidal Peña, Madrid, Alianza, 1981.

BUTOR, M., *Essais sur les Essais*, París, Gallimard, 1968.

CARRAUD, V. y MARION, J.-L. (ed.), *Montaigne: scepticisme, métaphysique, théologie*, París, PUF, 2004.

CASALS, J., *La filosofía de Montaigne*, Barcelona, Edicions 62, 1986.

— *L'experiment d'Aristòtil*, Barcelona, Edicions 62, 1992.

CHAMIZO DOMÍNGUEZ, P. J., *La doctrina de la verdad en Michel de Montaigne*, Málaga, Universidad de Málaga, 1984.

COMPAGNON, A., *El gato encerrado. Montaigne y la alegoría*, trad. M. Arranz, Barcelona, Acantilado, 2011.

- CONCHE, M., *Montaigne y la filosofía*, trad. R. Bertran Alcázar y M. Bertran Alcázar, Barcelona, Paidós, 2009.
- DESAN, P., *Montaigne, les formes de l'esprit*, París, PUPS, 2008.
- FRAME, D. M., *Montaigne's discovery of man*, Nueva York, Columbia University Press, 1955.
- FRIEDRICH, H., *Montaigne*, traducción francesa del original alemán (Berna, Francke, 1949) a cargo de Robert Rovini, París, Gallimard, 1968.
- FUMAROLI, M., *La diplomacia del ingenio. De Montaigne a La Fontaine*, trad. C. Martínez, Barcelona, Acantilado, 2011.
- LLINAS, J. L., *L'home de Montaigne*, Barcelona, Proa, 2009.
- *Montaigne*, Archivo de internet, Liceus, 2005, www.liceus.es (e-excellence).
- MAGNARD, P. y GONTIER, T. (dir.), *Montaigne*, París, Cerf, 2010.
- MATHIEU-CASTELLANI, G., *Montaigne, L'écriture de l'essai*, París, PUF, 1988.
- MERLEAU-PONTY, M., *Elogi de la filosofía*, Barcelona, Laia, 1988. [Tiene un capítulo dedicado a Montaigne.]
- NAKAM, G., *Les Essais de Montaigne, miroir et procès de son temps*, París, Nizet, 1984.
- NAVARRO REYES, J., *Pensar sin certezas. Montaigne y el arte de conversar*, Madrid, FCE, 2007.
- *La extrañeza de sí mismo: Identidad y alteridad en Michel de Montaigne*, Sevilla, Fénix Editora, 2005.
- POUILLOUX, J.-Y., *Lire les Essais de Montaigne*, París, Maspéro, 1969.
- SAYCE, R., *The Essays of Montaigne. A critical exploration*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1972.
- SÈVE, B., *Montaigne, Des règles pour l'esprit*, París, PUF, 2007.
- STAROBINSKI, J., *Montaigne en mouvement*, París, Gallimard, 1982.
- VILLEY, P., *Les sources et l'évolution des Essais de Montaigne*, París, Hachette, 1933 (2.^a ed.) (1.^a 1908), 2 vol. (reimpresión 2.^a ed., Osnabrück, Zeller, 1976. Ed. V. L. Saulnier).
- ZWEIG, S., *Montaigne*, trad. J. Fontcuberta, Madrid, Acantilado, 2008.

ESTUDIOS SOBRE LAS IDEAS EDUCATIVAS DE MONTAIGNE

- CHATEAU, J., *Montaigne, psychologue et pédagogue*, París, Vrin, 1964.
- FAVRE, J., *Montaigne, moraliste et pédagogue*, París, Fischbacher, 1887. Reimpresión en Ginebra, Slatkine, 1970.
- FOGLIA, M., *Montaigne, pédagogue du jugement*, París, Garnier, 2011.
- GINSBERG, R., «On Montaigne's "Of the Education of Children"», en T. Mag-nell (ed.), *Values and Education*, Amsterdam-Atlanta, Rodopi, 1998, págs. 203-217.
- HUMBERT, B., «L'éducation des enfants selon Plutarque et Montaigne», *Bulletin de la Société des Amis de Montaigne*, núm. 41-42 (1995), págs. 46-51.

- JENZER, C., *La vie et le réalisme dans les aperçus pédagogiques de Michel de Montaigne*, Berna, Herbert Lang, 1969.
- LLINAS, J. L., «From Montaigne to Comenius: Philosophical and Pedagogical Issues at the Dawn of Modern Thought», *Acta Comeniana*, vol. 20-21 (xlv-xlv) (2007), págs. 137-151.
- «La presencia de Plutarco en "De l'institution des enfants" de Montaigne», en *Estudios sobre Plutarco: misticismo y religiones mistericas en la obra de Plutarco*, Madrid-Málaga, Ediciones Clásicas & Charta Antiqua, 2001, págs. 315-326.
- *Educació, filosofia i escriptura en Montaigne*, Palma, Edicions UIB, 2001.
- PIRE, G., «De l'influence de Sénèque sur les théories pédagogiques de Montaigne», *Les Études Classiques* (1954), págs. 379-387.
- PORTEAU, P., *Montaigne et la vie pédagogique de son temps*, París, Droz, 1935.
- VILLEY, P., *L'influence de Montaigne sur les idées pédagogiques de Locke et de Rousseau*, París, Hachette, 1911.

ENSAYOS SOBRE EDUCACIÓN

CAPÍTULO XXV

Del magisterio

Enfadábame a menudo en mi infancia el ver siempre a un preceptor como personaje ridículo en las comedias italianas y que el apelativo de maestro no tuviera ya sentido honorable entre nosotros. Pues, estando a su cargo mi educación y vigilancia, ¿cómo no iba yo a preocuparme de su reputación? Intentaba justificarlo pensando en las desavenencias naturales que existen entre el vulgo y las personas raras y excelentes en juicio y saber, pues unos y otros llevan caminos totalmente opuestos. Mas en esto eran inútiles mis esfuerzos, ya que los hombres más brillantes eran quienes más los despreciaban, prueba de ello, nuestro buen du Bellay:

Mais je hay par sur tout un sçavoir pedantesque.

[Mas odio sobre todo un saber pedantesco:

Joachim Du BELLAY, *Regrets*, soneto 68].

Y es antigua esta costumbre; pues dice Plutarco que griego y estudiante eran reproches entre los romanos, y palabras despectivas.

Dime cuenta después, con la edad, de que tenían muchísima razón y que «*magis magnos clericos non sunt magis magnos sapien-*

tes» [Los clérigos mayores no son los más sabios: proverbio macarrónico cit. en RABELAIS, *Gargantúa* 39]. Mas dudo aún que pueda ocurrir el que un alma rica en el conocimiento de tantas cosas no se haga más viva y despierta; y que un espíritu grotesco y vulgar pueda albergar, sin enmendarse, las ideas y los juicios de los espíritus más excelentes que ha dado el mundo.

Al recibir a tantas mentes ajenas, tan fuertes y tan grandes, forzoso es (decíame una joven, la mejor de nuestras princesas, hablando de alguien) que la suya se arrincone, se contraiga y se reduzca para dejar sitio a las otras.

Me inclinaria a decir que, así como las plantas se ahogan por demasiada agua y las lámparas por demasiado aceite, así también la actividad de la mente, por demasiado estudio y materia; pues, agarrotada y estorbada por gran diversidad de cosas, no puede desliarse, y esta carga la tiene encorvada y agachada. Mas sucede de muy distinta manera; pues nuestra alma más se ensancha cuanto más se llena; y por el contrario, en los ejemplos de los tiempos antiguos puede verse que los hombres capaces en el manejo de las cosas públicas, los grandes capitanes y consejeros en los asuntos de Estado, fueron además muy sabios.

Y en cuanto a los filósofos, retirados de toda ocupación pública, a decir verdad, también fueron a veces despreciados por la libertad cómica de su época; resultando ridículos por sus opiniones y maneras. ¿Queréis hacerlos jueces de los derechos de un proceso, de los actos de un hombre?

¡Pues sí que están aviados! Aún están pensando si hay vida, si hay movimiento, si el hombre es distinto del buey, lo que es obrar y padecer; cómo se come eso de las leyes y de la justicia. ¿Hablan del magistrado o háblanle a él? Es de una libertad irreverente e incivil. ¿Oyen alabar al príncipe o a un rey? Es para ellos un pastor, ocioso como un pastor, ocupado en empujar y esquilarse a los animales, mas con más rudeza que un pastor. ¿Consideráis a alguien más grande por poseer dos mil fanegas de tierra? A ellos nada se les da, acostumbrados como están a abrazar todo el mundo como si fuera suyo. ¿Presumís de nobleza por contar con siete antepasados ricos? Ellos os estiman poco por no concebir la imagen universal de la naturaleza y cuántos predecesores hemos tenido cada uno, ricos, pobres, reyes, criados, griegos y bárbaros; y aunque fueseis el quincuagésimo descendiente de Hércules, os hallarían vano por querer hacer valer ese presente de la fortuna. Así desde-

nábales el vulgo, como si ignorasen las primeras y comunes cosas y fueran presuntuosos e insolentes.

Mas harto alejada está esta descripción platónica de la que a los nuestros atañe; envidiábase a aquellos por estar por encima de lo común, por despreciar las acciones públicas, por llevar una vida particular e inimitable, regida por ciertas ideas altivas y fuera de uso. A estos se los desprecia por ser incapaces para cargos públicos, por llevar una vida y unas costumbres bajas y viles, peores que las del vulgo.

Odi homines ignava opera, philosopha sententia.

[Odio a esos hombres filósofos de palabra y cobardes de obra:

PACUVIO, frag. 348 *trag.*, cit. por AULO GELIO, *N.A.* 13, 8,4].

En cuanto a aquellos filósofos, decía, como eran grandes en ciencia, ~~eranlo~~ eranlo aún más en todos sus actos. Y así como cuentan de un geómetra de Siracusa que, habiéndose distraído de su contemplación para poner algo en práctica en defensa de su país, puso en marcha repentinamente espantosos artilugios cuyos efectos superaban toda humana imaginación, y desdeñó él mismo, sin embargo, todos aquellos artefactos suyos, pensando que había corrompido con ellos la dignidad de su arte, del que sus obras no eran sino aprendizaje y juguete; asimismo a ellos, si alguna vez les pusieron a prueba en la acción, víoseles volar tan alto que parecía que su corazón y su alma hubiesen aumentado prodigiosamente, enriqueciéndose con la inteligencia de las cosas. Mas exiliáronse algunos, viendo el puesto del gobierno político ocupado por hombres incapaces, y aquel que preguntó a Crates hasta cuándo sería menester filosofar, recibió esta respuesta: «Hasta que dejen de ser unos arrieros quienes conducen nuestros ejércitos». Heraclito cedió el reinar a su hermano, y a los ~~elios~~ elios que le reprochaban que pasase el tiempo jugando con los niños ante el templo, díjoles: «¿No vale más hacer esto que gobernar los asuntos con vosotros?». Otros, con los pensamientos puestos por encima de la fortuna y del mundo, consideraban bajos y viles los escaños de la justicia e incluso los tronos reales; Empédocles rechazó el reinado que le ofrecieron los de Agrigento. A Tales, que criticó a veces los cuidados del hogar y los esfuerzos por enriquecerse, acusáronle de hacerlo, como la zorra, por no poder él conseguirlo. Entráronle deseos de demostrar lo contrario con la experiencia, como pasatiempo; y, poniendo

por esa vez su saber al servicio del beneficio y de las ganancias, organizó un comercio que produjo más riquezas en un año de las que en toda una vida podrían producir los más experimentados en aquel oficio.

Aristóteles cuenta de algunos que llamábanle a él, a Anaxágoras y a sus semejantes, sabios y no prudentes, por no cuidarse de las cosas más útiles; aparte de que no digiero bien la diferencia entre esas palabras, no sirve esto de excusa para mi gente; y, viendo la baja y menesterosa condición de la que gozan, podríamos tacharles de las dos cosas, de no ser ni sabios, ni prudentes.

Dejo esta primera razón y creo que es mejor decir que el mal proviene de su forma errónea de entender las ciencias; y que con esta manera de instruir, no es de extrañar que ni los discípulos ni los maestros se hagan más hábiles, aunque se hagan más doctos. En verdad que el cuidado y el gasto de nuestros padres apunta solo a atiborrarnos la cabeza de ciencia; del juicio y de la virtud, ni palabra. Gritad al pueblo acerca de alguno: «¿Qué hombre más sabio!». Y acerca de otro: «¿Qué hombre más bueno!». No dejarán de fijarse con respeto en el primero. Sería preciso un tercer pregoneiro: «¿Qué papanatas!». Deseáramos preguntar: «¿Sabe griego o latín? ¿Escribe en verso o en prosa?» Mas si se ha vuelto mejor o más avisado, eso es lo principal y duradero. Habríamos de preguntar cuál es mejor sabio y no más sabio.

Nos esforzamos por llenar la memoria y dejamos vacío el entendimiento y la conciencia. Así como los pajaros van a veces en busca del grano y lo llevan en el pico sin probarlo para alimentar con él a sus polluelos, así nuestros maestros picotean la ciencia en los libros poniéndosela en el borde de los labios solamente, para desembucharla sin más, lanzándola al viento.

Maravíllame cuán adecuadamente doy yo también ejemplo de necedad. ¿Acaso no hago yo lo mismo en la mayor parte de esta obra? Voy arañando aquí y allá en los libros las frases que me placen, no para conservarlas, pues no tengo dónde, sino para trasladarlas a este, en donde, a decir verdad, no son más mías que en el primer lugar. A mi entender solo somos sabios de la ciencia presente y tan poco de la pasada como de la futura.

Mas lo que es aún peor, tampoco sus alumnos ni sus hijos la asimilan ni aprovechan; y así va de mano en mano con el único fin de alardear, de entretener a los demás, de contar historias, como

moneda vana e inútil para todo otro uso y empleo que no sea contar y tirar.

Apud alios loqui didicerunt, non ipsi secum.

[Había aprendido a hablar, por lo que se ve, ante los otros, no mucho él consigo mismo: CICERÓN, *Tusc.* 5,103].

Non est loquendum, sed gubernandum.

[No es cuestión de hablar, sino de mantener firme el timón: SENECA, *epist.* 108,37].

La naturaleza, para demostrar que no hay nada salvaje en lo que ella dirige, hace nacer a menudo, en las naciones menos cultivadas por el arte, manifestaciones del espíritu que rivalizan con las producciones más artísticas. Cuán apropiado a mi pensamiento es el proverbio gascón: «*Bouha prou bouha, mas a remuda lous dits qu'em*»: soplar, mucho soplar, mas aún estamos en mover los dedos», sacado de una canción popular.

Sabemos decir: «Así dice Cicerón; he aquí las costumbres de Platón; son las propias palabras de Aristóteles». Mas y nosotros, ¿qué decimos nosotros? ¿Qué opinamos? ¿Qué hacemos? Lo mismo diría un loro. Esto me recuerda a aquel rico romano que se había cuidado, a costa de grandes gastos, de comprar a hombres entendidos en toda suerte de ciencias, de los que siempre se rodeaba para que, cuando estaba con sus amigos y le llegaba la vez de hablar de una cosa u otra, le sustituyeran y estuvieran dispuestos a proporcionarle ya un discurso, ya un verso de Homero, cada cual según su materia; y pensaba que era suyo ese saber, pues estaba en la cabeza de su gente; así hacen también aquellos cuyos conocimientos se alojan en suntuosas librerías.

Sé de algunos que, cuando les pregunto lo que saben, pidenme un libro para mostrármelo; y no se atreverían a decirme que tienen el trasero sarnoso, sin antes ir a buscar en su lexicón lo que quiere decir sarnoso y lo que quiere decir trasero.

Guardamos las ideas y el saber de otros y nada más. Es menester hacerlos nuestros. Harto nos parecemos a aquel que, teniendo necesidad de fuego, se fue a buscarlo a casa del vecino y, hallando allí uno grande y hermoso, quedose allí calentándose sin acordarse ya de llevar un poco para su casa. ¿De qué nos sirve tener la paña llena de carne si no la digerimos? ¿Si no se transforma en

nosotros? ¿Si no nos aumenta ni fortalece? ¿Pensamos acaso que Lúculo, a quien las letras formaron e hicieron capitán tan grande sin la ayuda de la experiencia, usaba de ellas como nosotros?

Tanto nos apoyamos en los brazos de los demás que anulamos nuestras fuerzas. ¿Que quiero armarme contra el miedo a la muerte? Hágolo a expensas de Séneca. ¿Que quiero tener consuelo para mí o para otro? Tomolo de Cicerón. Tomarialo de mi mismo si me hubieran enseñado a ello. Nada me gusta esta inteligencia relativa y mendigada.

Aun cuando pudiéramos ser sabios con el saber de los demás, al menos prudentes solo podemos serlo con nuestra propia prudencia.

Μίσω σοφιστήν, ὅστις οὐχ αὐτῷ σοφός.

[Odio al sofista que no es sabio para sí mismo: EURÍPIDES, *frg.* 905].

«Ex quo Ennius: Necquiquam sapere sapientem, qui ipse sibi prodesse non quiret». [Y por este error dice Ennio: «que en vano sabe el sabio que no sabe ser útil a sí mismo»: CICERÓN, *off.* 3,62].

si cupidus, si
Vanus et Euganea quantumvis vilior agna.

[... si es codicioso,
si es casquivano y mil veces más blando
que cordera euganea»: JUVENAL 8,14-15].

Non enim paranda nobis solum, sed fruenda sapientia est.
[Pues, (si es posible llegar a la completa adquisición
de la sabiduría), no solo debemos alcanzarla,
sino también disfrutarla: CICERÓN, *fin.* 1,3].

Burlábase Dionisio de los gramáticos que se cuidan de enterarse de los males de Ulises e ignoran los propios; de los músicos que templan sus flautas y no templan sus costumbres; de los oradores que estudian cómo hablar de la justicia y no cómo aplicarla.

Si el alma no goza con ello de mejor salud, si no se tiene el juicio más sano, preferiría que mi discípulo se hubiese pasado el tiempo jugando a la pelota; al menos el cuerpo estaría más ágil. Miradle volver tras quince o dieciséis años de estudio: nada hay tan inútil para el trabajo. Lo único que ha ganado, por lo que podéis ver, es que el latín y el griego aprendidos hanle hecho más

arrogante y vanidoso de lo que era cuando se marchó de casa. Debería haber vuelto con el alma colmada, mas tráela solo abotagada; y no la ha sino hinchado, en lugar de engordarla.

Estos maestros, como dice Platón de sus hermanos sofistas, son entre todos los hombres los que prometen ser más útiles a los hombres y los únicos entre todos que no solo no enmiendan lo que se les entrega, como hace el carpintero o el albañil, sino que lo empeoran y se hacen pagar por haberlo empeorado.

Si se siguiera la regla que proponía Protágoras a sus discípulos: que le pagasen según pedía o que jurasen en el templo cuánto provecho consideraban haber sacado de sus enseñanzas y de acuerdo con este satisficieran su trabajo, verían mis preceptores su fracaso, ateniéndose a mi juramento.

El sencillo habitante del Perigord llama con mucha gracia *lettreferits* a esos sabios de pacotilla, algo así como si dijerais *lettreferus*, es decir, aquellos a los que las letras han dado un martillazo. En verdad que a menudo parece que han perdido hasta el sentido común. Pues al campesino y al zapatero los vemos seguir sencilla e ingenuamente su camino, hablando de lo que conocen; aquellos, por querer elevarse y armarse de ese saber que sobrenada en la superficie de su cerebro, enrédanse embrollándose sin cesar. Se les escapan hermosas palabras, mas que las ordene otro. Conocen bien a Galeno, mas no al enfermo. Os llenan la cabeza de leyes, cuando aún no han entendido el meollo de la cuestión. Saben la teoría de todo; buscad al que la ponga en práctica.

Vi en mi casa a un amigo mío que, por pasar el rato, habiéndose las con uno de ellos, imitaba el galimatías de una jerga, inventando propósitos sin sentido, tela de piezas zurcidas, entrelazando a menudo palabras propias a la disputa, y así entretuvo todo un día a aquel necio que discutía creyendo siempre responder a las objeciones que se le hacían; y era hombre de letras y de reputación, y que vestía hermosa toga.

Vos, ó patritius sanguis, quos vivere par est
Occipiti caeco, posticae occurrere sannae.

[¡Vosotros, sangre patricia, que tenéis el privilegio
de vivir sin ojos en el cogote, dad la cara a la burla
que os hacen por detrás!: PERSIO 1,61-62].

Quien mire de cerca a esa clase de gentes, que está muy extendida, verá que casi nunca se entienden ni a sí mismos ni a los de-

más, y que tienen bastante llena la memoria, mas totalmente hueco el juicio, a no ser que su propia naturaleza se lo haya formado de otra manera; como por ejemplo a Adriano Turnèbe, quien, sin tener otra profesión que las letras y siendo en ella, a mi parecer, el hombre más grande que haya existido en mil años, no tenía, sin embargo, nada del maestro, si no fuera su forma de vestir y algún detalle externo que podría parecer incivilizado en la corte, mas estas son cosas sin importancia. Y odio a esas gentes de nuestro país que soportan peor un traje retorcido que un alma igual, y juzgan por los ademanes, por el porte y por las botas, de qué clase de hombre se trata.

Pues en su interior, tenía el espíritu más educado del mundo. A menudo empujele a propósito a temas alejados de su materia; veía tan claro, con tan pronta comprensión, con tan sano juicio, que parecía que jamás se hubiese ocupado de cosa distinta de la guerra o de los asuntos de Estado. Son naturalezas hermosas y fuertes,

*queis arte benigna
Et meliore luto finxit praeordia Titan,
[... cuyas entrañas el Titán plasmó
con benéfica maña y mejor barro: JUVENAL 14,34-35].*

que se mantienen a pesar de una mala formación. Mas no basta con que nuestra formación no nos estropee: preciso es que nos haga mejores.

Hay algunos parlamentos que, cuando han de acoger a algún miembro nuevo, lo examinan únicamente en lo que a ciencia se refiere; otros añaden a esto la prueba del buen sentido, haciéndole juzgar sobre alguna causa. Parece que estos últimos siguen mucho mejor procedimiento; y siendo necesarias estas dos cualidades y preciso que se den las dos reunidas, no es menos verdad que la del saber es menos importante que la del juicio. Esta puede prescindir de aquella mas no aquella de esta. Pues como dice el verso griego,

'Ως οὐδὲν ἢ μάθησις, ἣν μὴ νοῦ' παρῆ

«¿de qué sirve la ciencia si no hay entendimiento?» [verso cit. por ESTOBEO]. ¡Ojalá Dios hiciera que, en bien de la justicia, esas dos

profesiones estuvieran tan bien provistas de entendimiento y conciencia como de ciencia! «*Non vitae sed scholae discimus*» [Aprendemos no para la vida, sino para la escuela: SENECA, *epist.* 106,12]. No se ha de atar el saber al espíritu, se ha de incorporar a él; no se ha de regarlo con él sino teñirlo. Y si no lo transforma mejorando su condición imperfecta, ciertamente vale más dejarlo allí donde está. Es arma peligrosa y que entorpece y perjudica a su dueño cuando está en mano débil e ignorante de su uso; «*ut fuerit melius non didicisse*» [(Es posible ver a algunos con tanta ligereza de cascos y petulancia), que mejor les sería no haber aprendido: CICERÓN, *Tusc.* 2,12].

Puede que sea este el motivo por el que ni nosotros ni la teología exijamos mucha ciencia a las mujeres, y por el que Francisco, duque de Bretaña, hijo de Juan V, cuando le hablaron de su matrimonio con Isabel, hija de Escocia, explicándole que la habían educado con sencillez y sin instrucción alguna en las letras, respondió que lo prefería y que una mujer era bastante sabia cuando sabía distinguir la camisa del jubón de su marido.

Y así, no es tan escandaloso como ahora dicen que nuestros antepasados no hicieran gran caso de las letras y que, aún hoy, solo por casualidad se encuentren en los principales consejos de los reyes; y si no las acreditase el apetito de riquezas, que solo puede satisfacerse hoy por medio de la jurisprudencia, de la medicina, de la enseñanza y aun de la teología, sin duda las verías tan menesterosas como antaño. ¿Qué mal habría en ello, si no nos enseñan ni a pensar bien ni a obrar bien? *Postquam docti prodierunt, boni desunt* [Desde que han aparecido los doctos, se echan en falta los buenos: SENECA, *epist.* 95,13].

Cualquier otra ciencia es perjudicial para el que carece de la ciencia de la bondad. Mas la razón que antes buscaba residiría también en lo siguiente: en que, al no tener el estudio en Francia apenas otra meta que las ganancias, al dedicarse a las letras pocos de aquellos a los que la naturaleza ha empujado a oficios más generosos que lucrativos o por muy poco tiempo (pues antes de tomarles gusto se entregan a una profesión que nada tiene que ver con los libros), por lo general solo quedan para darse por entero al estudio gentes de poca fortuna que buscan en él un medio para vivir. Y siendo el alma de estas gentes de la peor calaña, por naturaleza y por la educación y el ejemplo familiar recibidos, falsean el fruto de la ciencia al transmitirlo. Pues no está para dar luces al

espíritu que no las tiene ni para hacer ver a un ciego; su papel no es el de dotarle de vista sino el de educársela, el de acompañarle los pasos con tal que tenga ya de por sí derechos y capaces los pies y las piernas. La ciencia es una buena droga; mas ninguna droga es lo bastante fuerte para conservarse sin alteración ni corrupción, y depende de la impureza del frasco que la contiene. Algunos tienen clara la vista, sin tenerla recta; y por consiguiente, ven el bien mas no lo siguen; ven la ciencia mas no hacen uso de ella. La ley fundamental de Platón, en la *República*, es dar un cargo a los ciudadanos de acuerdo con su naturaleza. La naturaleza todo lo puede y todo lo hace. No están capacitados los contrahechos para el ejercicio del cuerpo, ni las almas contrahechas para el ejercicio del espíritu: las bastardas y groseras son indignas de la filosofía. Cuando vemos a un hombre mal calzado, decimos que no es extraño que sea zapatero; asimismo parece que la experiencia nos ofrece a menudo médicos peor medicados, teólogos menos reformados, sabios menos capaces que cualquier otro.

Tenía razón Aristón de Quíos al decir antaño que los filósofos perjudicaban a sus oyentes, pues la mayor parte de las almas no están preparadas para sacar provecho de tales enseñanzas, las cuales, si no son para bien, son para mal: «*asotos ex Aristippi, acerbos ex Zenonis schola exire*» [porque podían salir unos disolutos de la escuela de Aristipo, y unos amargados de la de Zenón: CICERÓN, *nat. deor.* 3,77].

En aquella hermosa educación que Jenofonte atribuye a los persas, vemos cómo estos enseñaban la virtud a sus hijos como las demás naciones hacen con las letras. Platón dice que el primogénito en la sucesión real era educado de esta forma: al nacer, lo entregaban, no a mujeres, sino a eunucos respetados al máximo por los reyes a causa de su virtud. Ocupábanse estos de formarle un cuerpo bello y sano; y enseñábanle a los seis años a montar a caballo y a ir de caza. Cuando llegaba a los catorce, poníanlo en manos de cuatro: el más sabio, el más justo, el más templado y el más valiente de la nación. Enseñábanle el primero religión; el segundo, a ser siempre verdadero; el tercero, a dominar las pasiones; el cuarto a no tener miedo a nada.

Digno es de consideración que en esa excelente sociedad de Licurgo, monstruosa en verdad por su perfección, y tan preocupada pues por la formación de los niños como si fuera su principal quehacer, y en la misma morada de las musas, se hiciese tan

poca mención de la ciencia; como si a aquella generosa juventud, desdeñando cualquier yugo que no fuera el de la virtud, se le hubiese de proporcionar, en lugar de nuestros maestros de ciencia, únicamente maestros de valor, prudencia y justicia; ejemplo seguido por Platón en sus leyes. La manera de instruirles era hacerles preguntas sobre el juicio de los hombres y sobre sus actos; y si condenaban o alababan a un personaje o un hecho, habían de razonar sus palabras y así agudizaban juntos su entendimiento y aprendían el derecho. Astiajes, según Jenofonte, pide cuentas a Ciro de su última lección: «Se trata —dice él— de que en la escuela un chico mayor, que tenía una túnica pequeña, dio-la a uno de sus compañeros de menor estatura y quitole su túnica que era más grande. Habiéndome hecho nuestro preceptor juez de este litigio, juzgué que habían de dejarse las cosas como estaban y que tanto uno como otro parecían más cómodos así; por lo que me reprochó haber hecho mal, pues habíame parado a considerar la conveniencia cuando debería haber pensado antes en la justicia, que exigía que a nadie se forzara a ceder lo que le pertenecía» [JENOFONTE, *Ciropeia* 1,3,17]. Y cuenta que fue azotado por ello, al igual que se hace en nuestros pueblos cuando se olvida el primer aoristo del verbo *τύπτω* [azotar]. Habría de hacerme mi preceptor una hermosa arenga «*in genere demonstrativo*» [en género demostrativo] para convencerme de que su escuela vale tanto como aquella. Quisieron acortar el camino; y pues ocurre con las ciencias que, cuando se las interpreta con rectitud, no pueden enseñarnos sino prudencia, honradez y resolución, quisieron de entrada colocar a sus hijos ante los propios hechos e instruirlos, no de oídas, sino practicando la acción, formándolos y moldeándolos con realismo, no solo con preceptos y palabras sino fundamentalmente con ejemplos y obras, para que no encerrasen una ciencia en sus almas sino que fuese su hábito y forma de ser; que no fuese algo postizo, sino que les perteneciese de forma natural. A propósito de esto, preguntábanle a Agesilao cuál era su opinión acerca de lo que los niños deberían aprender: «Lo que habrán de hacer cuando sean hombres», respondió. No es de extrañar que educación semejante haya tenido resultados tan admirables.

Dícese que iban a las otras ciudades de Grecia a buscar retóricos, pintores y músicos; mas a Lacedemonia, a buscar legisladores, magistrados y emperadores de los ejércitos. En Atenas

aprendiase a bien hablar y aquí a bien obrar; allí a librarse de un sofisma y a destruir el engaño de las palabras entrelazadas capciosamente; aquí a librarse del cebo de la voluptuosidad y a destruir con gran valor las amenazas del destino y de la muerte; aquellos esforzábanse tras las palabras, estos tras las cosas; allí, era un continuo ejercicio de la lengua; aquí, un continuo ejercicio del alma. Por lo que no es extraño que, habiéndoles pedido Antípatro cincuenta niños como rehenes, respondieran, muy al contrario de lo que nosotros haríamos, que preferían entregar doble cantidad de hombres hechos, de tanto valor como le daban a no poder educar a su país. Cuando Agesilao invita a Jenofonte a enviar a sus hijos a educarse a Esparta, no es para que aprendan allí la retórica o la dialéctica, sino para que aprendan (según dice) la ciencia más bella que pueda haber: la ciencia de obedecer y de mandar.

Gracioso es ver a Sócrates burlarse a su manera de Hipias, que le cuenta cómo ha ganado buena suma de dinero enseñando, en particular en algunas pequeñas ciudades de Sicilia; mientras que en Esparta no ha ganado ni un maravedí: que son gentes idiotas, que no saben ni medir ni contar, ni se ocupan de la gramática ni del ritmo, entreteniéndose solo en aprender la sucesión de los reyes, las fundaciones y decadencias de los estados y otro farrago de historias. Y al cabo de esto, habiéndole hecho Sócrates confesar poco a poco la excelencia de su forma de gobierno público, la ventura y virtud de sus vidas, le deja adivinar la conclusión de la inutilidad de sus artes.

Los ejemplos nos enseñan, en esta sociedad marcial y en todas sus semejantes, que el estudio de las ciencias no hace sino afeminar y ablandar el valor más que endurecerlo y curtirlo. El estado más fuerte que pueda haber hoy en el mundo es el de los turcos, pueblo igualmente habituado a la estima de las armas y al desprecio de las letras. Considero que Roma era más valerosa antes de ser sabia. Las naciones más belicosas de nuestros días son las más groseras e ignorantes: los escitas, los partos, Tamerlán sirvennos como prueba. Cuando los godos arrasaron Grecia, lo que hizo que se salvaran todas las bibliotecas de ser incendiadas fue que uno de ellos sembró la idea de que habían de dejar todos aquellos libros a los enemigos, pues eran propios para desviarlos del ejercicio militar y para entretenerlos en ocupaciones sedentarias y ociosas. Cuando nuestro rey Carlos VIII vióse dueño y señor del

reino de Nápoles y de buena parte de la Toscana, sin haber desenfundado la espada, los señores de su séquito atribuyeron aquella inesperada facilidad en la conquista a que los príncipes y nobles de Italia cuidábanse más de resultar ingeniosos y sabios que vigorosos y guerreros.

CAPÍTULO XXVI

De la educación de los hijos

A la Señora Diana de Foix, condesa de Gurson.

Jamás vi padre alguno que dejara de reconocer como suyo a un hijo, por tiñoso o jorobado que este fuera. Sin dejar por ello de percatarse de sus defectos, a no ser que estuviera enteramente obnubilado por ese afecto; mas lo cierto es que suyo es. Igualmente veo yo mejor que nadie que lo que aquí escribo no son sino lucubraciones de hombre que solo ha probado la corteza de las ciencias en su infancia, reteniendo únicamente un aspecto informe y general: un poco de cada cosa y nada del todo, a la francesa. Pues sé, en suma, que hay una medicina, una jurisprudencia, cuatro partes en las que se divide la matemática y más o menos de lo que tratan; y puede incluso que sepa lo que pretenden las ciencias en general al servicio de nuestra vida. Mas profundizar más, quemarme las cejas estudiando a Aristóteles, monarca de la doctrina moderna, u obstinarme en alguna ciencia, eso jamás lo hice; ni hay arte cuyas primeras líneas sepa trazar. Y no hay niño de los cursos medios que no pueda decirse más sabio que yo, que ni siquiera puedo examinarle de la primera lección, al menos de lo que a ella se refiere; y si me obligan, véome forzado harto ineptamente a sacar alguna

materia de tema universal, con la que examino su juicio natural: lección tan desconocida para ellos como para mí la suya.

No he establecido comercio con libro sólido alguno, de no ser Plutarco y Séneca, de donde bebo como las danaides, llenando y vaciando sin cesar. Algo retengo de ellos en estos papeles; en mí, ni poco ni mucho.

Sírvenme más de alimento la historia, o la poesía, a la cual amo con particular inclinación. Pues, como decía Cleanto, al igual que la voz encerrada en el angosto canal de una trompeta sale más aguda y más fuerte, así pareceme que la frase, contraída por los numerosos pies de la poesía, se lanza con mucha mayor brusquedad, golpeándome con sacudida más fuerte. En cuanto a las facultades naturales que hay en mí, de las que aquí está la prueba, siéntolas flaquear bajo el peso. Mis conceptos y mi juicio avanzan a tientas, bamboleantes, tropezando y vacilando; y cuando he avanzado todo cuanto puedo, en absoluto me siento satisfecho; aún veo tierras más allá, mas con vista turbia y nebulosa que no puedo aclarar. Y habiéndome decidido a hablar indiferentemente de todo cuanto a mi fantasía se le ocurra, sin emplear más que mis propios y naturales medios, si me acontece, como así ocurre a menudo, encontrar por casualidad en los buenos autores esos mismos temas que me he metido a tratar, como acabo de hacer recientemente con la disertación de la fuerza de la imaginación de Plutarco, al verme, en comparación con esas personas, tan débil e insignificante, tan pesado y entumecido, prodúzcome pena y desprecio de mí mismo. Si bien, consuélome con esto, con que mis opiniones se honren en coincidir a menudo con las suyas y con ir siguiéndoles de lejos, asintiendo. Además de tener esto que no todos tienen, el conocimiento de la extrema diferencia entre ellos y yo. Y a pesar de todo, dejo que corran mis ocurrencias tan débiles y bajas como las produce, sin parchearlas ni remendar las faltas que la comparación me descubrió. Se han de tener bien sólidos los riñones para intentar andar codo con codo con esas personas. Los escritores poco discretos de nuestra época, que siembran sus vacuas obras de párrafos enteros de los autores antiguos para darse importancia, hacen lo contrario. Pues esa diferencia infinita de esplendor, da un aspecto tan descolorido, tan apagado y tan desprovisto de belleza a lo que es suyo, que pierden mucho más de lo que ganan.

Eran dos conceptos opuestos: el filósofo Crisipo mezclaba en sus libros, no solo párrafos, sino obras enteras de otros autores, y

en uno, la *Medea* de Eurípides; y decía Apolodoro que, si alguien eliminase lo que le era ajeno, sus papeles quedarían en blanco. Epicuro, por el contrario, en los trescientos volúmenes que dejó, no sembró ni una sola cita de otro.

Ocurriome el otro día que di con cierto párrafo y arrastré la vista, aburrido, por ciertas frases francesas, tan exangües, tan descarnadas, tan vacías de materia y sentido, que no eran, efectivamente, sino frases francesas; al cabo de largo y tedioso camino, topéme con una pieza alta, rica y elevada hasta las nubes. Si me hubiese parecido suave la pendiente y un poco larga la subida, sería perdonable: era un precipicio tan recto y cortado que, desde las seis primeras palabras, conocí que volaba a otro mundo; desde allí descubrí la fronda de la que venía, tan baja y hundida que no tuve valor para volver a descender hasta ella. Si adornase algunos de mis discursos con esos ricos despojos, pondría de manifiesto por exceso la necedad de los otros.

Suplir con lo ajeno mis propias carencias no me parece más incompatible que suplir las ajenas con lo mío, como así hago a menudo. Es menester denunciarlas por doquier e impedirles toda posibilidad de impunidad. Sin embargo, hartó sé cuán osadamente trato yo mismo de emular mis hurtos, de igualarme a ellos, no sin la temeraria esperanza de poder engañar a los ojos de los jueces al discernirlos; mas es tanto gracias a mi aplicación como gracias a mi invención y mi fuerza. Y además, no lucho de golpe y cuerpo a cuerpo contra esos viejos campeones: hágolo con repetidas embestidas, menudas y ligeras. No ataco de frente; no hago sino tantear, y no me lanzo como convengo en lanzarme.

Si fuese capaz de mantenérselas tiesas, sería hombre de bien, pues solo les hincó el diente por donde son más difíciles.

El hacer lo que he descubierto en algunos, cubrirse con las armas de otros hasta no enseñar sino la punta de los dedos, elaborar el trabajo como hacen con facilidad los sabios en materia general, con las ideas antiguas remendadas aquí y allá, queriendo ocultarlas y apropiarse de ellas, es en primer lugar injusticia y cobardía, pues, al no tener en su haber cosa alguna para darse a conocer, intentan mostrarse con valores ajenos, y en segundo lugar, gran necedad, al contentarse con ganar, por medio del engaño, la aprobación ignorante del vulgo, haciendo caso omiso de las gentes entendidas cuya alabanza es la única de peso y que fruncen el ceño ante la incrustación de materia ajena. Por mi parte, nada hay tan

lejos de mi intención. No cito a los demás sino para mejor expresarme a mí mismo. No va esto por los centones publicados como tales; y he visto varios muy ingeniosos en mi época, entre otros uno, firmado por Capilupus, además de los antiguos. Son talentos que despuntan en estas y en otras cosas, como Lipsio en ese docto y laborioso tejido de sus *Políticas*.

Sea como fuere y sean cuales fueren mis ineptias, quiero decir que no he intentado ocultarlas, al igual que un retrato de mi persona en el que hubiese plasmado el pintor, no un rostro perfecto, sino el mío, canoso y calvo. Pues aquí están mis sentimientos y opiniones; entrégolos en tanto que constituyen lo que yo creo, no porque deban ser creídos. Solo intento poner al descubierto mi manera de ser, que podría ser otra mañana si un nuevo aprendizaje me hiciera cambiar. Carezco totalmente de autoridad para ser creído, y tampoco deseo serlo, pues me siento demasiado mal instruido como para instruir a otros.

Es el caso que alguien, habiendo leído mi anterior artículo, decía en casa, el otro día, que habría debido extenderme más sobre el tema de la educación de los niños. Pues, señora, si algunas luces tuviera en esta materia, no podría emplearlas mejor que en hacer de ellas un presente para ese hombrerito que amenaza con salir briosamente de vos, dentro de nada (sois demasiado generosa para empezar con algo que no sea varón). Ya que, habiendo tenido tanta parte en la realización de vuestro matrimonio, algún derecho e interés tendré en la grandeza y prosperidad de todo cuanto de él proveniga; además de que el antiguo ascendiente que poseáis sobre este siervo vuestro haría me obliga a desear honor, bien y ventura a todo lo que os afecta. Mas en verdad que solo entiendo de esto, que la mayor y más importante dificultad del ser humano parece residir en este punto que trata de la formación y educación de los niños.

Así como en la agricultura los trabajos que preceden a la plantación son conocidos y fáciles, e incluso la propia plantación, y al contrario, una vez que nace lo que se ha plantado, hay gran variedad de procedimientos y gran dificultad para hacerlo crecer: así ocurre con los hombres, que es menester poco esfuerzo para plantarlos, mas una vez que han nacido, se carga uno con una tarea diversa, llena de trabajo y temor, para educarlos y formarlos.

Muestran tan oscura y levemente sus inclinaciones en esa temprana edad y son las promesas tan inciertas y falsas, que es difícil establecer un juicio sólido.

Ved a Cimón, a Temístocles y a muchos otros, cuánto se contradijeron a sí mismos. Los osos pequeños, los perros, muestran sus naturales inclinaciones; mas los hombres, al lanzarse irremisiblemente en hábitos, opiniones y normas, se transforman o disfrazan con facilidad.

Aunque resulta difícil forzar la propensión natural. De donde proviene que por no haber elegido bien el camino para ellos, se trabaja en vano y se emplean muchos años en educar a los niños para cosas para las que no sirven. Sin embargo, dentro de esta dificultad, es opinión mía el encaminarlos siempre hacia las cosas mejores y más provechosas; y que hemos de ocuparnos poco en esas livianas adivinaciones y pronósticos que hacemos de las tendencias infantiles. El propio Platón, en su *República*, me parece que les concede demasiada autoridad.

Señora, es la ciencia gran ornamento e instrumento de maravillosa utilidad, sobre todo para las personas elevadas a vuestro nivel de fortuna. En verdad que manos viles y bajas no hacen uso auténtico de ella. Harto más se enorgullece de prestar sus servicios para dirigir una guerra, gobernar a un pueblo, conseguir la amistad de un príncipe o de una nación extranjera, que para inventar un argumento dialéctico, defender una demanda o recetar un montón de píldoras. Y así, señora, porque creo que no olvidaréis este aspecto en la educación de los vuestros, vos que habéis saboreado esa dulzura y que pertenecéis a una raza culta (pues aún tenemos los escritos de aquellos antiguos condes de Foix, de los que vos y vuestro esposo descendéis; y Francisco, señor de Candale, tío vuestro, alumbró otros cada día que extenderán el conocimiento de esa cualidad de vuestra familia durante muchos siglos), quiero deciros a este respecto una única idea que tengo por contraria a la costumbre común; es todo cuanto puedo poner a vuestro servicio en esto.

La misión del preceptor que le daréis, de cuya elección dependen todos los pasos de su educación, tiene otros grandes aspectos; mas no me refiero a ellos por no poder aportar nada de valor; y de este punto del que me atrevo a darle mi opinión, me creará en lo que le parezca verosímil. A un hijo de familia que necesita de las letras, no por las ganancias (pues fin tan abyecto es indigno de la gracia y el favor de las musas, y además atañe y depende de otros), ni tanto por las ventajas externas como por las suyas propias y por enriquecerse y adornarse interiormente, deseando hacer de él un

hombre hábil antes que un hombre sabio, querría que cuidasen de elegirle un guía que tuviese la cabeza bien hecha más que bien repleta, y al que se exigiesen estas dos cosas, mas antes buenas costumbres y entendimiento que ciencia; y que se condujera en su cargo de una forma nueva.

No dejan de gritarnos en los oídos, como quien vierte por un embudo, y no nos toca sino repetir cuanto nos han dicho. Desearía que corrigiese ese aspecto y que empezando con buen pie, de acuerdo con el alcance del espíritu que tiene entre sus manos, empezase a ponerle a prueba, haciéndole gustar las cosas, elegir las y discernirlas por sí mismo; abriéndole camino a veces, dejándoselo abrir otras. No quiero que invente y hable solo él; quiero que a su vez escuche a su discípulo. Sócrates, y más tarde Arcesilao, hacían hablar primero a sus discípulos y después hablabanles ellos. «*Obest plerumque tuis discere volunt auctoritas eorum qui docent*» [La autoridad de los que profesan la enseñanza incluso constituye un obstáculo, la mayoría de las veces, para quienes quieren aprender: CICERÓN, *nat. deor.* 1,10].

Es bueno que le haga trotar ante él para hacerse una idea de su marcha y ver hasta qué punto ha de descender para adaptarse a su fuerza. Si esta proporción falta, lo echaremos todo a perder; y el saber dar con ella es una de las más arduas tareas que conozco; y es propio de un alma elevada y muy fuerte el saber ponerse a su altura pueril para guiarlo. Camino más seguro subiendo que bajando.

No es de extrañar que aquellos que, según nuestras costumbres, intentan educar varias inteligencias de muy diversas medidas y formas, con la misma lección e igual procedimiento de conducta, hallen apenas dos o tres, en toda una población de niños, que recojan algún fruto de su enseñanza.

Que no le pida cuentas únicamente de las palabras de su lección, sino del sentido y de la substancia; y que juzgue el provecho que ha sacado, no por el testimonio de su memoria, sino de su vida. Que lo que acabe de aprender se lo haga explicar de cien maneras distintas y aplicar a otros tantos temas diversos, para ver si lo ha comprendido y asimilado bien, tomando de las pedagogías de Platón el progreso de su instrucción. Es prueba de ardor de estómago y de indigestión que nos repita la carne cuando nos la hemos tragado. No ha desarrollado el estómago su función si no ha transformado la substancia y la forma de lo que se le ha dado para digerir.

Nuestra alma solo actúa de prestado, atenazada y ligada como está al apetito de las fantasías de otros, sierva y cautiva bajo la autoridad de sus enseñanzas. Nos han sujetado con tales ataduras que ya no tenemos impulsos espontáneos. Hase apagado nuestro vigor y nuestra libertad: «*Nunquam tutelae suae fiunt*». [Nunca dejan de estar bajo tutela: SENECA, *epist.* 33,10]. Yo he visto personalmente en Pisa a un hombre de bien, mas tan aristotélico, que su dogma fundamental es que la regla y piedra de toque de toda idea sólida y de toda verdad es la conformidad con la doctrina de Aristóteles; que fuera de ello no hay sino quimeras e inanidad; que él lo vio y dijo todo. Estos propósitos, por haber sido interpretados con demasiada amplitud e iniquidad, pusieronle antaño y durante largo tiempo en gran aprieto con la inquisición de Roma.

Que haga que todo lo pase por su tamiz sin alojarle cosa alguna en la cabeza por simple autoridad y crédito. Que no sean principios para él los principios de Aristóteles, como tampoco los de los estoicos o epicúreos. Que le propongan esa diversidad de juicios: escogerá si puede, y si no, permanecerá en la duda. Solo los locos están seguros y resolutos.

Che non men che saper dubbiar m'agrada.

[Que, tanto cual saber, dudar me agrada: DANTE, *Infierno* 11, 93].

Pues si abraza las opiniones de Jenofonte y de Platón por propio razonamiento ya no serán de ellos, sino suyas. Quien a otro sigue, no sigue nada. Nada halla porque nada busca. «*Non sumus sub rege; sibi quisque se vindicet*» [No somos vasallos de un rey: cada cual reclama los derechos para sí mismo: SENECA, *epist.* 33,4]. Que al menos sepa que sabe. Ha de imbuirse de sus actitudes, no aprender sus preceptos. Y que tenga la osadía de olvidar, si quiere, de dónde le vienen, mas sabiendo apropiárselas. La verdad y la razón son patrimonio de cada uno y no pertenecen más a quien las ha dicho primero que a quien las dice después. No es más el parecer de Platón que el mío, puesto que tanto él como yo vemoslo y entendémoslo de igual manera. Las abejas picotean en esta y en aquella flor; mas después hacen con ello la miel que es de todas; ya no es ni tomillo ni mejorana; así transformará él las piezas tomadas de otro, fundiéndolas para hacer con ellas una obra totalmente suya, es decir, su juicio: su educación, su trabajo y su estudio no pretenden más que formarlo.

Que calle aquello con lo que le han socorrido y no muestre sino lo que ha hecho con ello. Los plagiarios, los que piden prestado, exhiben sus construcciones, sus compras, no lo que obtienen de otros. No veis las especias de un hombre de parlamento, veis las alianzas y honores que ha conseguido para sus hijos. Nadie hace pública su receta; cada uno hace gala de sus ganancias.

El beneficio de nuestro estudio es habernos hecho mejores y más sabios con él.

Decía Epicarmo que es el entendimiento el que ve y oye, el que saca provecho de todo, el que dispone todo, el que actúa, domina y reina: todo lo demás es ciego, sordo y sin alma. Ciertamente hacémosle servil y cobarde, al no dejarle libertad para hacer nada por sí mismo. ¿Quién preguntó alguna vez a su discípulo qué le parece la retórica y la gramática de tal o cual frase de Cicerón? Nos las plantan en la memoria, clavadas, como si de oráculos se tratase, cuyas letras y sílabas pertenecen a la substancia de la cosa. Saber de memoria no es saber; es tener lo que se ha dado a la memoria para guardar. Se puede disponer de aquello que se sabe cabalmente sin mirar el patrón, sin volver los ojos al libro. ¡Enojoso saber es el saber puramente libresco! Confío en que sirva de adorno, no de fundamento, de acuerdo con la opinión de Platón, que considera que es la firmeza, la fe y la sinceridad, la verdadera filosofía; y las otras ciencias que apuntan a amigo distinto, solo afeites.

Me gustaría que el Paelo o Pompeyo, esos dos maravillosos bailarines de mi época, nos enseñasen a hacer sus cabriolas simplemente con que las viéramos, sin movernos de nuestros asientos, así como quieren estos instruirnos el entendimiento sin moverlo ni ponerlo a trabajar; o que nos enseñasen a manejar un caballo, o una pica o un laúd, o la voz, sin ejercitarnos, como quieren estos enseñarnos a juzgar bien y a hablar bien sin ejercitarnos a hablar ni a juzgar. Y para este aprendizaje, todo cuanto se presenta a nuestros ojos sirve de valioso libro: la malicia de un paje, la necedad de un criado, una frase de sobremesa, son otras tantas materias nuevas.

Por este motivo el trato humano es muy conveniente, y el visitar países extranjeros, no para volver sabiendo únicamente, según la moda de nuestra nobleza francesa, cuántos pasos tiene Santa Rotonda o la riqueza de los pantalones de la señora Livia; o, como otros, en cuánto es más largo el rostro de Nerón en alguna ruina antigua de allá que el de cierta medalla igual; sino para volver sa-

biendo principalmente los caracteres de aquellas naciones y sus maneras, y para frotar y limar nuestras seseras con las de otros. Me gustaría que le empezaran a pasear desde su más tierna infancia, y en primer lugar, para matar dos pájaros de un tiro, por las naciones vecinas donde el hablar está más alejado del nuestro, pues si no le formáis la lengua tempranamente, no podrá adaptarse después.

Es también opinión sabida de todos que no es razonable educar a un niño pegado a sus padres. Este amor natural enternéceles demasiado y ablanda incluso a los mejores; no son capaces ni de castigar sus faltas ni de ver que le educan severamente como es conveniente a veces; no soportarían verle volver sudoroso y polvoriento de sus ejercicios, beber caliente, beber frío, ni verle sobre un caballo rebelde, ni frente a un experto espadachín con el florete en la mano, ni el primer arcabuzazo. Pues no hay otra solución: quien quiera hacer de él un hombre de provecho, ciertamente no deberá privarle de esa juventud; y chocará a menudo con las reglas de la medicina:

*Vitamque sub dio et trepidis agat
In rebus.*

[Y su arriesgada vida a la intemperie
pase: HORACIO, *carm.* 3,2,5-6].

No basta con endurecerle el alma; es menester endurecerle también los músculos. Exígesele demasiado a aquella si no se la secunda, y harto tiene que hacer atendiendo a dos oficios. Sé cuánto jadea la mía en compañía de cuerpo tan débil, tan sensible, que deja caer todo su peso sobre ella. Y percátome a menudo, en mis lecturas, que en sus escritos mis maestros toman, por grandeza y valor, ejemplos que más tienen que ver con la piel curtida y los huesos duros. He visto a hombres, mujeres y niños tales que para ellos una tunda de palos es menos que para mí un papirotazo; que no mueven ni una ceja ni profieren palabra por muchos golpes que les den. Cuando los atletas emulan a los filósofos en paciencia, es más bien temple de nervios que de alma. Y cierto es que el acostumbrarse a soportar el trabajo es acostumbrarse a soportar el dolor: «*labor callum obducit dolori*» [el propio sufrimiento prepara contra el dolor como una cierta callosidad: CICERÓN, *Tusc.* 2,36]. Es menester templanlo en la dificultad y en el rigor de los ejercicios,

para prepararlo a la dificultad y al rigor del desprecio, del cólico, del cauterio, de la cárcel y de la tortura. Pues estas dos últimas puede padecerlas, ya que, según están los tiempos, tocan tanto a buenos como a malos. Estamos a prueba. Cualquiera que luche contra las leyes, amenaza a las gentes de bien con los azotes y la saga.

Y además, con la presencia de los padres, interrumpe e impide la autoridad del educador, que ha de ser soberana para él. A lo que se ha de añadir que el respeto que la familia le inspira, el conocimiento de los medios y grandezas de su casa, no son, en mi opinión, inconvenientes pequeños a esa edad.

En esa escuela del trato con los hombres, he observado a menudo este vicio, que en lugar de sacar conocimientos de los demás, solo intentamos hacer gala de los nuestros; y más nos esforzamos por soltar nuestra mercancía que por adquirir una nueva. Son el silencio y la modestia cualidades muy convenientes para la conversación. Se enseñará a este niño a que ahorre su saber, sin abusar de él cuando lo haya adquirido; a no exasperarse con las necesidades y fábulas que en su presencia se digan, pues es muy inoportuno e incivil oponerse a todo cuanto no es de nuestro gusto. Que se contente con corregirse a sí mismo sin que parezca que reprocha a los demás lo que él se niega a hacer, ni que contraría las costumbres públicas: «*Licet sapere sine pompa, sine invidia*» [Se puede ser sabio sin ostentación, sin celos: SENECA, *epist.* 103,5]. Que huya de esa apariencia sentenciosa e incivil y de ese pueril afán de querer parecer más listo por ser distinto y hacerse un nombre mediante censuras y extravagancias. Así como solo es posible a los grandes poetas hacer uso de las licencias del arte, así solo es soportable en los grandes espíritus ponerse por encima de las costumbres. «*Si quid Socrates et Aristippus contra morem et consuetudinem fecerint, idem sibi ne arbitretur licere: magnis enim illi et divinis bonis hanc licentiam assequabantur*» [(no conviene caer en el error de suponer que,) si Sócrates o Aristipo han hecho o hablado algo contra las costumbres y las usanzas de la ciudad, puede cualquiera hacer lo mismo; podían ellos tomarse esa libertad, dotados como estaban de cualidades grandes y excelsas: CICERÓN, *off.* 1,148]. Se le enseñará a no entrar en conversación y controversia más que cuando vea a un campeón digno de combatir con él, e incluso entonces, a no emplear todas las jugadas que puedan servirle, sino solo aquellas que le puedan servir mejor. Que le hagan delicado en

la elección y selección de sus razones, que aúne la pertinencia y por lo tanto la brevedad. Que le instruyan sobre todo para que se rinda y deje las armas ante la verdad, en cuanto se percate de ella; ya nazca de manos de su adversario o nazca de sí mismo por mudar de parecer. Pues nadie lo admirará por recitar un papel preestablecido. No está comprometido con causa alguna que no apruebe. Ni pertenecerá al gremio de los que venden la libertad de poder arrepentirse y desdecirse, al puro dinero contante y sonante: *Neque, ut omnia quae praescripta et imperata sint defendat, necessitate ulla cogitur* [pues ninguna necesidad obliga a defender todo lo establecido e impuesto: CICERÓN, *Luc.* 8,8].

Si su preceptor opina como yo, le formará la voluntad para que sea servidor muy legal de su príncipe, y muy apegado y valeroso; mas le enfriará los deseos de ligarse a él de otra forma que por un deber público. Además de otros inconvenientes que menoscaban nuestra franqueza por esas obligaciones particulares, el juicio de un hombre asalariado y comprado, o bien es menos entero y menos libre, o táchanlo de imprudente e ingrato.

Un cortesano no puede tener más ley y voluntad que pensar y hablar favorablemente de un señor que lo ha elegido entre tantos miles de vasallos para mantenerlo y educarlo bajo su tutela. Este favor y privilegio corrompe su franqueza no sin algo de razón, y lo deslumbran. Por este motivo vemos habitualmente que el modo de hablar de esas gentes es distinto de cualquier otro modo de hablar de un estado y digno de poco crédito en esa materia.

Que su conciencia y su virtud brillen en su hablar y no tengan más guía que la razón. Que le hagan comprender que confesar el error que él mismo descubre en su propio razonamiento, aunque solo él se haya percatado, es un acto de juicio y de sinceridad, que es lo que él persigue; que la obstinación y la disputa son cualidades vulgares, propias de las almas más bajas; que mudar de parecer y corregirse, abandonar un partido equivocado en el calor de la discusión, es cualidad rara, fuerte y filosófica.

Le prevendrán para que tenga los ojos bien abiertos cuando esté en compañía; pues creo que los sitios preferentes están ocupados de costumbre por los hombres menos capaces y que las grandes fortunas no van unidas a la inteligencia.

He visto cómo en un extremo de la mesa perdíanse hermosas opiniones, mientras en el otro extremo conversaban sobre la belleza de un tapiz o sobre el sabor de la malvasía.

Sondeará la capacidad de cada uno, sea boyero, albañil o transeúnte; hay que aprovecharlo todo y coger de cada cual según su mercancía, pues todo sirve para la formación; incluso la necedad y la debilidad ajena le servirán de enseñanza. Sopesando las gracias y maneras de los demás, se engendrará en él el deseo de imitar las buenas y despreciar las malas.

Que le imbuyan la noble curiosidad de informarse de todo; que vea todo lo singular que haya a su alrededor: un edificio, una fuente, un hombre, el lugar de una antigua batalla, el paso de César o Carlomagno:

Quae tellus sit lenta gelu, quae putris ab aestu,
Ventus in Italiam quis bene vela ferat.
 [Qué tierra es indolente por causa del hielo,
 cuál por el calor resaca, qué viento conduce
 bien las velas a Italia: PROPERCIO 4,3,39-40,5].

Preguntará sobre las costumbres, intermediarios y alianzas de tal o cual príncipe. Son cosas muy amenas de aprender y muy útiles para saber.

En este estudio de los hombres incluyo, y muy principalmente, a aquellos cuya memoria solo se perpetúa en los libros. Conocerá mediante la historia, las almas de los siglos mejores. Si se quiere, es estudio vano; mas también si se quiere, es estudio de inestimable fruto, y el único que, como dijo Platón, hubiesen conservado los lacedemonios. ¿Cuánto provecho no sacará en este campo, de la lectura de las *Vidas* de Plutarco? Mas que recuerde su guía lo que persigue con su misión; y que no grabe tanto en su discípulo la fecha de la ruina de Cartago como las costumbres de Aníbal y de Escipión; ni tanto el lugar donde murió Marcelo como el que fuese indigno de su cargo y por ello muriese allí. Que no le enseñe tanto la historia como a juzgarla. A mi parecer, de todas las materias es aquella a la que se aplican nuestros espíritus de forma más distinta. He leído de Tito Livio mil cosas que no han leído otros. De Plutarco han leído, en cambio, mil cosas más de las que yo he podido leer y quizá más de lo que puso el propio autor. Para algunos se trata de un estudio puramente gramatical; para otros, de la anatomía de la filosofía, en la que entran las partes más abstrusas de nuestra naturaleza. Hay en Plutarco muchos razonamientos extensos muy dignos de ser conocidos, pues, a mi parecer, es el

maestro en esa tarea; mas hay otros mil que no hizo sino esbozar simplemente: señalando solo con el dedo por dónde hemos de ir, si nos place, y contentándose a veces con tocar lo fundamental de una idea. Es menester arrancarlas de allí y sacarlas a la luz pública. Como aquella anécdota suya acerca de los habitantes de Asia que solo servían a uno, por no saber pronunciar más que la sílaba No, dióle materia y ocasión a La Boétie para su *Servidumbre voluntaria*. Incluso el solo hecho de verle seleccionar un acto sin importancia en la vida de un hombre, o una palabra que parece no tener trascendencia, es ya un pensamiento. Es una lástima que las gentes de inteligencia gusten tanto de la brevedad; indudablemente gana con ello su reputación; mas nosotros ganamos menos. Prefiere Plutarco que le alabemos el juicio que el saber; prefiere dejarnos con apetito que saciados. Sabía que incluso de las cosas buenas puede hablarse demasiado y que Glexándridas reprochó con justicia a aquel que profería buenas razones mas demasiado largas: «¡Oh extranjero! Dices lo conveniente de forma inconveniente». Los que tienen canijo el cuerpo aumentarlo con rellenos; los que tienen exigua la materia hínchanla con palabras.

Sácase maravillosa luz para el juicio humano del trato con el mundo. Estamos encogidos y replegados sobre nosotros mismos y no vemos más allá de nuestras propias narices. Preguntáronle a Sócrates que de dónde era. No respondió: «De Atenas», sino: «Del mundo». Él, que tenía su imaginación más llena y más amplia, abarcaba el universo como si fuera su ciudad, llevaba sus conocimientos, su trato, sus afectos, a todo el género humano, no como nosotros que solo miramos lo que hay bajo nuestros pies. Cuando se hielan las viñas en mi pueblo, achácalo el cura a la ira de Dios sobre la raza humana y cree que hasta los caníbales se ahogan ya de sed. Viendo nuestras guerras civiles, ¿quién no exclamará que esta máquina se desquicia y que el día del juicio viene pisándonos los talones, sin percatarse de que muchas cosas peores se han visto y de que las otras diez mil partes del mundo no dejan de gozar de buen tiempo mientras tanto? Yo, según su licencia e impunidad, admírome de verlas tan plácidas y descansadas. Al que le graniza encima parécele que todo el universo está con tempestad y tormenta. Y decía aquel saboyano que, si aquel necio del rey de Francia hubiera sabido dirigir con acierto su destino, habría sido hombre digno de convertirse en maestresala de su duque. Su imaginación no concebía grandeza más elevada que la de su señor.

Caemos todos insensiblemente en este error: error de gran trascendencia y prejuicio. Solo aquel que se representa como en un cuadro esa gran imagen de nuestra madre naturaleza en su entera majestad; solo aquel que lee en su rostro variedad tan constante y general; solo aquel que allí se ve no solo a sí mismo sino a todo un reino, como un dibujo de muy débil trazo, solo aquel estima las cosas en su justa medida.

Este gran mundo, que incluso algunos multiplican como especies de un género, es el espejo en donde debemos mirarnos para conocernos cabalmente. En resumen, quiero que sea el libro de nuestro colegial. Tantos caracteres, sectas, juicios, opiniones, leyes y costumbres, nos enseñan a juzgar sanamente las nuestras y enseñan a nuestro juicio a reconocer su imperfección y su natural debilidad: lo cual no es liviano aprendizaje. Tantas agitaciones de estado y cambios de destino público instrúyennos para que no confiemos demasiado en el nuestro. Tantos nombres, tantas victorias y conquistas sepultadas en el olvido hacen ridícula la esperanza de eternizar nuestro nombre por prender a diez arqueros o a un vigía al que solo se conoce por su caída. El orgullo y la soberbia de tantas pompas extranjeras, la hueca majestad de tantas cortes y grandezas, nos asegura y ayuda a nuestra vista a soportar el brillo de las nuestras sin guiñar los ojos. Tantos millares de hombres enterrados antes que nosotros nos animan a no temer el ir al otro mundo a reunirnos con tan buena compañía. Y así con todo lo demás.

Nuestra vida, decía Pitágoras, parecese a la grande y populosa asamblea de los juegos olímpicos. Unos ejercitan el cuerpo para alcanzar la gloria en los juegos; otros llevan allí mercancías que vender para su ganancia. Hay otros, y no son los peores, que no buscan otro fruto que observar el cómo y el porqué de cada cosa y ser espectadores de las vidas de otros hombres para juzgar y ordenar sobre ellos la suya.

Con los ejemplos, se podrán combinar adecuadamente todas las razones más provechosas de la filosofía, a la cual deben plegarse las obras humanas como a regla propia. Se le dirá,

*quid fas optare, quid asper
Utile nummus habet; patriae charisque propinquis
Quantum elargiri deceat: quem te Deus esse
Iussit, et humana qua parte locatus es in re;*

*Quis sumus, aut quidnam visturi gignimur;
[qué deseos son lícitos, qué utilidad tiene
una moneda recién acuñada, cuánta prodigalidad
es justa para con la patria y los parientes queridos,
qué clase de persona ha dispuesto la divinidad que seas
y en qué lugar en el mundo de los hombres
has sido situado; qué somos, para qué tipo de vida
nos traen al mundo: PERSIO 3,69-72 y 67];*

lo que es saber e ignorar, cuál ha de ser la meta del estudio; lo que es el valor, la templanza y la justicia; la diferencia entre ambición y avaricia, servidumbre y vasallaje, libertinaje y libertad; por qué signos se conoce la verdadera y sólida satisfacción; hasta dónde se ha de temer la muerte, el dolor y la vergüenza;

*Et quo quemque modo fugiatque feratque laborem;
[y el modo como evites o superes
cualquier funesto azar: VIRGILIO, Aen. 3, 459];*

qué resortes nos mueven y el origen de tantas agitaciones en nosotros. Pues paréceme que los primeros discursos con los que se le debe abreviar el entendimiento han de ser aquellos que ordenan sus costumbres y su buen sentido, que le enseñarán a conocerse y a saber morir y vivir bien. De las artes liberales, empecemos con el arte que nos hace libres.

Todas siven de alguna forma para la instrucción de nuestra vida y para su aplicación, al igual que todas las demás cosas sirven para ello de algún modo. Mas tomemos aquella que sirve directa y especialmente.

Si supiéramos restringir lo que pertenece a nuestra vida en sus justos y naturales límites, veríamos que la mayor parte de las ciencias que están en uso está fuera de nuestro uso y que, incluso en las que están dentro, hay extensiones y abismos harto inútiles que mejor haríamos en dejar de lado y, de acuerdo con la educación de Sócrates, limitar el curso de nuestro estudio a aquellas que son necesarias.

*sapere aude,
Incipe: vivendi qui recte prorogat horam,
Rusticus expectat dum defluat omnis; at ille
Labitur et labetur in omne volubilis aevum.*

[Atrévete a ser sensato.

Empieza. Quien aplaza el vivir rectamente
espera, como el paleta, a que se agote la corriente del río;
pero este discurre y discurrirá arremolinando sin parar:
HORACIO, *epist.* 1,2,40-43];

Es gran necesidad enseñar a nuestros hijos

*Quid moveant pisces, animosaque signa leonis,
Lotus et Hesperia quid capricornus aqua;*

[qué es lo que traen los Peces y el fogoso signo del León
y qué el Capricornio, bañado en el agua de occidente:

PROPERCIO 4,1,85-86];

la ciencia de los astros y los movimientos de la octava esfera, antes que los suyos propios:

Τῇ Πλειάδεσσι κάμολι;

Τῇ δ' ἄστράσι βοώτῳ;

[¿Qué se me da de las Pléyades?

¿Pues qué del hermoso Boyero? *Anacreónticas* 4,10-11];

Anaxímenes escribía a Pitágoras: «¿Cómo podría ocuparme del secreto de las estrellas teniendo siempre ante mis ojos la muerte o la esclavitud?» (pues entonces los reyes de Persia preparaban la guerra contra su país). Cada uno debería pensar así: «Siendo presa de la ambición, de la avaricia, de la temeridad, de la superstición, y teniendo en mi interior tantos otros enemigos de la vida, ¿cómo pensar en el movimiento del mundo?».

Después de haberle dicho lo que sirve para hacerle más prudente y mejor, le explicarán lo que es la lógica, la física, la geometría, la retórica; y fuere cual fuere la ciencia que elija, teniendo el juicio ya formado, la aprenderá fácilmente. Se hará la lección unas veces platicando y otras con los libros; unas veces le proporcionará el maestro fragmentos del propio autor, adecuados para el fin de la enseñanza; otras le dará la médula y la substancia ya desmenuzada. Y si no está tan familiarizado con los libros como para hallar en ellos, por sí solo, todas las hermosas razones que contienen, para la realización de su proyecto podrá unírsele algún hombre de letras que proporcione para cada necesidad las municiones precisas para distribuir las y dispensarlas a su pupilo. ¿Y quién duda de

que esta lectura no sea más fácil y natural que la de Gaza? Hay en esta preceptos espinosos y desagradables palabras vanas y descarnadas que no tienen asidero, nada que despierte el interés. En aquella, el alma encuentra donde agarrarse y regodearse. Este fruto es incomparablemente mayor y por lo tanto madurará antes.

Es grande que en nuestro siglo estén así las cosas, que la filosofía sea, incluso para las personas de juicio, un nombre vano y fantástico que no tiene utilidad ni valor alguno, en su opinión y en la realidad. Creo que esos ergotismos que han invadido su terreno son la causa de ello. Es un error pintarla como inaccesible para los niños y con rostro ceñudo, hosco y temible. ¿Quién me la ha disfrazado con ese falso rostro odioso y pálido? Nada hay más alegre, vigoroso, jovial e incluso diría que juguetón; no predica más que fiesta y buen tiempo. Un semblante triste y turbado es señal de que no tiene allí su guarida. Demetrio, el gramático, al encontrarse en el templo de Delfos a un grupo de filósofos sentados juntos, díjoles: «O mucho me equivoco, o, por el aspecto tan plácido y alegre que tenéis, no debéis hallaros en gran discusión entre vosotros». A lo que uno de ellos, Heracleón el Megarense, respondió: «Es cosa de los que investigan si el futuro del verbo βάλλω [lanzar] tiene doble λ, o de los que buscan la derivación de los comparativos χειρόν y βέλτιον [peor y mejor] y de los superlativos χειριστον y βέλτιστον [el peor y el mejor], el fruncir el ceño al ocuparse de su ciencia. Por lo que a los razonamientos de la filosofía respecta, acostumbra a alegrar y regocijar a los que los tratan, no a preocuparlos ni entristecerlos».

*Deprendas animi tormenta latentis in aegro
Corpore, deprendas et gaudia: sumit utrumque
Inde habitum facies.*

[Puedes detectar los tormentos ocultos del alma
en un cuerpo enfermo, puedes detectar
también las alegrías; de ahí el rostro
toma una u otra apariencia: JUVENAL 9,18-20].

El alma en la que habita la filosofía, debe, por su salud, hacer sano también al cuerpo. Debe rezumar reposo y bienestar; debe dar forma en su molde al porte externo dotándolo por consiguiente de un natural orgullo, de una actitud activa y alegre y de un aspecto contento y bondadoso. El signo más significativo de la sabiduría

es una constante satisfacción; su estado es igual al de las cosas que están por encima de la luna: siempre sereno. Son «Baroco» y «Baralipon» quienes enlodan y ennegrecen sus supuestos; no la conocen más que de oídas. ¿Cómo? Consigue serenar las tormentas del alma y enseñarnos a tomar a risa el hambre y la enfermedad no con algunos epiciclos imaginarios sino con razones naturales y palpables. Tiene como meta la virtud, que no está, como dicen en la escuela, plantada en la cima de un monte escarpado, cortado e inaccesible. Los que se han acercado a ella consideran que mora, por el contrario, en una hermosa llanura fértil y floreciente, desde donde ve claramente todo lo demás por debajo de ella, mas allí se puede llegar, si se conoce el domicilio, fácilmente, por caminos arbolados, verdes y floridos, de pendiente suave y brillante como la de las bóvedas celestes. Por no haber tenido trato con esta suprema virtud, hermosa, triunfante, amorosa, igualmente deliciosa y valiente, enemiga acérrima e irreconciliable de la amargura, del disgusto, del temor y de la coacción, cuya guía es la naturaleza y de la que fortuna y placer son compañeros, inventaron, conforme a su debilidad, esta necia imagen triste, gruñona, ceñuda, amenazante y enojada, colocándola sobre una roca apartada, rodeada de matorrales, como un fantasma para asustar a las gentes.

Nuestro maestro, sabedor de que ha de llenar la voluntad de su discípulo, tanto o más de afecto que de respeto por la virtud, sabrá decirle que los poetas obedecen a las pasiones comunes y hacerle comprender que los dioses sudaron más por los corredores de los aposentos de Venus que de Palas. Y cuando empiece a sentir, al presentarle a Bradamante o a Angélica como amante de la que gozar y con una belleza ingenua, activa, generosa, no hombruna sino viril, al lado de una belleza suave y refinada, artificial, delicada; la una disfrazada de chico, tocada con reluciente morrión; la otra vestida de mujer, tocada con aderezo de perlas; considerará varonil su amor aunque elija por el contrario a ese afeminado pastor de Frigia. Le enseñará esta nueva lección: Que el premio y la altura de la verdadera virtud está en la facilidad, utilidad y placer de su ejercicio, tan alejado de la dificultad, que los niños pueden alcanzarla tanto como los hombres, los simples tanto como los listos. El orden es su instrumento, que no la fuerza. Sócrates, su primer favorito, abandona voluntariamente la fuerza para dejarse llevar por la sencillez y facilidad de su progreso. Es la nodriza de los placeres humanos: haciéndolos justos, los hace seguros y pu-

ros; moderándolos, los hace desear y gustar; eliminando los que niega, nos aguijonea hacia los que nos deja, y nos deja en abundancia todos los que la naturaleza quiere, y hasta la saciedad, maternalmente, no hasta el cansancio (y así no se nos ocurrirá decir que el régimen que detiene al bebedor antes de la embriaguez, al comilón antes de la indigestión, al lascivo antes de la sífilis, sea enemigo de nuestros placeres). Si la fortuna común le falla, se libera o prescinde de ella y se forja otra propia, no tan fluctuante y variable. Sabe ser rica y poderosa y sabia y tenderse en colchones almizclados. Ama la vida, ama la belleza y la gloria y la salud. Mas su oficio propio y particular es saber hacer uso de estos bienes de forma ordenada y saber perderlos constantemente: oficio mucho más noble que áspero, sin el cual todo transcurso de la vida es turbulento, desnaturalizado y deforme; y a él pueden achacar con justicia esos escollos, esas breñas y esos monstruos. Si este discípulo resulta ser de condición tan rara que prefiera oír una fábula a la narración de un hermoso viaje o a una sabia sentencia cuando la oiga; si del son del tamboril que acompaña el joven ardor de sus compañeros se desvía hacia otro que le llama al juego de los cómicos; si desgraciadamente no estima más placentero y halagador volver polvoriento y victorioso de un combate que del frontón o del baile, con el premio de este ejercicio, no encuentro otro remedio sino que su maestro lo estrangule en buena hora, si no hay testigos, o que le metan de pastelero en alguna buena ciudad, aunque sea hijo de un duque, conforme al precepto de Platón de que hay que colocar a los hijos, no según las facultades del padre, sino según las facultades de su propio espíritu.

Puesto que la filosofía es aquella que nos enseña a vivir y puesto que la infancia tiene en ella su lección como las otras edades, ¿por qué no comunicársela?

*Udum et molle lutum es; nunc properandus, et acri
Fingendus sine fine rota.*

[Tú eres lodo blando y húmedo: ahora,
ahora es cuando debes apresurarte y moldearte
sin descanso a torno rápido: PERSIO 3,23-25];

Nos enseñan a vivir cuando la vida ya ha pasado. Cien colegiales habrán cogido la viruela antes de llegar a la lección de Aristóteles sobre la templanza. Decía Cicerón que, aunque viviese la vida

de dos hombres, no aprovecharía el tiempo para estudiar a los poetas líricos. Y yo encuentro aún más tristemente inútiles a estos ergotistas. Nuestro niño tiene mucha más prisa: no le debe a la instrucción más que los quince o dieciséis primeros años de su vida; el resto pertenece a la acción. Empleemos tan corto tiempo para las enseñanzas necesarias. Son bastantes; eliminad todas esas sutilezas espinosas de la dialéctica, mediante las cuales nuestra vida no puede corregirse, tomad las razones puras y simples de la filosofía; sabed escogerlas y tratarlas adecuadamente: son más fáciles de comprender que un cuento de Boccaccio. Un niño recién destetado es harto más capaz de entenderlas que de aprender a leer o a escribir. Tiene la filosofía tantas razones para el nacimiento de los hombres como para su decrepitud.

Comparto la opinión de Plutarco acerca de que Aristóteles no entretuvo tanto a su gran discípulo con el arte de componer silogismos o con los principios de la geometría, como instruyéndole sobre los buenos preceptos referentes al valor, a las hazañas, a la magnanimidad y a la templanza y a la seguridad de no temer a nada; y con esta munición, enviolo, siendo niño todavía, a subyugar el imperio del mundo con solo treinta mil hombres de a pie, cuatro mil caballos y cuarenta y dos mil escudos. Las otras artes y ciencias, dice, honrábalas Alejandro y alababa su excelencia y nobleza: mas por mucho placer que en ellas encontrase, no se dejaba sorprender fácilmente por el deseo de querer ejercerlas.

*Petite hinc, iuvenesque senesque,
Finem animo certum, miserisque viatica canis.*
[Venid a buscar aquí, jóvenes y viejos,
una meta definida para el alma, y un viático
para las miserias de la vejez: PERSIO 5,64-65];

Es lo que dice Epicuro al comienzo de su carta a Meniceo: «Ni el más joven rechaza filosofar, ni el más viejo se cansa de ello». Si ocurre de otro modo, parece decir, o no es aún momento de vivir felizmente o ya no es momento.

Por todo esto, no quiero que se encierre a este niño. No quiero que lo abandonen al humor melancólico de un maestro de escuela. No quiero corromper su espíritu sometiéndolo a suplicio y trabajo durante catorce o quince horas al día como a un condenado, al igual que a los demás. Ni consideraría bueno que, cuando

por cierto talante solitario y melancólico se le viera entregado al estudio de los libros con aplicación demasiado imprudente, se le alimentase esta tendencia; esto los vuelve ineptos para la conversación social y los desvía de mejores ocupaciones. Y ¿a cuántos hombres no habré visto yo en mi época, embrutecidos por esa temeraria avidez de ciencia? Carnéades enloqueció hasta el punto de no tener tiempo de cortarse ni el pelo ni las uñas. Tampoco quiero echar a perder sus costumbres generosas mediante la falta de civismo y la barbarie de otros. La sabiduría francesa fue antaño proverbial por ser una sabiduría que prendía tempranamente y que apenas duraba. En verdad que, aún hoy, vemos que no hay nada más gentil que los niños pequeños franceses, mas normalmente traicionan las esperanzas que han hecho concebir y, una vez hombres hechos y derechos, no se halla en ellos ninguna excelencia. He oído sostener a gentes de entendimiento que esos colegios a los que los envían, y que son muy abundantes, los embrutecen así.

Para el nuestro, un gabinete, un jardín, la mesa y la cama, la soledad, la compañía, la mañana y la tarde, todas las horas serán iguales, todos los lugares le serán de estudio: pues la filosofía que, como formadora de los juicios y de las costumbres, será su principal lectura, tiene ese privilegio de mezclarse con todo. Todos estiman que tuvo razón Isócrates, el orador, cuando le rogaron en un festín que hablara con su arte, al responder: «No es este momento para lo que yo sé hacer; y no sé hacer aquello para lo que ahora es momento». Pues el hacer discursos o discusiones de retórica a una compañía reunida para divertirse, sería mezcla de harto difícil acuerdo. Y otro tanto podríamos decir de todas las demás ciencias. Mas, por lo que a la filosofía respecta, la parte en la que trata del hombre y de sus deberes y oficios, fue opinión común a todos los sabios que, por la amenidad de su conversación, no se la debía rechazar ni en los festines ni en los juegos. Y vemos cómo, habiéndola invitado Platón a su convite, entretiene a la asistencia de forma amena y adecuada al momento y al lugar, aunque fuese uno de sus más elevados y ricos discursos:

*Aequae pauperibus prodest, locupletibus aequae;
Et, neglecta, aequae pueris senibusque nocebit.*
[Igualmente aprovecha a pobres y ricos, e igualmente,
desatendida, perjudicará a niños y ancianos: HORACIO, *epist.* 1,1,25-26].

Sin duda, así vaguará menos que los demás. Mas igual que los pasos que damos al pasearnos por una galería, a pesar de que sean tres veces más, no nos fatigan como los que damos por un camino obligado, así nuestra lección, al desarrollarse como por casualidad, sin obligación de tiempo ni lugar y al mezclarse con todos nuestros actos, penetrará imperceptiblemente; los propios juegos y ejercicios formarán buena parte del estudio: la carrera, la lucha, la música, la danza, la caza, el manejo de los caballos y de las armas. Quiero que el decoro externo, el trato social y el porte de la persona se formen a la vez que el alma. No es ni un alma ni un cuerpo lo que se educa, sino un hombre; no han de separarse. Y como dice Platón, no debe formarse la una sin el otro, sino guiarlos paralelamente como a una pareja de caballos uncidos al mismo yugo. Y al escucharle, parece que conceda más tiempo y solicitud a los ejercicios del cuerpo, estimando que la mente se ejercita al mismo tiempo, y no al contrario.

Por lo demás, esta educación ha de llevarse a cabo con severa dulzura, no como se acostumbra a hacer. En lugar de invitar a los niños a las letras, no se les muestra, en verdad, sino crueldad y horror. Eliminad la violencia y la fuerza: nada hay, en mi opinión, que envilezca y embrutezca tanto a una naturaleza bien nacida. Si deseáis que sienta temor por la vergüenza y el castigo, no le curtáis a ello. Curtidle al sudor y al frío, al viento, al sol y a los azares que debe despreciar; quitadle toda blandura y remilgo en el vestir y en el dormir, en el comer y en el beber; acostumbradlo a todo. Que no sea un bello mancebo amanerado sino un mozo ágil y vigoroso. Siendo niño, hombre o viejo, siempre pensé y opiné de esta forma. Mas, entre otras cosas, ese sistema de la mayor parte de nuestros colegios siempre me disgustó. Puede que se hubiera pecado con menos perjuicio inclinándose por la indulgencia. Es una verdadera prisión de juventud cautiva. Se la corrompe castigándola antes de que esté corrompida. Acercaos al lugar de su oficio, no oiréis más que gritos de niños atormentados y de maestros desquiciados por la cólera. ¡Qué manera es esta de despertar el apetito por el estudio en estas tiernas y temerosas almas, dirigiéndolas con un rostro enrojecido y espantoso y con el látigo en la mano! Manera inicua y perniciosa. Además de lo que muy bien hizo notar Quintiliano, que esta imperiosa autoridad tiene consecuencias peligrosas y especialmente con nuestro modo de castigar. ¡Cuánto mejor alfombradas estarían las clases con flores y hojas, que no

con trozos de varas ensangrentadas! Yo haría pintar el retrato de la Alegría, del Contento, de la Flora y de las Gracias, como hizo en su escuela el filósofo Espeusipo. Donde está su provecho, que esté también su recreo. Se ha de endulzar a los niños los alimentos salubres y amargarles los que les son nocivos.

Es notable cuán cuidadoso se muestra Platón, en sus *Leyes*, de la alegría y de los pasatiempos de la juventud de su ciudad; y cuánto se detiene en sus carreras, juegos, canciones, saltos y danzas, de los que dice que la antigüedad dio la dirección y el patronazgo a los propios dioses: a Apolo, a las Musas y a Minerva.

Extiéndese en mil preceptos para los gimnasios; en las ciencias de las letras se entretiene muy poco y parece no recomendar particularmente la poesía sino para la música.

Toda rareza en nuestra condición y en nuestras costumbres ha de evitarse como enemiga de la comunicación y del trato, y por ser monstruosa. ¿Quién dejaría de asombrarse de la complexión de Demofonte, maestra sala de Alejandro, que sudaba a la sombra y al sol tiritaba? He visto a algunos que huían más del aroma de las manzanas que de los arcabuzazos; a otros que se asustaban de un ratón; a otros que devolvían hasta las tripas al ver la nata; a otros al ver sacudir un colchón de plumas; Germánico no podía soportar el ver un gallo ni el oír su canto. Quizá pueda haber en esto algún motivo oculto; mas podriase sofocar, en mi opinión, si de ello se ocupasen tempranamente. La educación me ha cambiado para mejor en lo siguiente: en que mi apetito se adapta indiferentemente a todo aquello de lo que uno puede alimentarse, excepto a la cerveza, aunque es verdad que esto no ha sido sin algún esfuerzo. Cuando aún se tiene el cuerpo flexible, se le ha de habituar, por este motivo, a todas las formas y costumbres. Y, con tal de poder mantener sujetos el apetito y la voluntad, hacer, sin temor, que un joven sepa adaptarse a toda nación y compañía, incluso al desorden y a los excesos si es necesario. Que su entrenamiento siga la costumbre. Que pueda hacer todo y no guste sino de hacer lo bueno. Los mismos filósofos no estiman loable que perdiera Calístenes el favor del gran Alejandro, su señor, por no haber querido beber tanto como él. Reirá, retozará y probará el vicio con su príncipe. Quiero que incluso en el libertinaje supere en vigor y firmeza a sus compañeros; y que no deje de hacer el mal por falta de fuerza o de ciencia, sino por falta de deseos: *«Multum interest utrum peccare aliquis nolit aut nesciat»* [Pues hay mucha diferencia entre no querer o no saber cometer una falta: SENECA, *epist.* 90, 46].

Una vez pensé honrar a uno de los caballeros más reacios a los excesos que pueda haber en Francia, preguntándole cuántas veces en su vida habíase embriagado en interés de los asuntos del rey en Alemania. Tomolo de esta forma y contestome que habían sido tres veces, y las refirió. Sé de muchos que, por carecer de esa facultad, hanse visto en gran aprieto al tener que tratar con esa nación. A menudo heme fijado con gran admiración en la asombrosa naturaleza de Alcibiades, capaz de transformarse de tan distintas maneras, sin merma de su salud: superando tanto la suntuosidad y la pompa persa como la austeridad y frugalidad lacedemonia; tan comedido en Esparta como voluptuoso en Jonia;

Omnis Aristippum decuit color, et status, et res.

[A Aristipo le convino todo estilo, estado y hacienda:

HORACIO, *epist.* 1,17,23].

Así querría yo formar a mi discípulo,

quem duplici panno patientia velat

Mirabor, vitae via si conversa decebit,

Personamque feret non inconcinnus utramque.

[En cambio me extrañaría si se aviniera a un cambio vital

quien va revestido del doble paño de la austeridad

Desempeñará no sin gracia el papel que le toque:

HORACIO, *epist.* 1,17,25-26 y 29].

He aquí mis enseñanzas: mejor las aprovechará quien las practique que quien las sepa. Si lo veis, lo oís; si lo oís, lo veis.

«¡Dios no quiera —dijo un personaje de Platón— que filosofar consista en aprender muchas cosas y tratar de las artes!»

«Hanc amplissimam omnium artium bene vivendi disciplinam vita magis, quam litteris persequuti sunt» [Esta ciencia del bien vivir, la más importante de todas las artes, la escribieron más con su vida que en sus libros: CICERÓN, *Tusc.* 4,5].

Habiéndole preguntado León, príncipe de Fliasia, a Heráclides de Ponto qué ciencia, qué arte era su oficio, respondió este: «No sé ni arte ni ciencia, mas filósofo soy».

Reprochábanle a Diógenes que, siendo ignorante, se metiese en filosofía: «Métome —dijo— con mayor motivo».

Pedíale Hegesias que le leyera algún libro. «Me hacéis reír —contestole él—; escogéis los higos auténticos y naturales, no los que están pintados; ¿por qué no escogéis también los ejercicios naturales y verdaderos y no los escritos?».

No se trata tanto de que recite la lección como de que la practique. La reflejará en sus acciones. Se verá si hay prudencia en sus empresas; si hay bondad y justicia en su conducta; si posee juicio y gracia en el hablar, vigor en la enfermedad, modestia en los juegos, templanza en la voluptuosidad, indiferencia en el gusto, ya sea carne, pescado, vino o agua, y orden en la economía:

Qui disciplinam suam, non ostentationem scientiae, sed legem vitae putet, quique obtemperet ipse sibi, et decretis pareat. [¿Cuántos filósofos hay] que consideren sus conocimientos, no una ostentación de ciencia, sino una ley de vida, y que se obedezcan a sí mismos y acaten sus decisiones?: CICERÓN, *Tusc.* 2,11].

El verdadero espejo de nuestras razones es el transcurso de nuestras vidas.

Respondió Zeuxidamus, a la pregunta de por qué los lacedemonios no redactaban por escrito las ordenanzas del valor para que sus jóvenes las leyeran, que «era porque querían acostumbrarlos a la acción y no a las palabras». ¡Comparadle al cabo de quince o dieciséis años con uno de esos sabihondos de escuela que durante todo este tiempo solo habrá aprendido a hablar! El mundo no es más que cháchara; y jamás vi a hombre alguno que no hablase algo más que menos de lo que debiera. Esto no impide que la mitad de nuestra vida se nos vaya en ello. Nos tienen cuatro o cinco años oyendo palabras y engarzándolas en cláusulas; otros tantos formando con ellas un gran cuerpo dividido en cuatro o cinco partes; y al menos otros cinco aprendiendo por encima a mezclarlas y entrelazarlas de alguna manera sutil. Dejémoslo a aquellos que hacen de ello oficio expreso.

Yendo un día a Orleáns, encontré en aquella llanura, más acá de Cléry, a dos dómines que venían de Burdeos, a unos cincuenta pasos uno de otro. Más lejos, y tras ellos, descubrí a un tropel con un maestro a la cabeza, que era el difunto conde de la Rochefoucault. Uno de mis hombres preguntó al primero de aquellos dómines quién era aquel gentilhombre que venía tras él. Él, que no había visto todo aquel séquito y creyendo que se refería a su com-

pañero, respondió cómicamente: «No es un gentilhomme, es un gramático; y yo soy un lógico». Como nosotros, por el contrario, no intentamos hacer ni un gramático ni un lógico, sino un gentilhomme, dejémoslos abusar de su ocio; tenemos otros quehaceres. Mas esté nuestro discípulo bien provisto de cosas, vendrán las palabras y de sobra; ya tirará de ellas si no quieren venir. He oído excusarse a algunos por no poder expresarse, fingiendo tener la cabeza llena de muchas cosas hermosas, mas imposibles de mostrar por falta de elocuencia. Es un engaño. ¿Sabéis qué creo yo que es? Sombras que les vienen de algunos conceptos informes que no pueden desenredar ni esclarecer en su interior, ni por consiguiente sacar a la luz exterior: ni siquiera ellos mismos se entienden. Y vedlos solo tartamudear a punto del alumbramiento, pensaréis que su esfuerzo no pertenece al parto sino a la concepción y que no hacen sino lamer esa materia imperfecta. Yo por mi parte mantengo, y Sócrates lo asegura, que quien tiene en la mente una idea viva y clara, la expresará, ya sea en bergamasco, ya sea con gestos si es mudo:

Verbaque praevisam rem non invita sequuntur.

[Y las palabras seguirán no forzadas al tema previsto:

HORACIO, *ars* 311].

Y como decía aquel en su prosa, tan poéticamente: «*cum res animum occupavere, verba ambiunt*» [Cuando las cosas se apoderan del espíritu, las palabras nos asedian: SENECA EL VIEJO, *controv.* 3, proem.]. Y este otro: «*Ipsae res verba rapiunt*» [El tema mismo arrastra las palabras: CICERÓN, *fin.* 3,19]. No entiende de ablativos, conjunciones o sustantivos, ni de gramática; su lacayo tampoco entiende de ello, ni las lavanderas del puentecillo, y sin embargo, os darán toda la conversación que os plazca embrollándose quizá tan poco con las normas de su lenguaje como el mejor maestro en las artes de Francia. No sabe de retórica ni atraerse con reglas la benevolencia del cándido lector; ni le importa saberlo. En verdad que toda hermosa pintura se borra fácilmente con el brillo de una verdad sencilla e ingenua.

Esos artificios solo sirven para entretener al vulgo, incapaz de tomar la carne más prieta y más firme; como bien claramente muestra Afer, en Tácito. Los embajadores de Samos habían acudido a ver a Cleómenes, rey de Esparta, pertrechados con un largo y hermoso discurso para empujarlo a la guerra contra el tirano Polí-

crates. Una vez les hubo dejado terminar, díjoles: «Por lo que respecta a vuestro comienzo y exordio, ya no lo recuerdo, ni por consiguiente lo que sigue; en cuanto a la conclusión, no la quiero llevar a cabo». He aquí, a mi parecer, una hermosa respuesta y unos oradores bien corridos.

¿Y qué me decís de aquel otro? Habían de elegir los atenienses entre dos arquitectos para dirigir una gran obra: el primero, más artificioso, presentose con un hermoso discurso premeditado sobre el objeto de su trabajo, atrayendo así la opinión del pueblo a su favor. Mas el otro dijo en tres palabras: «Señores atenienses, lo que este ha dicho, yo lo haré».

En el punto culminante de la elocuencia de Cicerón, muchos admirábanse; mas Catón solo reía diciendo: «Tenemos un cónsul muy gracioso». Mientras lleve delante o detrás una frase útil, un rasgo agudo es siempre oportuno. Si no conviene a lo que precede ni a lo que sigue, se conviene a sí mismo. No participo de la opinión de que el buen ritmo hace al buen poema; dejadle alargar una sílaba corta, si quiere; no le violentéis en esto: si brillan las ocurrencias, si la inteligencia y el juicio han hecho bien su papel, ahí tenéis a un buen poeta, diría yo, aunque sea mal versificador,

Emunctae naris, durus componere versus.

[de fino olfato, incansable componiendo versos:

HORACIO, *sat.* 1,4,8].

Quítenle a su obra todas las cesuras y medidas, dice Horacio,

Tempora certa modosque, et quod prius ordine verbum est,

Posterior facias, praeponens ultima primis,

Invenias etiam disiecti membra poetae,

[si quitaras metro y ritmos, y la palabra que está antes en el orden la pusieras detrás anteponiendo la última a las primeras...

ni siquiera hallarías miembros despedazados del poeta:

HORACIO, *sat.* 1,4,58-59 y 62],

no desmerecerá por ello; los propios fragmentos serán bellos. Así contestó Menandro cuando le apremiaban, pues acercábase el día para el que había prometido una comedia y aún no se había puesto a ella: «Está compuesta y lista; solo falta añadirle los versos». Una vez tenía las cosas y la materia preparadas en el alma, concedía poca importancia a lo demás. Desde que Ronsard y Du Bellay han

revalorizado nuestra poesía francesa, no veo aprendiz, por insignificante que sea, que no hinche las palabras, que no ordene las cadencias más o menos como ellos: «*Plus sonat quam valet*» [Tiene más resonancia que valor: SENECA, *epist.* 40,5]. Nunca hubo tantos poetas para el vulgo: mas, así como les ha sido muy fácil copiar su ritmo, son incapaces de imitar las ricas descripciones de uno y las delicadas ideas del otro.

Y más aún, ¿qué hará si le presionan con el sofisma sutil de algún silogismo: el jamón hace beber; el beber apaga la sed: por lo tanto el jamón apaga la sed? Que se ría. Es más sutil reír que contestar.

Que tome de Aristipo esta divertida réplica. «¿Por qué habría yo de desembrollarlo, puesto que así de embrollado me ocupa?» Alguien propuso ofrecer a Cleanto algunas agudezas dialécticas, a lo que Crisipo alegó: «Deja esos malabarismos para jugar con los niños y no desvíes con ellos los pensamientos serios de un hombre de edad». Si esas necias argucias, «*contorta et aculeata sophismata*» [sofismas retorcidos y sutiles: CICERÓN, *Luc.* 75,5], le han de persuadir de alguna mentira, entonces serán peligrosas: mas si permanecen sin efecto y solo le mueven a risa, no veo por qué habría de cuidarse de ellas. Los hay tan necios que se desvían un cuarto de legua de su camino por perseguir una agudeza; «*aut qui non verba rebus aptant, sed res extrinsecus arcessunt, quibus verba convenient*» [y no acomodan las palabras a los contenidos, sino que hacen venir de lejos los contenidos a los que estas palabras corresponden: QUINTILIANO, *inst.* 8,3,30]. Y otro: «*Sunt qui alicuius verbi decore placentis vocentur ad id quod non proposuerant scribere*» [Hay muchos que se ven inducidos a escribir lo que no se habían propuesto a causa de una bella palabra que les cautiva: SENECA, *epist.* 59,5]. Más dispuesto estoy a retorcer una buena frase para remendarla sobre lo mío que a retorcer el hilo que llevaba por ir a buscarla. Por el contrario, es misión de las palabras servir y seguir, ¡y consígalos el gascón si no lo consigue el francés! Quiero que las palabras se superen y que colmen de tal manera la imaginación del que escucha, que no tenga este recuerdo alguno de las palabras. El lenguaje que me place es un lenguaje sencillo y natural, igual sobre el papel que en la boca; un lenguaje succulento y nervioso, corto y apretado; no tanto delicado y pulido como vehemente y brusco:

Haec demum sapient dictio, quae feriet,

[porque al fin no hay estilo mejor que el que conmueve:

Epitafio a Lucano 6: FABRICIO, Bibliotheca latina 2,10],

antes difícil que tedioso, alejado de toda afectación, desordenado, deshulvanado y atrevido; que cada trozo tenga cuerpo; ni pedante, ni frailuno, ni leguleyo, sino más bien soldadesco, como llama Suetonio al de Julio César; aunque no sé muy bien por qué se lo llama.

Imité gustoso ese descuido en la forma de vestir de la juventud: un manto por encima, la capa al hombro, una media mal estirada, que refleja un orgulloso desdén por esos adornos externos y la despreocupación por la apariencia. Mas lo encuentro aún mejor aplicado a la manera de hablar. Toda afectación, especialmente en la alegría y libertad francesa, desagrada al cortesano. Y en una monarquía, todo gentilhombre ha de ser educado a la manera de un cortesano. Por lo tanto hacemos bien en inclinarnos un poco hacia lo espontáneo y tosco.

No me agrada en absoluto un tejido que deja ver uniones y costuras, así como en un hermoso cuerpo no han de poder contarse los huesos y las venas. «*Quae veritati operam dat oratio, incomparsita sit et simplex*». [El discurso empeñado en la verdad debe mostrarse sin adornos y sencillo: SENECA, *epist.* 40,4].

«*Quis accurate loquitur, nisi qui vult putide loqui?*». [¿Quién habla con pulcritud sino el que pretende hablar con afectación?: SENECA, *epist.* 75,1].

La elocuencia hace de menos a las cosas, desviándonos hacia sí.

Así como en el atuendo es fatuidad querer destacar por una vestimenta peculiar e inusitada, asimismo en el lenguaje, la búsqueda de frases nuevas y de palabras poco conocidas viene de una ambición pueril y pedante. ¿Qué no daría yo por poder imitar tan solo a los que trabajan en el mercado de París! Nada entendía Aristófanes, el gramático, cuando reprendía a Epicuro por la sencillez de sus palabras y el objeto de su oratoria, que no era otro que la claridad. El hablar, por su facilidad, puede ser imitado por todo un pueblo; la imitación del pensar, del inventar, ya es otra cosa. La mayor parte de los lectores piensa erróneamente haber conseguido un cuerpo igual, por haber encontrado igual ropaje.

La fuerza y los nervios no se toman prestados; los adornos y la capa, sí.

La mayor parte de los que me tratan hablan igual que los *Ensayos*: mas ignoro si piensan igual.

Los atenienses (dice Platón) tienen en su haber el cuidado de la riqueza y la elegancia en el hablar; los lacedemonios, la brevedad, y los de Creta, la fecundidad en los conceptos más que en el lenguaje; son estos los mejores. Decía Zenón que tenía dos clases de discípulos: unos, a los que él llamaba φιλόλογους [filólogos], preocupados por aprender las cosas y que eran sus favoritos; otros, λογοφίλους [amantes de la lengua], que solo se cuidaban del lenguaje. Y no es que el bien hablar no sea cosa buena y hermosa, mas no tan buena como se considera; y enójame que nuestra vida se afane tanto por ello. Querría yo primero saber bien mi lengua y la de mis vecinos con los que tengo trato más frecuente. Hermoso y gran bagaje es sin duda el griego y el latín, mas véndese muy caro. Contaré aquí un modo de conseguirlo más barato que de costumbre y que ha sido ensayado en mí mismo. Sírvasse de él quien quiera.

A mi difunto padre, tras haber hecho todas las averiguaciones que un hombre puede hacer, entre las gentes sabias y de entendimiento, sobre la mejor forma de educación, le advirtieron de este inconveniente que existía; y decíanle que ese tiempo tan largo que tardábamos en aprender las lenguas que a ellos nada les costaban era la única causa de que no pudiésemos alcanzar la grandeza de espíritu y de conocimientos de los antiguos griegos y romanos. No creo que esa sea la única causa. De todas formas, la solución que halló mi padre fue ponerme, desde mi más tierna infancia y antes de que se me desatara la lengua, a cargo de un alemán, que después murió siendo médico famoso en Francia, totalmente ignorante de nuestra lengua y muy versado en la latina. Este, al que había hecho venir expresamente y que estaba muy bien pagado, tenía siempre en sus brazos. Tuvo también con él a otros dos de menor saber, para seguirme y aliviar al primero. Estos no hablaban conmigo más lengua que el latín. En cuanto al resto de la casa, era norma inviolable que ni él mismo, ni mi madre, ni criado, ni camarera pronunciasen en mi presencia más palabras que las latinas que cada uno hubiere aprendido para chapurrear conmigo. Es asombroso el fruto que todos sacaron. Mi padre y mi madre aprendieron bastante latín para entenderlo y para servirse de él si la ocasión lo requiriera, al igual que los criados más ligados a mi servicio. En suma, tanto nos latinizamos que rezumó hasta los pue-

blos de nuestro alrededor, donde existen aún, y han echado raíces, muchos apelativos latinos de artesanos y de útiles. En cuanto a mí, tenía más de seis años y todavía no entendía más el francés o el habla del Perigord que el árabe. Y sin arte, sin libro, sin gramática ni reglas, sin látigo ni lágrimas, había aprendido un latín tan puro como el que sabía mi maestro: pues no lo podía poseer mezclado ni alterado. Si por ejercicio queríanme dar un tema, así como en los colegios se lo dan a los demás en francés, a mí habían de dármele en un latín incorrecto para ponerlo correctamente. Y Nicolás Grouchy, que escribió *De comitiis Romanorum*; Guillermo Guérrente, que glosó a Aristóteles; Jorge Buchanan, aquel gran poeta escocés; Marco Antonio Muret, al que Francia e Italia reconocen como el mejor orador de la época, preceptores domésticos míos, me han dicho a menudo que tenía en mi infancia esta lengua tan presta y a mano que temían les abordara. Buchanan, al que vi después de la muerte del señor mariscal de Brissac, díjome estar ocupado en escribir sobre la educación de los niños y tomaba ejemplo de la mía; ya que entonces tenía a su cargo al conde de Brissac, al que luego hemos visto tan bravo y valeroso.

En cuanto al griego, del que apenas poseo conocimiento alguno, decidió mi padre hacérmelo aprender con método, mas de un modo nuevo, como diversión y ejercicio. Hacíamos malabarismos con las declinaciones del mismo modo que algunos, con ciertos juegos de mesa, aprenden la aritmética y la geometría. Pues, entre otras cosas, habíanle aconsejado que me hiciera gustar la ciencia y el deber sin forzar mi voluntad, en entera libertad y con gran dulzura, sin rigor ni coacción. Y llegó a tal superstición, que, porque algunos sostienen que el despertar a los niños con sobresalto por las mañanas, arrancándolos del sueño (en el que están sumergidos mucho más profundamente que nosotros) bruscamente y con violencia, les altera el cerebro, haciéndome despertar con el sonido de algún instrumento; y jamás carecí de alguien que me sirviera.

Bastará este ejemplo para juzgar del resto y también para alabar la prudencia y el afecto de padre tan bueno, al que no se ha de culpar si no ha recogido el fruto correspondiente a tan exquisita siembra. Dos cosas fueron causa de ello: el campo estéril y difícil; pues aunque yo tenía una salud fuerte y entera, además de un natural dulce y tratable, era a pesar de ello tan lento, apático y vago que no me podían arrancar de la ociosidad ni siquiera para hacer-

me jugar. Lo que veía, veíalo bien; y bajo ese aspecto pesado, alimentaba atrevidas ideas y opiniones por encima de mi edad. La mente tenía la lenta y no avanzaba más que lo que la empujaban; la comprensión, tardía; la imaginación, floja; y por fin, una increíble falta de memoria. Con todo esto, no es de extrañar que no pudiese obtener cosa alguna que valiese. En segundo lugar, así como esos a los que empuja un furioso deseo de curación se dejan llevar por toda suerte de consejos, el buen hombre, teniendo gran temor de errar en cosa que tanto le importaba, dejase por fin llevar por la opinión general, que sigue siempre a los adelantados, como las grullas, alineándose en las filas de la costumbre al no tener ya junto a él a los que le habían dado aquellas primeras reglas de educación traídas de Italia; y enviome, cuando tenía yo alrededor de seis años, al entonces floreciente colegio de Guyena, el mejor de Francia. Y allí, imposible es añadir nada a los cuidados que puso para elegirme preceptores de cámara suficientes y para todas las demás circunstancias de mi educación, en la que conservó varias maneras particulares contrarias al uso de los colegios. Mas así y todo, no dejaba de ser un colegio. Mi latín degeneró irremediablemente, y después, por falta de costumbre, perdí toda práctica. Y solo sirviome esa mi novedosa educación para saltarme de entrada los primeros cursos: pues a los trece años, cuando salí del colegio, había terminado el bachiller (como lo llaman) y, en verdad, sin ningún fruto que pudiese por entonces apuntar en mi haber.

La primera afición que tuve por los libros vino del placer de leer las fábulas de las *Metamorfosis* de Ovidio. Pues, a la edad de seis años, me apartaba de cualquier otro placer para leerlas; tanto más cuanto que aquella lengua era la mía materna y que era el libro más ameno que conociera y el más adecuado para mi corta edad, a causa del tema: pues tan rígida era mi disciplina, que de los *Lanzarotes del Lago*, de los *Amadises*, de los *Huons de Bordeaux* y todo ese fárrago de libros con los que se entretiene la infancia, no conocía yo ni el nombre y menos aún la trama. Entregábame con más indolencia al estudio de las demás lecturas obligadas. En esto, fue muy favorable el dar con un hombre de juicio como preceptor, el cual tuvo la habilidad de encarrilar esta pasión mía y otras semejantes. Pues por ahí, enfilé todo seguido con Virgilio en la *Eneida* y luego con Terencio y luego con Plauto y con comedias italianas, embaucado siempre por la amenidad del tema. Si hubiera cometido el error de cortar esa tendencia, seguro estoy de que

no habría heredado del colegio más que el odio por los libros, como ocurre con casi toda nuestra nobleza. Se las compuso ingeniosamente. Fingiendo no darse cuenta de nada, agudizaba mi apetito permitiéndome solo a escondidas saborear aquellos libros y obligándome con dulzura a los demás estudios ordenados: ya que lo que buscaba principalmente mi padre, en aquellos a los que me encomendaba, era la bondad y facilidad de carácter. Por otra parte, el mío no tenía más vicio que la apatía y la pereza. El peligro no estaba en que obrase mal, sino en que nada hiciese. Nadie pronosticaba que pudiera llegar a ser malo, sino inútil; preveían en mí vagancia, que no maldad.

Siento que así ha ocurrido. Las quejas que me aturden los oídos son las siguientes: «Ociosos; frío para los deberes de la amistad y el parentesco y para los deberes públicos; individualista en demasía». Los más injuriosos no dicen: «¿Por qué ha robado? ¿Por qué no paga?» Sino: «¿Por qué no cede? ¿Por qué no da?»

Agradecería que solo desearan de mí tales actos que van más allá de mis obligaciones. Mas son injustos al exigirme aquello que no debo, y, muchos, con mayor rigor del que usan consigo mismos para exigirse lo que deben. Al obligarme a ello, borran la satisfacción de la acción y la gratitud que me sería debida: precisamente cuando las obras buenas y activas deberían pesar más por venir de mi mano, habida cuenta de que no hay otro más pasivo que yo. Puedo disponer tanto más libremente de mi fortuna cuanto que es más mía. Sin embargo, si adornase mis actos, quizá rebatiría estos reproches, demostrando a algunos, que se ofenden no tanto porque no haga yo bastante, como porque pueda hacer bastante más de lo que hago.

Mi alma no dejaba de tener, a pesar de todo, firmes inquietudes y juicios seguros y abiertos sobre aquellos temas que conocía; y digeríalos sola, sin comunicación alguna. Y, entre otras cosas, creo en verdad que habría sido del todo incapaz de rendirse ante la fuerza y la violencia.

¿Anotaré en mi favor esta facultad de mi infancia: la seguridad en el rostro y agilidad de voz y de gestos para entregarme a los papeles que representaba? Pues a muy temprana edad,

Alter ab undecimo tum me vix caperat annus,

[Los doce años
tenía yo cumplidos...: VIRGILIO, *ecloga* 8,39].

hice los primeros personajes de las tragedias latinas de Buchanan, de Guérente y de Muret que se representaron en nuestro colegio de Guyena muy dignamente. En esto, como en todas las demás tareas de su cargo, [André de Gouvéa] fue sin comparación el mejor rector de Francia; y considerábanme su aprendiz. Es ejercicio que en modo alguno desprecio en los hijos de la nobleza, y he visto después a nuestros propios príncipes dedicarse a él en persona, siguiendo el digno y loable ejemplo de algunos clásicos.

Incluso podían hacer oficio de ello las gentes honorables de Grecia:

«Aristoní tragico actori rem aperit: huic et genus et fortuna honesta erant; nec ars, quia nihil tale apud Graecos pudori est, ea formabat» [Tanto el origen como la posición del actor trágico Aristón eran intachables, y su oficio no le desmerecía, ya que entre los griegos nada de ese jaez era vergonzoso: Tito Livio, 24,24,3].

Pues siempre taché de impertinentes a aquellos que condenan estos esparcimientos, y de injustos a los que prohíben la entrada a nuestras buenas ciudades a los cómicos que lo merecen, robando al pueblo estas distracciones públicas. Las buenas sociedades cuidan de reunir a los ciudadanos y de aliarlos, al igual que en los oficios serios de la devoción, también en los juegos y ejercicios; aumentase así el trato y la amistad. Y además, no se les podría ofrecer pasatiempo más ordenado que aquel que se desarrolla en presencia de todos e incluso a la vista de los cargos públicos. Y pareceríame razonable que el gobierno y el príncipe, a sus expensas, regalasen así a veces a la comunidad, con paternal afecto y bondad; y que hubiera en las ciudades populosas lugares destinados y dispuestos para estos espectáculos, desviando así a sus habitantes de acciones peores y ocultas.

Mas, volviendo al tema que nos ocupa, nada hay como despertar el apetito y la afición; si no, no se hacen sino asnos cargados de libros. A fuerza de azotes, danles para guardar una bolsa llena de ciencia, bolsa que, si se quiere sacar provecho de ella, no se ha de cobijar solamente en uno mismo, sino asimilarla.

CAPÍTULO VIII

Del amor de los padres por los hijos

A la señora de Estissac.

Señora, si no me salvan la originalidad y la novedad, que acostumbra a dar valor a las cosas, jamás saldré dignamente de esta necia empresa; mas es tan fantástica y posee una apariencia tan alejada de lo común, que quizá por ello tenga un pasar. Una inclinación melancólica y por consiguiente muy enemiga de mi forma de ser natural, producida por la tristeza de la soledad a la que me había entregado desde hacía algunos años, hizo que naciera en mi cabeza esta fantasía de meterme a escribir. Y después, hallándome enteramente desprovisto y vacío de cualquier otra materia, presenteme a mí mismo como argumento y tema. Es libro único en el mundo y en su especie, de propósito raro y extravagante. No hay cosa alguna en esta tarea digna de destacar si no es esta misma rareza, pues a tema tan vano y vil ni el mejor artesano del mundo habría sabido dar forma que mereciese ser mencionada. Y es el caso, señora, que, habiéndome de retratar a lo vivo, olvidaría un rasgo importante si no revelara los honores que siempre rendí a vuestros méritos. Y he querido manifestarlo expresamente al encabezar este capítulo porque entre vuestras otras buenas cualida-

des, la del cariño que habéis mostrado a vuestros hijos es una de las primeras. Quien conozca la edad a la que el señor de Estissac os dejó viuda; los grandes y honorables partidos que se os presentaron como a dama de Francia de vuestra condición; la constancia y firmeza con la que habéis llevado durante tantos años y a través de tantas espinosas dificultades la carga y dirección de sus asuntos, los cuales os han llevado a todos los rincones de Francia y aún os asedian; la feliz orientación que les habéis dado mediante vuestra única prudencia o buena fortuna, dirá ciertamente conmigo que no tenemos otro ejemplo de amor maternal, en nuestra época, más manifiesto que el vuestro.

Doy gracias a Dios, señora, por haber sido este tan bien empleado: pues las buenas esperanzas que hace concebir el señor de Estissac, vuestro hijo, hartó aseguran que cuando esté en edad, obtendréis de él la obediencia y el agradecimiento de un buen hijo. Mas, dado que a causa de su infancia no ha podido percatarse de los extremos cuidados que de vos ha recibido con tanta prodigalidad, quiero que, si estos escritos llegan algún día a caer en sus manos, cuando yo ya no tenga ni boca ni palabras para decirlo, reciba de mí este testimonio enteramente verdadero, que le será probado aún más, si Dios quiere, por los buenos efectos de los que gozará: que no hay otro gentilhombre en Francia que deba tanto a su madre como él; y que no puede dar a la posteridad mayor prueba de su bondad y virtud que la de reconocerlos como tal.

Si hay alguna ley verdaderamente natural, es decir, algún instinto que se vea impreso universal y eternamente en los animales y en nosotros (cosa que está sujeta a controversia), puedo decir que a mí entender, tras el cuidado que todo animal pone en su conservación y en huir de lo que es nocivo, el amor que el que engendra siente por su fruto posee el segundo lugar en esa escala. Y dado que la naturaleza parece habérnoslo ordenado, puesta la mirada en extender y hacer avanzar las sucesivas piezas de esta máquina suya, no es de extrañar si, en sentido contrario, de los hijos a los padres, no es tan grande.

Unida a ello, esta otra consideración aristotélica: que el que hace algún bien a alguien ama más de lo que a él le aman; y que aquel al que algo deben ama más que el que debe; y todo artesano quiere más a su obra de lo que esta le querría si tuviera sentimientos. Porque amamos, somos; y el ser consiste en movimiento y acción. Por lo que cada cual está de algún modo en su obra. El que

hace el bien realiza una acción hermosa y honrada; el que recibe realiza una útil, únicamente; y lo útil es, con mucho, menos amable que lo honrado. Lo honrado es estable y permanente, y proporciona a quien lo ha hecho una gratificación constante. Lo útil se pierde y escapa fácilmente; y no es su recuerdo ni tan fresco ni tan dulce. Las cosas nos son más queridas cuanto más nos han costado; y es más difícil dar que recibir.

Puesto que Dios ha querido dotarnos de cierta capacidad de razonamiento, a fin de que no estemos sujetos servilmente a las leyes comunes, como los animales, sino que nos apliquemos mediante el juicio y el libre albedrío, debemos, sí, conceder algo a la pura autoridad de la naturaleza, mas no dejarnos llevar por ella tiránicamente; solo la razón debe dirigir nuestras tendencias. Por mi parte, yo tengo la sensibilidad asombrosamente atrofiada para esas propensiones que se producen en nosotros sin que nuestro juicio las ordene o en ellas intervenga. Y así, a propósito del tema que trato, no puedo comprender esa pasión con la que se besa a los niños recién nacidos, que no tienen ni movimiento en el alma, ni forma reconocible en el cuerpo por la que puedan resultar amables. Y ni criados a mi lado los he padecido con gusto. Un cariño verdadero y bien ordenado debería nacer y aumentar con el conocimiento que de ellos tenemos; y entonces, si lo merecen, quererlos con amor verdaderamente paternal, avanzando a la vez la inclinación natural y la razón; y del mismo modo juzgarlos, si otra cosa ocurre, remitiéndonos siempre a la razón, a pesar de la fuerza natural. A menudo ocurre lo contrario; y por lo general nos emocionamos más con los pataleos, juegos y tonterías pueriles de nuestros hijos, que después con sus actos ya maduros, como si los hubiéramos querido por entretenernos como a monos y no como a hombres. Y algunos hay que proporcionan juguetes a sus pequeños con gran liberalidad para luego sufrir con el mínimo gasto que necesitan al ser ya mayores. Incluso, parece que la envidia que sentimos al verlos aparecer y gozar del mundo cuando nosotros estamos a punto de dejarlo nos hace ser más escatimadores y tacaños con ellos; nos enfada que vengan pisándonos los talones como para pedirnos que salgamos. Y si temiéramos esto, puesto que el orden de las cosas hace que efectivamente no puedan ser ni vivir más que a expensas de nuestro ser y de nuestra vida, no deberíamos meternos a ser padres.

Por lo que a mí respecta, considero que es cruel e injusto no repartir con ellos, ni admitir que compartan con nosotros nuestros

bienes, ni que sean compañeros en la dirección de nuestros asuntos domésticos, cuando están capacitados para ello, y no limitar y disminuir nuestras comodidades para proveer a las suyas, puesto que a ese efecto los hemos engendrado.

Es injusto ver a un padre viejo, cascado y medio muerto disfrutar él solo, en un rincón del hogar, de unos bienes que bastarían para el mantenimiento y progreso de varios hijos, dejándolos mientras tanto perder sus mejores años por falta de medios, sin entregarse al servicio público y al conocimiento de los hombres. Se los empuja a intentar satisfacer desesperadamente sus necesidades por cualquier camino, por erróneo que sea; así he visto en mi época a varios jóvenes de buena familia, tan dados al latrocinio que ningún correctivo podía apartarlos de él. Conozco a uno bien emparentado, al que hablé una vez a ese efecto, obedeciendo a los ruegos de un hermano suyo, gentilhomme muy honrado y cabal. Respondiome y confesome abiertamente que se había visto empujado a esa vergüenza por el rigor y la avaricia de su padre, mas que en aquellos momentos estaba ya tan acostumbrado que no podía dejarlo; y entonces acababa de ser sorprendido robando las sortijas de una dama a cuyo despertar había asistido con otros muchos.

Hízome recordar la historia que había oído contar de otro gentilhomme, tan hecho y acostumbrado a ese hermoso oficio en su juventud, que al llegar luego a ser dueño de sus bienes, decidido a abandonar aquel comercio, sin embargo, si pasaba cerca de una tienda en la que hubiera algo que necesitara, no podía evitar robarlo, viéndose luego obligado a enviar a alguien a pagarlo. Y he visto a muchos tan hábiles y diestros en esto, que incluso a sus propios compañeros hurtaban cosas que querían devolver. Soy gascón y, sin embargo, no hay otro vicio que menos tenga que ver conmigo. Ódiolo algo más por naturaleza de lo que racionalmente lo critico; no sustraigo nada a nadie solo porque lo desee. Hemos de reconocer que esta región está un poco más desprestigiada que las otras de la nación francesa; y el caso es que varias veces hemos visto en nuestra época, en manos de la justicia, a algunos señores de otras comarcas, convictos de varios robos horribles. Temo que esta corrupción haya de ser achacada de algún modo a ese vicio de los padres.

Y si me responden, como hizo un día un señor de sano juicio, que escatimaba sus riquezas no para otra cosa sino para sacar como único fruto y provecho el hacerse respetar y necesitar de los

suyos, y que, habiéndole privado la edad de todas sus fuerzas, era el único remedio que le quedaba para mantener su autoridad en la familia y para evitar que todo el mundo llegara a despreciarlo y desdeñarlo (en verdad que no solo la vejez sino toda imbecilidad, según Aristóteles, promueve la avaricia), eso ya es otra cosa, mas es medicina para un mal cuyo nacimiento debiera evitarse. Muy desgraciado es un padre que solo tiene el afecto de sus hijos por la necesidad que tienen de su ayuda, si es que a eso puede llamársele afecto. Es menester hacerse respetar por la virtud y la valía, y amar, por la bondad y dulzura de las costumbres. Hasta las cenizas de una rica materia tienen su valor; y acostumbramos a respetar y venerar los huesos y las reliquias de las personas honorables. Ninguna vejez puede ser para una persona que haya sido respetada durante su vida, tan caduca y miserable, que no sea venerable y en particular para sus hijos, a los que se ha de haber formado el espíritu en el deber, mediante la razón, no mediante la necesidad y la escasez, ni mediante la dureza y la fuerza,

*Et errat longe, mea quidem sententia,
Qui imperium credat gravius esse aut stabilius
Vi quod fit, quam illud quod amicitia adiungitur.*
[Y se equivoca de medio a medio, a mi juicio,
por pensar que es más sólido o firme un poder
basado en la fuerza que el que se deriva del cariño:

TERENCIO, *Ad.* 65-67].

Crítico toda violencia en la educación de un alma tierna a la que se forma para el honor y la libertad. Hay algo servil en el rigor y la coacción; y sostengo que lo que no se puede conseguir mediante la razón, la prudencia y la habilidad, jamás se conseguirá por la fuerza. Así me han educado. Dicen que durante toda mi primera infancia solo probé la vara dos veces, y muy suavemente. Les debo lo mismo a los hijos que he tenido; se me mueren todos siendo aún niños de pecho; mas Leonor, la única hija que ha escapado a este infortunio, pasó los seis años sin que se hubiera empleado para su educación y para el castigo de sus pueriles faltas otra cosa que palabras y muy dulces, aplicándose a ello fácilmente la indulgencia de su madre. Y aun cuando mis deseos viéranse frustrados, hay otras muchas causas a las que achacarlo sin entrar en críticas de mi disciplina, la cual sé que es justa y natural. Habría seguido es-

tos procedimientos aún más religiosamente con los varones, nacidos aún menos para servir y de condición más libre: me habría gustado llenarles el corazón de ingenuidad y de franqueza. No he visto que la vara tenga otro efecto que hacer las almas más cobardes o más malignamente obstinadas.

¿Deseamos que nuestros hijos nos quieran? ¿Queremos privarles de la ocasión de desear nuestra muerte (aun cuando ninguna ocasión puede ser justa o excusable para tan horrible deseo: «*nullum scellus rationem habet*» [ningún crimen tiene justificación: Trto Livio 28,28,1])? Démosles una vida razonablemente holgada según nuestras posibilidades. Para ello, sería preciso no casarnos tan jóvenes que nuestra edad llegara casi a confundirse con la suya. Pues este inconveniente nos causa muchas y grandes dificultades. Me refiero especialmente a la nobleza, que es de condición ociosa y que vive solo de sus rentas, por así decirlo. Pues en otros estamentos en los que se vive a sueldo, la pluralidad y compañía de los hijos es una ayuda para la casa, son otros tantos nuevos útiles e instrumentos para enriquecerse.

Yo me casé a los treinta y tres años y alabo la idea que, según dicen, tenía Aristóteles, de los treinta y cinco. No quiere Platón que nos casemos antes de los treinta; mas hace bien en reírse de los que consuman la obra del matrimonio después de los cincuenta y cinco; y considera a su descendencia indigna de alimento y de vida.

Fijó Tales los verdaderos límites, el cual, siendo joven, respondió a su madre, que le apremiaba para que se casara, que aún no era tiempo; y siendo maduro, que ya no era tiempo. Habría de negarse la oportunidad a todo acto importuno.

Consideraban muy reprochable los antiguos galos haber conocido mujer antes de los veinte años, y recomendaban muy expresamente a los hombres que querían adiestrarse para la guerra que conservaran su virginidad hasta muy tarde, porque el valor se debilita y distrae por el ayuntamiento con las mujeres.

Ma hor cogiunto a giovinetta sposa,
Lieto homai de'figli, era invilito
Ne gli affetti di padre e di marito.
[Mas que luego tomó joven esposa
y en sus hijos se goza, enternecido
con afectos de padre y de marido:

Tasso, *Jer. lib.* 10,39,6-8].

Cuenta la historia griega que Jecus Tarentino, Crisón, Astilo, Diopompo y otros, para mantener sus cuerpos firmes al servicio de la carrera de los juegos olímpicos, de la lucha, palestra y de otros ejercicios, priváronse, mientras duros este cuidado, de toda clase de acto venéreo.

Muley Hassan, rey de Túnez, aquel al que el emperador Carlos V repuso en su estado, criticaba la memoria de su padre por sus frecuentes tratos con sus mujeres, y llamábale cobarde, afeminado, hacedor de hijos.

En cierta región de las Indias españolas, no se permitía a los hombres casarse hasta después de los cuarenta años y, sin embargo, permitíase a las adolescentes a los diez.

A un gentilhombre de treinta y cinco años no le ha llegado la ocasión de dejarle el sitio a su hijo de quince: él mismo está haciendo acto de presencia en los viajes de las guerras y en la corte de su príncipe; necesita de sus bienes, y debe ciertamente compartirlos, mas de forma que no se olvide de sí mismo por otro. Y a este púedele servir precisamente la respuesta que de ordinario tienen los padres en los labios: «Solo quiero despojarme antes de ir a acostarme».

Mas un padre abrumado por los años y los males, privado por su debilidad y por su falta de salud, del trato corriente con los hombres, perjudica a los suyos y a sí mismo atesorando inútilmente un gran montón de riquezas. Tiene bastante edad, si es sensato, como para sentir deseos de despojarse para acostarse: no hasta quedarse solo con la camisa, mas sí con un camisón bien caliente; el resto de las pompas que para nada quiere ya, debe regalarlo gustosamente a aquellos a los que ha de pertenecer por ley natural. Es razonable que les deje su uso puesto que la naturaleza se lo impide a él: otra cosa sería sin duda maldad y envidia. El acto más hermoso del emperador Carlos V fue, a imitación de algunos antepasados de su calibre, saber reconocer que la razón nos ordena despojarnos cuando nuestros vestidos nos agobian y estorban, y acostarnos cuando las piernas nos fallan. Cedió sus medios, su grandeza y su poder a su hijo, cuando sintió flaquear su firmeza y su fuerza para dirigir los asuntos con la gloria que había alcanzado.

*Solve senescentem mature sanus equum, ne
Peccet ad extremum ridendus, et ilia ducat.*

[Retira a tiempo el caballo envejecido, si eres sensato, no sea que a la postre ridículamente tropiece y eche el bofe:

HORACIO, *epist.* 1,1,8-9].

Este error de no saber analizarse a tiempo y de no sentir la impotencia y extrema alteración que, como es natural, acarrea la edad al cuerpo y al espíritu, las cuales son iguales a mi parecer (si no es mayor la del espíritu), ha arruinado la reputación de la mayoría de los grandes hombres del mundo. He visto y tenido trato familiar en mi época con personajes de gran autoridad, de los que era fácil darse cuenta de cuán extraordinariamente había decaído la antigua capacidad que yo conocía por la reputación que se habían ganado en sus mejores años. Habría deseado ardientemente, para salvaguardia de su honor, que se hubieran retirado cómodamente a sus casas, descargándose de las ocupaciones públicas y guerreras para las que ya no estaban sus espaldas. Antaño fui de los íntimos en casa de un gentilhomme viudo y muy viejo, de vejez sin embargo bastante clarividente. Tenía este varias hijas casaderas y un hijo ya en edad de entrar en sociedad; esto gravaba su economía con muchos gastos y llenábale la casa de visitas extrañas que poco le agradaban, no solo por la preocupación del ahorro, sino aún más por haber adoptado a causa de la edad una forma de vida muy alejada de la nuestra. Díjele un día con cierta osadía, como tengo por costumbre, que le iría mejor dejándonos el sitio, cediendo a su hijo la casa principal (pues solo esta estaba bien amueblada y acondicionada) y retirándose a una tierra suya cercana en la que nadie molestaría su reposo, puesto que no podía evitar de otra manera nuestra importunidad, dada la condición de sus hijos. Creyome, y desde entonces fuele bien.

No quiero decir con esto que se les haya de dar por obligación y sin que se pueda uno desdecir. Cederiales yo, que estoy a punto de hacer ese papel, el usufructo de mi casa y de mis bienes, mas con la posibilidad de arrepentirme si me dieran ocasión para ello. Cederiales el uso porque para mí ya no sería cómodo; y reservaría-me tanta autoridad como me pareciera en los asuntos generales, considerando siempre que debe suponer gran satisfacción para un padre anciano el adiestrar él mismo a sus hijos en el gobierno de sus asuntos y el poder controlar en vida su comportamiento, proporcionándoles enseñanzas y consejos según su experiencia, y poner él mismo en manos de sus sucesores la antigua gloria y el orden de su casa, asegurándose así sobre las esperanzas que pueda tener acerca de su conducta futura. Y por esto, no querría rehuir su compañía: querría instruirlos de cerca y gozar, según la condición de mi edad, de su alegría y de sus fiestas. Si no viviera con

ellos (por no poder hacerlo sin molestar sus reuniones con el estorbo de mi edad y la esclavitud de mis enfermedades y sin violentar y forzar las reglas y manera de vivir que entonces tuviera), querría al menos vivir cerca de ellos en alguna parte de mi casa, si no la más céntrica, sí la más cómoda. No como un deán de San Hilario de Poitiers, al que vi, algunos años ha, entregado a tal soledad por su absurda melancolía, que, cuando entré en su cuarto, hacía veintidós años que no había dado un paso fuera de él; y sin embargo podía moverse con libertad y soltura, solo tenía un resfriado que se le agarraba al pecho. Apenas si quería permitir que alguien entrara a verle una vez a la semana; estaba siempre encerrado por dentro, solo, menos cuando un criado le llevaba comida una vez al día, sin hacer otra cosa que entrar y salir. Consistía su ocupación en pasear y leer algún libro (pues conocía algo las letras), obstinado por lo demás en morir de aquella, como hizo poco tiempo después.

Intentaría, mediante dulce conversación, alimentar en mis hijos un vivo cariño y afecto no fingido hacia mí, lo cual fácilmente se consigue en un natural bien nacido; pues si son bestias furiosas de las que sin tasa produce nuestro siglo, hemos de odiarlos y huir de ellos como tales. No me gusta esa costumbre de prohibir a los hijos el apelativo paterno, haciéndoles añadir uno extraño, por no haber ayudado bastante la naturaleza a nuestra autoridad; llamamos padre a Dios todopoderoso, y desdeñamos que nos lo llamen nuestros hijos. (He corregido este error en mi familia). Es también locura e injusticia privar del trato familiar con los padres a los hijos que están en edad, y querer adoptar en su lugar una altivez austera y desdeñosa, esperando así mantenerlos temerosos y obedientes. Pues es una farsa asaz inútil que hace que los padres resulten molestos a los hijos y, lo que es peor, ridículos. Tienen en sus manos fuerza y juventud, y por lo tanto el viento y el favor del mundo, y se burlan de esos gestos soberbios y tiránicos de un hombre que ya no tiene sangre ni en el corazón ni en las venas, como de verdaderos espantajos de cañamar. Aunque pudiera hacer que me temieran, preferiría hacer que me amaran.

Tiene la vejez tantas clases de defectos, tanta impotencia; es tan propensa a que la desprecien, que el mejor botín que puede conseguir es el cariño y el amor de los suyos: la autoridad y el temor no son ya sus armas. Conozco a uno cuya juventud fue asaz imperiosa. Al llegar a edad avanzada, a pesar de estar tan sano

como es posible, golpea, muerde, jura, como el señor más irascible de Francia; corróenle el cuidado y la vigilancia: todo ello no es sino una farsa contra la que la propia familia conspira; del granero, de la bodega e incluso de su bolsa, disfrutan otros los que más, mientras él guarda las llaves en su zurrón, con más amor que si fueran sus mismos ojos. Mientras goza ahorrando y escatimando en su mesa, todo se va en excesos en los diversos reductos de su casa, en juego y en derroche y en mantener las cuentas de su vana cólera y previsión. Todos están en guardia contra él. Si por fortuna algún pobre criado le toma apego, al pronto asáltanle las sospechas: cualidad a la que tanto tiende ya de por sí la vejez. Cuántas veces se ha jactado ante mí de cuán corto ataba a los suyos y de la exacta obediencia y respeto que de ellos recibía; de cuán claro veía en sus asuntos,

Is solus nescit omnia.

[Es el único que no se entera de nada: TERENCIO, *Ad.* 548].

No sé de hombre alguno que cuente con más cualidades naturales y adquiridas, propias para conservar el poder, que él; y sin embargo está tan indefenso como un niño. Por ello, helo escogido entre muchos casos semejantes que conozco, como el más ejemplar.

Sería cuestión de materia escolástica el saber si es mejor así o de otro modo. En su presencia, todos ceden ante él. Y dejan correr así su vana autoridad sin que nadie se le resista jamás: le creen, le temen, le respetan como él desea. ¿Que despide a un criado? Lía el petate y se va; mas solo de su vista. Son tan lentos los pasos de la vejez, tan turbios sus sentidos, que seguirá viviendo y prestando sus servicios en la misma casa, durante un año, sin que lo vea. Y cuando es tiempo de ello, se hacen llegar cartas lejanas, lastimeras, suplicantes, llenas de promesas de ser mejor, por medio de las cuales se obtiene gracia para él. ¿Que el señor hace algún negocio o encargo que desagrade? Se suprime, inventando después bastantes motivos para justificar la no ejecución o la falta de respuesta. Al no serle presentada directamente ninguna carta extraña, no ve más que aquellas que conviene que conozca. Si por casualidad llegan a sus manos, al tener la costumbre de delegar en alguien para que se las lea, hallan de inmediato lo que quieren; y hacen que, en todos los casos, el que le injuria le pida perdón en la misma

carta. Solo ve de sus asuntos, una imagen preparada, planeada y lo más satisfactoria posible, para que no le disgusten ni enfaden. He visto, con distintos aspectos, bastantes haciendas largas y constantes de similar planteamiento.

Siempre son las mujeres proclives a disentir de sus maridos: agárranse a cualquier cosa para discutirles; sírveles la primera excusa de absoluta justificación. He conocido a alguna que robaba a manos llenas a su marido, para, según decía a su confesor, dar limosnas más generosas. ¡Fiaos de este religioso dispendio! No hay manejo alguno de dinero que les parezca tener bastante dignidad, si el marido se lo ha concedido. Han de usurparlo con astucia o con soberbia y siempre de manera injuriosa, para darle gracia y autoridad. Cuando es contra un pobre viejo, como en este caso, y para los hijos, entonces esgrimen esta razón y sirven a su pasión con el beneplácito general; y como en común servidumbre, intrigan fácilmente contra su dominación. Si son varones crecidos y en la flor de la vida, sobornan también de inmediato, por la fuerza o con favores, al maestresala, al administrador y a todos los demás. Los que no tienen mujer ni hijos sufren esta desgracia más difícilmente, mas también más cruel e indignamente. Catón el Viejo decía en su época que a tantos criados, tantos enemigos. Ved si no nos quiso avisar, dada la diferencia de pureza entre su siglo y el nuestro, de que todos, mujer, hijos y criados, son enemigos nuestros. Mucho beneficia a la decrepitud el proporcionarnos ese dulce privilegio del despiste, de la ignorancia y de la facilidad para dejarnos engañar. Si nos percatáramos de todo, ¿qué sería de nosotros en estos tiempos en particular, en que los jueces que han de decidir en nuestras controversias son partidarios por lo general de la infancia e interesados por ella?

En caso de que este engaño se me escape, al menos no se me escapa que soy fácil de engañar. ¿Y se habrá repetido bastante alguna vez cuánto valor tiene un amigo y qué cosa tan distinta es de esos lazos civiles? ¡Cuán religiosamente respeto incluso la imagen tan pura que veo en los animales!

Si me engañan los demás, al menos no me engaño yo creyéndome capaz de librarme de ello, ni devanándome los sesos para serlo. Me libro interiormente de tales traiciones, no curioseando de manera inquieta y tumultuosa, sino distrayendo mis pensamientos y aceptándolo. Cuando oigo contar la situación de alguno, no pienso en él; vuelvo los ojos de inmediato hacia mí para ver en

cuál estoy yo. Todo cuanto a él afecta me incumbe a mí. Sus circunstancias me advierten y ponen en guardia por ese lado. Todos los días y a todas horas decimos de otros lo que mejor haríamos en decir de nosotros mismos si supiéramos replegar nuestra consideración tanto como extenderla.

Y muchos autores resquebrajan de este modo la protección de su propia causa, corriendo temerariamente hacia adelante, al encuentro de la que atacan, y lanzando a sus enemigos flechas que pueden volverse contra ellos.

El difunto señor mariscal de Monluc, al perder a su hijo, que murió en la isla de Madeira, bravo gentilhomme en verdad y que prometía mucho, insistíame sobre todo, entre otros lamentos, en la tristeza y desesperación que sentía por no haberse comunicado jamás con él; y por haber perdido a causa de esa grave y severa actitud paterna el placer de gozar y conocer a fondo a su hijo y de declararle también el gran amor que le tenía y la digna opinión que de su virtud se hacía. Y este pobre hijo, decía, no ha visto de mí más que una actitud ceñuda y llena de desprecio, y se ha ido con la idea de que no he sabido ni amarlo ni estimarlo como merecía. ¿Para quién dejaba yo el descubrir este singular afecto que por él sentía en mi corazón? ¿No era él acaso quien debía gozar de todo el placer y sentirse obligado? Heme forzado y violentado para mantener esa máscara vana; y con ello he perdido el placer de su conversación y al mismo tiempo su cariño, que ha tenido que ser muy tibio al no haber recibido de mí más que rudeza y maneras tiránicas. Estimo que estos lamentos eran razonables y fundados: pues, como sé por experiencia muy concreta, no hay consuelo más dulce en la pérdida de nuestros amigos que el que nos proporciona la certeza de no haber olvidado decirles nada y haber tenido con ellos una perfecta y total comunicación.

Ábrome con los míos todo cuanto puedo; y les significo gustosamente el estado de mi afecto y de mi opinión hacia ellos, como hacia cualquier otro. Apresúrome a prodigarles y a manifestarme: pues no quiero que nadie se engañe en cosa alguna.

Entre otras costumbres particulares que tenían nuestros antiguos galos, según dice César, existía esta: no se presentaban los hijos ante los padres ni osaban aparecer en público en su compañía, hasta que empezaban a portar las armas, como si así quisieran significar que entonces era tiempo de que los padres los aceptasen a su lado y en su trato.

También he visto otro tipo de insensatez en algunos padres de mi época que, no contentos con haber privado durante su larga vida a sus hijos de la parte que lógicamente deberían haber tenido en sus fortunas, dejan tras ellos a sus mujeres ese mismo derecho sobre todos sus bienes y la posibilidad de disponer de ellos a su guisa. Y conocí a cierto señor, uno de los primeros oficiales de la corona, que teniendo la esperanza de cincuenta mil escudos de renta por futuro derecho, murió menesteroso y abrumado por las deudas, con más de cincuenta años, pues su madre, a la extrema vejez, seguía gozando de todos sus bienes por orden del padre, que había vivido por su parte hasta cerca de ochenta años. Esto no parece en modo alguno razonable.

Sin embargo, estimo que gana muy poco un hombre cuyos negocios van bien, yendo a buscar a una mujer que le cargue con una gran dote: no hay deuda externa alguna que traiga más ruina a las familias; mis predecesores siguieron generalmente este consejo tan conveniente, y yo también. Mas aquellos que nos desaconsejan a las mujeres ricas por temor a que sean menos tratables y ahorrativas, se equivocan, haciendo perder ciertas ventajas reales, por una conjetura tan frívola. A una mujer insensata lo mismo le cuesta pasar por encima de una razón que de otra. Cuanto más yerran más contentas están. Les atrae la injusticia; así como a las buenas, el honor de sus acciones virtuosas, y son tanto más bondadosas cuanto más ricas, así como más gloriosa y voluntariamente castas, por ser bellas.

Es lógico dejar a las madres la administración de los negocios, mientras los hijos no tienen la edad requerida por las leyes para manejarlos; mas muy mal los ha tenido que educar el padre si no puede esperar que a esa edad sean más sensatos y capaces que su mujer, dada la normal debilidad del sexo. Sin embargo, sería en verdad aún más antinatural el hacer depender a las madres del discernimiento de sus hijos. Se les ha de dar generosamente lo bastante para mantener su estado, según la condición de su casa y de su edad, pues es mucho más indecorosa y difícil de soportar la necesidad y la indigencia para ellas que para los varones; es preferible que caiga sobre los hijos que sobre la madre.

En general, el mejor reparto de nuestros bienes al morir pareceme ser el dejar que sean repartidos según la costumbre del país. Las leyes han pensado en ello más que nosotros; y más vale dejarlas fallar en su elección que arriesgarnos a fallar en la nuestra. No

son propiamente nuestros, puesto que, por prescripción civil y sin que tengamos parte en ello, están destinados a determinados sucesores. Y, aunque tengamos cierto margen de libertad, considero que es necesario un motivo bien grande y evidente para que privemos a uno de lo que la fortuna le había concedido y para lo que estaba llamado por la justicia común; y que supone un abuso insensato de esta libertad el servirnos de ella para nuestras particulares y frívolas ocurrencias. Me ha favorecido la suerte al no haberme dado ocasión que pudiera tentarme y que apartara mis deseos de las comunes y legítimas ordenanzas. ¡Conozco a algunos con los que sería perder el tiempo el emplearse largamente en cuidados y buenos oficios! Una sola palabra interpretada torcidamente borra los méritos de diez años. ¡Feliz aquel que se halle a punto para ungirles la voluntad en ese último trance! La acción más próxima lleva las de ganar: no los oficios mejores y más frecuentes, sino los más recientes y presentes resultan eficaces. Son gentes que se sirven de sus testamentos como de manzanas o de varas, para premiar o castigar cada acción de aquellos a los que atañe. Es cosa de muy largas consecuencias y de demasiado peso como para cambiarla a cada paso, y en la cual los prudentes se plantan de una vez por todas, ateniéndose a la razón y a las observancias públicas.

Nos tomamos demasiado a pecho esas sustituciones masculinas. Y pretendemos una eternidad ridícula para nuestros nombres. Damos también demasiado peso a las vanas conjeturas sobre el futuro que nos inspiran los espíritus pueriles. Quizá habrían cometido una injusticia quitándome mi puesto, por haber sido el más pesado y plúmbeo, el más lento y falto de interés por mi educación, no solo de todos mis hermanos, sino de todos los niños de mi provincia, ya fuere en la educación del espíritu como del cuerpo. Es locura el hacer selecciones tan extraordinarias basándonos en esas adivinaciones que tan a menudo nos engañan. Si se puede romper esa regla y corregir la elección que el destino ha hecho de nuestros herederos, se puede hacer con más fundamento considerando alguna llamativa y enorme deformidad corporal, defecto constante, irreparable y, según nosotros que en tanta estima tenemos a la belleza, de importante perjuicio.

El ameno diálogo del legislador de Platón con sus conciudadanos honrará este fragmento: «¿Cómo? —dicen ellos al sentir próximo su fin—. ¿No podremos acaso disponer de lo que es nuestro

para aquel que nos plazca? ¡Oh, dioses! ¡Qué crueldad es esta de no permitirnos, según nos hayan servido los nuestros en la enfermedad, en la vejez, en nuestros asuntos, darles más o menos según nos venga en gana!» A lo que el legislador responde de esta forma: «Amigos míos, que sin duda habéis de morir ya pronto, es difícil que os conozcáis y que conozcáis lo que es vuestro, conforme a la inscripción delfica. Yo, que hago las leyes, sostengo que ni vosotros os pertenecéis, ni os pertenece aquello de lo que gozáis. Y vuestros bienes, como vosotros, son de vuestra familia, tanto pasada como futura. Mas pertenecen aún más a lo público vuestra familia y vuestros bienes. Por lo cual, si algún adúlador en vuestra vejez o enfermedad, o alguna pasión os empuja erróneamente a hacer testamento injusto, yo os guardaré de ello. Mas, respetando el interés universal de la ciudad y el de vuestra familia, estableceré leyes y haré sentir, por ser razonable, que el bien particular ha de ceder ante el común. Partid tranquilos y con buena voluntad allí donde la necesidad humana os llama. Me corresponde a mí, a quien no afecta más una cosa que otra, a mí que me cuido de lo general cuanto me es posible, el cuidar de lo que dejáis».

Volviendo a mi idea, paréceme, no sé por qué, que en ningún aspecto corresponde a la mujer el dominio sobre el hombre, excepto el maternal y natural, a no ser para castigo de aquellos que por cierto talante febril hanse sometido voluntariamente a ellas; mas esto no atañe a las viejas, de las que aquí hablamos. La evidencia de esta consideración es lo que nos ha hecho forjar y dar pie de tan buen grado a esa ley que jamás nadie conoció, la cual priva a las mujeres de la sucesión a esta corona; y apenas si hay en el mundo señorío en el que no se alegue, como aquí, una razón verosímil que la antorice; mas le ha dado la fortuna más autoridad en unos lugares que en otros. Es peligroso dejar a su parecer la designación de nuestra sucesión, según la elección que hagan de los hijos, que es siempre inicua y fantástica. Pues ese apetito desenfrenado y ese gusto enfermo que tienen durante los embarazos, tiénenlos en el alma en todas las épocas. Generalmente las vemos apegarse a los más débiles y contrahechos, o a aquellos, si es que tienen alguno, que aún siguen pegados a sus faldas. Pues, no teniendo bastante capacidad de juicio para escoger y abrazar aquello que lo merece, déjanse llevar de buen grado solo por las impresiones de la naturaleza; como los animales que solo conocen a sus crías mientras las amamantan.

Por otra parte, es fácil percatarse por experiencia de que ese amor natural al que tanta autoridad concedemos tiene muy débiles raíces. Mediante un muy escaso estipendio, arrancamos todos los días de los brazos de sus madres a los propios hijos de estas para forzarlas a encargarse de los nuestros; las obligamos a dejar a los suyos con alguna débil nodriza a la que no queremos entregar a los nuestros, o con alguna cabra: prohibiéndoles no solo amamantarlos, fuere cual fuere el peligro que pudieren correr, sino cuidarse de algún modo de ellos, para que se empleen por entero al servicio de los nuestros. Y vemos cómo en la mayoría de ellas se engendra en seguida, por la fuerza de la costumbre, un cariño bastardo, más vehemente que el natural, y una mayor solicitud por la conservación de los hijos prestados que de los propios. Y digo esto de las cabras, porque es corriente ver en los alrededores de mi casa a las mujeres que no pueden criar a sus hijos con sus pechos recurrir a las cabras; y hoy en día tengo dos lacayos que solo mamaron leche de mujer durante ocho días. Esas cabras acostúmbrense de inmediato a venir a amamantar a esos pequeños, reconocen su voz cuando chillan y acuden corriendo: si les presentan a otro mamón, lo rechazan; y lo mismo hace el niño con otra cabra. Vi a uno, hace poco, al que quitaron la suya porque su padre habíala pedido prestada a un vecino suyo: nunca pudo tomar apego a la otra que le presentaron y murió, sin duda alguna, de hambre. Los animales alteran y bastardean con igual facilidad que nosotros el amor natural.

Creo que a menudo hay error en lo que cuenta Heródoto de cierta región de Libia en la que se alterna con las mujeres indistintamente y, cuando el niño es capaz de andar, adopta como padre a aquel hacia el que por inclinación natural da sus primeros pasos en medio de mucha gente.

Y considerando ese simple motivo de amar a nuestros hijos por haberlos engendrado, por el cual decimos que son otros nosotros mismos, parece que hay otro producto que viene de nosotros y que no es de menor estima: pues lo que engendramos con el alma, las criaturas de nuestro espíritu, de nuestro valor y de nuestra inteligencia, están producidas por una parte más noble que la corporal y son más nuestras; somos a la vez padre y madre en esta concepción; estas nos cuestan mucho más y nos proporcionan mayor honor si tienen algo bueno. Pues el valor de nuestros hijos es mucho más suyo que nuestro; la parte que en él tenemos nosotros es bien

liviana; mas de estas, toda la belleza, toda la gracia y todo el valor es nuestro. Por lo tanto, nos representan y transmiten mucho más auténticamente que los otros.

Añade Platón que son estos los hijos inmortales que inmortalizan a sus padres e incluso los deifican, como a Licurgo, a Solón, a Minos.

Y, estando plagadas las historias de ejemplos de ese amor general de los padres hacia los hijos, no me ha parecido fuera de lugar citar alguno de este otro.

Heliodoro, aquel buen obispo de Tricea, prefirió perder la dignidad, el provecho y el respeto de prelatura tan venerable, antes que perder a su hija, hija que todavía dura, harto gentil; aunque quizá algo dulzona en exceso y demasiado amorosamente emperifollada, como hija eclesiástica y sacerdotal.

Hubo en Roma un Labieno, personaje de gran valor y autoridad, y excelente en otras cualidades y en todo género de literatura, que era según creo, hijo de aquel gran Labieno, el primero de los capitanes que estuvieron a las órdenes de César en la guerra de las Galias y que después, habiéndose entregado al partido de Pompeyo, mantúvose en él valerosamente hasta que lo venció César en España. Este Labieno del que hablo tuvo muchos envidiosos de su virtud y, como es verosímil, a los cortesanos y favoritos de los emperadores de su tiempo, como enemigos de su franqueza y de los sentimientos paternos que aún conservaba contra la tiranía, con los cuales es probable que hubiera teñido sus libros y escritos. Lleváronle sus adversarios ante los magistrados de Roma y consiguieron que condenaran al fuego muchas de las obras que había sacado a la luz. Con él empezó ese nuevo tipo de pena que se aplicó después en Roma con muchos otros, de castigar con la muerte a los propios escritos y estudios. No sería el hecho ni el procedimiento bastante cruel si no mezclásemos cosas a las que la naturaleza ha privado de todo sentimiento y de todo dolor, como la reputación y los inventos de nuestra mente, y si no llegáramos a transmitir los males corporales a las materias y monumentos de las musas. Y ocurrió que Labieno no pudo soportar dicha pérdida ni sobrevivir a su tan querida progenitura; hizo que lo llevaran y encerraran vivo en el panteón de sus ancestros y allí procedió, sin más preámbulo, a matarse y a enterrarse de una sola vez. Es difícil manifestar otro amor paterno más vehemente que este. Casio Severo, hombre muy elocuente, viendo con su censor cómo ardían

sus libros, gritaba que por la misma sentencia, debían condenarle al mismo tiempo a él a ser quemado vivo; pues llevaba y conservaba en su memoria lo que contenían.

Otro tanto aconteció a Greuntius Cordus, acusado de haber alabado en sus libros a Bruto y a Casio. Aquel vil Senado, servil y corrompido y digno de peor señor que Tiberio, condenó al fuego sus escritos; feliz de acompañarlos en su muerte, matose absteniéndose de comer.

El bueno de Lucano, habiendo sido juzgado por el bribón de Nerón, en los últimos momentos de su vida, cuando la mayor parte de la sangre hubo manado de las venas de sus brazos, las cuales había ordenado cortar a su médico para morir, y cuando la frialdad hubo agarrotado las extremidades de sus miembros y empezó a acercarse a las partes vitales, púsose a recitar algunos versos de su libro de la guerra de Farsalia; y murió con estas últimas palabras en los labios. ¿Qué era esto sino un adiós tierno y paternal a sus hijos, imagen de las despedidas y apretados abrazos que damos a los nuestros al morir y un efecto de esa inclinación natural que nos trae a la memoria, en ese extremo, las cosas que más hemos querido en nuestra vida?

¿Pensáis acaso que Epicuro, el cual al morir, atormentado, según dice, por los agudos dolores del cólico, hallaba todo su consuelo en la belleza de la doctrina que al mundo dejaba, hubiera obtenido tanta satisfacción de un número de hijos bien nacidos y bien educados, si los hubiera tenido, como le ocurría con la producción de sus ricos escritos? ¿Y que si hubiera podido elegir entre dejar tras él un hijo contrahecho y mal nacido o un libro necio e inepto, no habría elegido, y no solo él sino todo hombre de su misma inteligencia, el padecer la primera desgracia que no la otra? Quizá fuera impiedad en San Agustín (por poner un ejemplo) si le propusieran por un lado enterrar sus escritos, de los cuales tan grande fruto recibe nuestra religión, o enterrar a sus hijos, en caso de que los tuviera, si prefiriese enterrar a sus hijos.

Y yo no sé si no preferiría haber producido uno, perfectamente formado, mediante la unión con las musas que mediante la unión con mi mujer.

A este, tal y como es, lo que le doy se lo doy pura e irrevocablemente, como se da a los hijos corporales; ya no dispongo de ese pequeño bien que le he hecho, puede saber bastantes cosas que yo ya no sé, y tener de mí lo que yo no he retenido y que habría de

tomar prestado de él, como cualquier extraño, si lo necesitara. Él es más rico que yo, aunque yo sea más inteligente.

Pocos hombres hay entregados a la poesía que no se sintieran más satisfechos siendo padres de la *Eneida* que del joven más hermoso de Roma, y que no soportaran más fácilmente una de estas pérdidas que la otra. Pues, según Aristóteles, de todos los obreros, es el poeta precisamente el que más ama a su obra. Difícil es de creer que Epaminondas, el cual se jactaba de dejar a la posteridad unas hijas que un día honrarían a su padre (eran las dos nobles victorias que había ganado sobre los lacedemonios), hubiera consentido de buen grado cambiarlas ni por las más elegantes de toda Grecia; o que Alejandro y César hayan deseado alguna vez verse privados de sus gloriosas hazañas guerreras a cambio de la ventaja de tener hijos y herederos, por muy perfectos y bien acabados que pudieran ser; incluso dudo mucho que Fidias u otro excelente escultor velara tanto por la conservación y duración de sus hijos naturales como por la de una estatua excelente que hubiera creado conforme al arte, mediante largo y trabajoso estudio. Y en cuanto a esas furiosas pasiones que han hecho a veces que los padres ardieran de amor por las hijas o las madres por los hijos, también se dan algunas semejantes en esta otra clase de parentesco; prueba de ello es lo que cuentan de Pigmalión, que, habiendo construido una estatua de mujer de singular belleza, quedó prendado tan perdidamente por el amor demente hacia su obra, que fue preciso que los dioses se la vivificasen para favorecer su furor.

*Tentatum mollescit ebur, positoque rigor
Subsedit digittis.*

[El marfil palpado se reblandece y, perdiendo su rigidez, se amolda a los dedos: OVIDIO, *met.* 10,283-284].

CAPÍTULO X

De los libros

No dudo en modo alguno que a menudo caiga en hablar de cosas que tratan mejor los maestros del oficio y con más verdad. Esto es puramente el ensayo de mis facultades naturales y en absoluto de las adquiridas; y quien me sorprenda en algún error nada podrá contra mí, pues apenas si responderé ante los demás de mis razones, si no respondo de ellas ni ante mí mismo; ni de ellas estoy satisfecho. Quien vaya en busca de ciencia pésquela allí donde se aloja: de nada hago menos gala. Plasmo aquí mis ideas, mediante las cuales no pretendo dar a conocer las cosas, sino a mí mismo: quizá algún día me sean conocidas o me lo hayan sido antaño según me haya llevado la fortuna a los lugares en los que quedaban esclarecidas. Mas ya no lo recuerdo.

Y si soy hombre de ciertos estudios, soy hombre de memoria nula.

Así, no garantizo certeza alguna, si no es la de dar a conocer hasta qué punto llega en estos momentos el conocimiento que tengo. Que no se fijen en las materias, sino en la forma que les doy.

Que vean, por lo que tomo prestado, si he sabido elegir con qué realzar mi tema. Pues hago que otros digan lo que yo no puedo decir tan bien, ya sea por la pobreza de mi lenguaje, ya por la po-

breza de mi juicio. No cuento mis préstamos, los peso. Y si hubiera querido hacer valer el número, habría cargado con el doble. Todos son, o casi todos, de nombres tan famosos y antiguos que no necesitan presentación. De las razones e ideas que trasplanto a mi solar y que confundo con las mías, a veces he omitido a sabiendas el autor, para embridar la temeridad de esas sentencias apresuradas que se lanzan sobre toda suerte de escritos, especialmente sobre los jóvenes escritos de autores aún vivos y en lengua vulgar, que permite hablar de ellos a todo el mundo y parece considerar también vulgar su concepción e intención. Quiero que den en las narices a Plutarco dándome en las mías y que escarmienten injuriando a Séneca en mí. He de ocultar mi debilidad tras esas celebridades.

Vería con agrado que alguien supiera desplumarme, quiero decir por claridad de juicio y mediante la simple distinción de la fuerza y la belleza de las ideas. Pues yo, que por falta de memoria no puedo entresacarlas por conocimiento natural, percátome perfectamente, al medir mis limitaciones, de que en modo alguno es capaz mi terruño de dar ciertas flores demasiado ricas que en él hallo sembradas y con las que ningún fruto de mi cosecha podría compararse.

De esto debo responder, de si yo mismo me engaño y de si hay vanidad y vicio en mis juicios que yo no sienta o que no sea capaz de sentir al ponérmelo ante los ojos. Pues a menudo escapan las faltas a nuestros ojos, mas la enfermedad del entendimiento consiste en no poder verlas cuando otro nos las descubre. Pueden la ciencia y la verdad alojarse en nosotros faltando el juicio, y puede así mismo estar presente el juicio sin ellas; sí, y el reconocer la ignorancia es una de las más hermosas y seguras pruebas de juicio que pueda hallar. No tengo más sargento de banda para ordenar mis piezas que el azar. Amontono mis fantasías a medida que hacen acto de presencia; ora se apelonan en masa, ora vienen en fila. Quiero que se vea mi andar natural y ordinario, por desgarrado que sea. Déjome llevar tal y como me encuentro; por ello no hay aquí materia que no esté permitido ignorar o hablar de ella de forma casual y temeraria.

Mucho me agradaría tener un conocimiento más perfecto de las cosas, mas no quiero comprarlo a cualquier precio. Mi proyecto es pasar dulcemente, que no laboriosamente, lo que me queda de vida. Nada hay por lo que quiera romperme la cabeza, ni siquiera por el saber, cualquiera que sea su valor. En los libros solo busco

deleitarme mediante sano entretenimiento; o si estudio, solo busco con ello el saber que trata del conocimiento de mí mismo, y que puede instruirme para bien morir y bien vivir:

Has meus ad metas sudet oportet equus.

[Junto a estas metas tiene que sudar mi caballo:

PROPERCIO, 4,1,70].

No me muerdo las uñas si al leer me topo con dificultades; ahí las dejo, tras haberles hincado el diente dos o tres veces.

Si en ellas me emperrara, perderíame como también perdería el tiempo: pues tengo una mente primaria. Lo que no veo de entrada, menos lo veo obstinándome en ello. Nada hago sin alegría; y el esfuerzo excesivo me obnubila el entendimiento, me lo entristece y me lo cansa. Mi vista se confunde y enturbia con él. He de apartarlo y volverlo a centrar por sacudidas: al igual que, para captar el brillo de la escarlata, nos dicen que pasemos los ojos por encima, recorriéndola con varios vistazos, rápidos y reiterados.

Si este libro me resulta enfadoso, cojo otro; y solo me dedico a él en las horas en las que el aburrimiento de no hacer nada empieza a apoderarse de mí. Dedícome apenas a los modernos, pues parecen los clásicos más llenos y recios; ni a los griegos, porque no sabe mi juicio realizar esas tareas propias de una inteligencia joven y con facilidad para aprender.

Entre los libros simplemente amenos, si así se los puede clasificar, encuentro dignos de ocuparse de ellos, de los modernos, el *Decamerón* de Boccaccio, los de Rabelais y los *Besos* de Juan Second. En cuanto a los *Amadises* y otros escritos semejantes, ni siquiera tuvieron el poder de interesarme en mi infancia. Y aun diré más, con osadía o temeridad, que este viejo y pesado espíritu no siente cosquilleos, no ya con el Ariosto, sino ni siquiera con el buen Ovidio, pues su facilidad y sus ocurrencias, que antaño me encantaron, apenas si me entretienen ahora.

Digo libremente mi parecer sobre todas las cosas, incluso sobre aquellas que quizá se salen de mi inteligencia, y que en modo alguno considero pertenecientes a mi jurisdicción. Lo que opino de ellas revela la medida de mi vista y no la medida de las cosas. Cuando veo que me cansa el *Axioco* de Platón, en cuanto obra sin fuerza, por consideración al autor, mi criterio no se fía de sí mismo: no es tan necio como para oponerse a la autoridad de tantos otros

famosos criterios antiguos a los que tiene por rectores y maestros suyos y con los cuales antes prefiere fallar. La emprende consigo mismo y se acusa ya de quedarse con la corteza por no poder penetrar hasta el fondo, ya de mirar la cosa desde algún ángulo erróneo. Conténtase con evitar la confusión y el desorden; en cuanto a su debilidad, la reconoce y confiesa de buen grado. Cree dar justa interpretación a las apariencias que le presenta su visión; mas son estúpidas e imperfectas. La mayor parte de las fábulas de Esopo tienen varios sentidos y significados. Aquellos que les prestan una interpretación simbólica eligen algún aspecto que cuadra con la fábula; mas por lo que a la mayoría respecta, no es más que el aspecto primero y superficial; hay otros más agudos, más esenciales y profundos, hasta los que no han sabido llegar: lo mismo hago yo.

Mas, siguiendo mi camino, siempre me ha parecido que, en poesía, Virgilio, Lucrecio, Catulo y Horacio son los primeros, a mucha distancia de los demás: y en particular Virgilio con sus *Geórgicas*, obra que considero la más lograda de la poesía; y en comparación con la cual podemos percatarnos fácilmente de que hay fragmentos de la *Eneida* que el autor habría bordado mejor, si hubiera tenido posibilidad. Y el quinto libro de la *Eneida* paréceme el más perfecto. Me gusta también Lucano y léolo de buen grado; no tanto por su estilo, como por su propio valor y la verdad de sus opiniones y juicios. En cuanto al buen Terencio, con la delicadeza y la gracia del lenguaje latino, lo encuentro admirable para reflejar a lo vivo los movimientos del alma y la condición de nuestras costumbres; a todas horas nuestras acciones me lo traen a la memoria. No puedo leerlo tan a menudo como para no encontrar alguna belleza y gracia nuevas. Quejábanse los contemporáneos de Virgilio de que algunos lo comparasen con Lucrecio. Comparto la opinión de que es, en verdad, desigual comparación; mas cuéstame reafirmarme en esta idea cuando me hallo frente a algún hermoso fragmento de Lucrecio. Si se ofendían con esa comparación, ¿qué dirían de la bárbara necedad y estupidez de los que ahora lo comparan con Ariosto? ¿Y qué diría el propio Ariosto?

O seclum insipiens e infacetum!

[¡Oh tiempos sin gusto ni educación!: CATULO 43,8].

Creo que los antiguos tenían mayor motivo de queja con los que emparejaban a Plauto con Terencio (este deja traslucir mucho

más su hidalguía) que con los que a Lucrecio con Virgilio. En cuanto a la estima y preferencia por Terencio, dice mucho el que el padre de la elocuencia romana lo tenga tan a menudo en la boca, y solo a él en su género, y la sentencia que el primer juez de los poetas romanos hace de su compañero. Con frecuencia se me ha ocurrido pensar en cómo, en nuestra época, los que se meten a hacer comedias (así como los italianos cuyos resultados son bastante felices) emplean tres o cuatro argumentos de las de Terencio o de Plauto para hacer una de las suyas. Acumulan en una sola de sus comedias cinco o seis cuentos de Boccaccio. Lo que les lleva a cargarse así de materia es la desconfianza que tienen de poder sostenerse con sus propias gracias; han de hallar un cuerpo en el que apoyarse; y careciendo de cualidades propias con las que interesarnos, quieren que el cuento nos divierta. Ocurre lo contrario con mi autor: las perfecciones y bellezas de su manera de decir hacen que perdamos el apetito por el tema; su habilidad y delicadeza nos deleitan siempre; es siempre tan ameno

liquidus puroque simillimus amni,

[fluido y tan parecido a un arroyo puro: HORACIO, *epist.* 2,2,120],

y tanto nos llena el alma con sus gracias, que olvidamos las de su fábula.

Llévame más lejos esta misma consideración: veo que los buenos poetas antiguos evitaron la afectación y el rebuscamiento, no solo de las fantásticas elevaciones españolas y petrarquistas, sino incluso de los juegos de palabras más suaves y contenidos que sirven de adorno a todas las obras poéticas de los siglos siguientes. No hay por ello buen juez que lamente su ausencia en los antiguos y que no admire mucho más, sin comparación, la lisa elegancia y esa permanente dulzura y floreciente belleza de los epigramas de Catulo que todas las agudezas con las que Marcial anima el final de los suyos. La misma razón que citaba yo antes, se la aplica Marcial a sí mismo, «*minus illi ingenio laborandum fuit, in cuius locum materia successerat*» [hube de trabajar recurriendo menos a la invención, cuyo lugar había sido ocupado por la abundancia de la materia: MARCIAL, *epigr.* 8, *praef.*, 3]. Aquellos, sin agitarse ni esforzarse, hácese sentir; tienen siempre cosas por las que reír, no han de hacerse cosquillas; estos necesitan de ayudas ajenas; cuanto menos ingenio tienen, más cuerpo necesitan. Montan

a caballo porque no se sienten lo bastante fuertes sobre sus dos piernas. Al igual que en nuestros bailes esos hombres de baja condición, que hacen escuela, por no poder imitar el garbo y la decencia de nuestra nobleza, intentan llamar la atención con saltos peligrosos y otros movimientos extraños y bufonescos. Y el porte de las damas también gana con los bailes en los que hay varias figuras y contoneos del cuerpo, más que con otras danzas de gala en las que solo han de andar con paso natural, mostrando una actitud sencilla y su gracia ordinaria. Como también he visto a cómicos excelentes, vestidos de manera corriente y con un aspecto común, deleitarnos todo cuanto puede su arte; y a los aprendices que no tienen tanta experiencia, haber de empolvarse el rostro, disfrazarse y contraerse con movimientos y muecas salvajes, para hacernos reír. Reafirmase esta idea mía mejor que con cualquier otra cosa, con la comparación entre la *Eneida* y el *Furioso*. A aquel vémosle ir planeando, con vuelo alto y seguro, siguiendo siempre su ruta; a este, revolotear y brincar de cuento en cuento, como de rama en rama, sin fiarse de sus alas más que para una muy corta travesía, y tomando tierra a cada paso, temeroso de que le falten el aliento y la fuerza,

Excursusque breves tentat.

[... y no arriesga
sino cortas salidas: VIRGILIO, *georg.* 4, 194].

He aquí, pues, los autores que más me agradan por lo que respecta a esta clase de temas.

En cuanto a mi otra lectura, que mezcla con el placer algo más de fruto, con la cual aprendo a refrenar mis impulsos y mi natural, se compone de los libros de Plutarco, desde que está en francés, y de los de Séneca. Ambos tienen una notable ventaja para mi talento, y es que el saber que en ellos busco está tratado a trozos deshilvanados, que no exigen la obligación de un largo esfuerzo, del que soy incapaz, como los *Opúsculos* de Plutarco y las *Cartas* de Séneca, que constituyen la parte más hermosa de sus escritos, y la más provechosa. No es empresa difícil ponerme a ellas; y déjolas cuando me place. Pues no se siguen unas a otras. Estos autores coinciden en la mayor parte de las opiniones útiles y verdaderas; al igual que el destino hizo que nacieran más o menos en la misma época, fueran ambos preceptores de dos emperadores romanos,

ambos llegaron de países extranjeros y ambos fueran ricos y poderosos. Sus enseñanzas son la flor y la nata de la filosofía y están presentadas de manera sencilla y pertinente. Es Plutarco más uniforme y constante; Séneca, más fluctuante y variable. Este se esfuerza, se endurece y se tensa para armar a la virtud contra la debilidad, el temor y los apetitos viciosos; el otro parece no estimar tanto la fuerza de estos, desdénando avivar el paso y ponerse en guardia. Tiene Plutarco ideas platónicas, suaves y adecuadas para la sociedad civil; el otro las tiene estoicas y epicúreas, más alejadas de lo común, mas, a mi parecer, más adaptables a lo particular, y más firmes. Séneca parece ceder algo ante la tiranía de los emperadores de su época, pues tengo por cierto que, si condena la causa de los generosos verdugos de César, es violentando sus ideas; Plutarco siempre es libre. Séneca está plagado de agudezas y ocurrencias; Plutarco, de cosas. Aquel nos acalora más y nos conmueve; este nos satisface y llena más. Nos guía, mientras que el otro nos empuja.

En cuanto a Cicerón, las obras que pueden servir para mis designios son las que tratan de la filosofía especialmente moral. Mas para confesar con osadía la verdad (pues una vez franqueados los límites de la impudicia, ya no hay brida que nos detenga), su manera de escribir pareceme tediosa, y todas sus otras maneras. Pues sus prefacios, definiciones, divisiones, etimologías, consumen la mayor parte de su obra; el tuétano y el meollo que en ella hay quedan asfixiados por todos esos largos preparativos. Si me paso una hora leyéndolo, lo cual es mucho para mí, y pienso en el jugo y la sustancia que he sacado, la mayor parte de las veces solo hallo viento: pues aún no ha llegado ni a los argumentos en los que apoya su idea, ni a las razones que se refieren propiamente al quid que busco. Para mí, que solo quiero llegar a ser más prudente, no más sabio o elocuente, esas reglas lógicas y aristotélicas están fuera de lugar: quiero que se empiece por el último punto; entiendo bastante lo que es muerte y placer; que no se entretenga en analizar sus anatomías; busco, de entrada, buenas y sólidas razones que me ayuden a aguantar sus embates. Ni las sutilezas gramáticas, ni la ingeniosa combinación de palabras y de argumentos sirven para ello; quiero razonamientos que den a la primera en el corazón de la duda: los suyos languidecen dando vueltas alrededor de la cuestión. Son buenos para la escuela, el foro o el sermón, donde podemos adormilarnos y un cuarto de hora después esta-

mos aún a tiempo de coger el hilo de la idea. Es menester hablarles así a los jueces a los que se quiere ganar con razón o sin ella para la causa, a los niños y al vulgo, a quienes se ha de decir todo por ver lo que surtirá efecto. No quiero que nadie se dedique a requerir mi atención gritándome cincuenta veces: «¡Y oíd!», como acostumbran a hacer nuestros heraldos. Decía la religión de los romanos: «*Hoc age*» [Haz esto]; como dice la nuestra: «*Sursum corda*» [Levantemos el corazón]; tanto unas como otras son palabras perdidas para mí. Vengo ya preparado de mi casa; no necesito salsas ni golosinas; no le hago ascos a la carne cruda; y, en lugar de abrimme el apetito con esos preparativos y preámbulos, me lo cansan y apagan.

¿Me perdonará la licencia de la época esta sacrilega audacia de considerar igual de lentos los diálogos del propio Platón, que ahoga la materia en demasiadas cosas, y de lamentar el tiempo que pierde en esas largas interlocuciones, vanas y preparatorias, un hombre que tantas otras cosas mejores tenía que decir? Mejor me justificaré mi ignorancia si nada veo en la belleza de su lenguaje.

Busco en general libros que se sirvan de las ciencias, no aquellos que las establecen.

Los dos primeros, y Plinio, y sus semejantes, no requieren «*Hoc age*» que valga; quieren habérselas con gentes que se hayan puesto al corriente por sí mismas; o si lo tienen, es un «*Hoc age*» sustancial y que tiene cuerpo aparte.

También leo de buen grado las *Epístolas ad Atticum*, no solo porque contengan una muy amplia información sobre la historia y los asuntos de la época, sino mucho más para descubrir sus sentimientos privados. Pues tengo singular curiosidad, como he dicho en otra parte, por conocer el alma y las ideas innatas de mis autores. Se ha de juzgar bien de su capacidad, mas no de sus costumbres ni de ellos, mediante la muestra de los escritos que exhiben en el teatro del mundo. Mil veces he lamentado que hayamos perdido el libro que Bruto había escrito sobre la virtud: pues viene bien conocer la teoría de los que se saben bien la práctica. Mas como una cosa es la prédica y otra el predicador, me gusta tanto ver a Bruto a través de la obra de Plutarco como a través de la suya propia. Preferiría saber realmente lo que hablaba en su tienda, la víspera de una batalla, con algunos de sus íntimos, que lo que decía al día siguiente a su ejército; y lo que hacía en su aposento, que lo que hacía en mitad de la plaza y en el Senado.

En cuanto a Cicerón, soy de la común opinión de que, ciencia aparte, no había grandes excelencias en su alma: era buen ciudadano, de natural bonachón, como suelen ser los hombres gordos y bromistas como él; mas, para no mentir, había en él mucha molicie y ambiciosa vanidad. Y así, no sé cómo excusarle de haber considerado su poesía digna de salir a la luz; no es gran imperfección el hacer versos malos; mas demuestra falta de juicio al no haberse percatado de cuán indignos eran de la gloria de su nombre. En cuanto a su elocuencia, es absolutamente incomparable; creo que jamás hombre alguno podrá igualarle. El joven Cicerón, que solo se parecía a su padre en el nombre, cuando mandaba tropas en Asia, halló un día en su mesa a varios extraños, y entre otros a Cestio, sentado en un extremo, como hacen a menudo los que se cuelean en las mesas abiertas de los grandes. Informose Cicerón acerca de quién era por uno de los suyos que le dijo su nombre. Mas, como aquellos que están pensando en otra cosa y olvidan lo que les responden, volviolo a preguntar, y luego dos o tres veces más; el servidor, por no haber de repetirle tan a menudo lo mismo, y para que lo reconociera por alguna circunstancia, díjole: «Es ese Cestio del que os han dicho que no tiene en gran consideración la elocuencia de vuestro padre al lado de la suya». Cicerón, sintiéndose de pronto ofendido por esto, ordenó que prendieran al pobre Cestio e hízolo azotar a conciencia ante él: he aquí a un anfitrión descortés. Entre los mismos que estimaron incomparable aquella elocuencia, habida cuenta de todo, no faltó quien reparara en algunos defectos: como aquel gran Bruto, amigo suyo, el cual decía que era una elocuencia rota y desriñonada, «*fractam et elumbem*» [débil y deslomada: TÁCITO, *dial.* 18,6]. Los oradores contemporáneos suyos reprochábanle también esa curiosa preferencia por una cadencia larga al final de sus oraciones, y destacaban estas palabras: «*esse videatur*» [al parecer], que tan a menudo utiliza. Yo prefiero una cadencia que caiga más brusca, cortada en yambos. A veces mezcla muy duramente los pies, aunque raramente. Chocó esta frase en mis oídos: «*Ego vero me minus diu senem esse mallem, quam esse senem, antequam esse*» [En cuanto a mí, preferiría ser viejo menos tiempo que estar viejo antes de serlo: CICERÓN, *Cato* 31].

Son los historiadores mi debilidad: son amenos y fáciles; y por añadidura, el hombre en general cuyo conocimiento persigo aparece en su obra más real y entero que en ningún otro género, la diversidad y la verdad de sus cualidades internas, global y detallada.

mente, la variedad de los medios de su reunión y de los accidentes que le amenazan. Y los que escriben las vidas, como se ocupan más de las ideas que de los acontecimientos, más de lo que sale de dentro que de lo que acontece fuera, me convienen más. He aquí por qué, en todos aspectos, Plutarco es mi hombre. Mucho lamento que no tengamos una docena de Diógenes Laercio, o que no esté más difundido o más comprendido. Pues no siento menos curiosidad por el destino y la vida de esos grandes preceptores del mundo, que por la diversidad de sus doctrinas e ideas.

En este tipo de estudio de las historias, es preciso hojear sin distinción toda suerte de autores, viejos y nuevos, en francés o en cualquier jerga, para enterarnos de las cosas que de forma muy diversa tratan. Mas César, en particular, paréceme merecer que se le estudie, no solo por la ciencia de la Historia, sino por él mismo, de tan por encima como está su perfección y excelencia de los demás, aunque Salustio se cuente entre ellos. En efecto, leo a este autor con algo más de reverencia y respeto de lo que se acostumbra a leer las obras humanas: ya considerándolo a él mismo por sus actos y el milagro de su grandeza, ya considerando la pureza y la sin par elegancia de su lenguaje, que no solo ha superado a todos los historiadores, como dice Cicerón, sino quizá al propio Cicerón. Hay tanta sinceridad en sus juicios al hablar de sus enemigos, que salvo los falsos colores con los que quiere encubrir su mala causa y la basura de su pestilente ambición, creo que solo en eso se puede lamentar que no haya sido más parco al hablar de sí. Pues no pueden haber sido realizadas por él tantas y grandes cosas, sin que haya puesto más de su parte de lo que dice.

Me gustan los historiadores, o asaz simples o excelentes. Los simples, que no tienen nada que mezclar de su propia cosecha, y que no aportan sino el cuidado y la diligencia de recoger todo cuanto llega a conocimiento suyo y de registrar de buena fe todas las cosas sin elegir ni seleccionar, nos dejan entero el juicio para el conocimiento de la verdad. Así, entre otros, el buen Froissart, por ejemplo, que llevó a cabo su empresa con tan franca ingenuidad, que habiendo cometido un error, no temía reconocerlo en modo alguno, y corregirlo en el mismo momento en que se percataba de ello; y que nos transmite incluso los diversos rumores que corrían y los distintos relatos que le hacían. Es la materia de la Historia, desnuda e informe; cada cual puede sacar provecho de ella según tenga más o menos entendimiento. Los muy excelentes tienen la

capacidad de elegir lo que merece saberse; pueden escoger, entre dos relatos, el más verosímil; de la condición de los príncipes y de sus humores deducen las ideas y les atribuyen las palabras convenientes. Hacen bien en arrogarse la autoridad de someter nuestra opinión a la suya; mas, ciertamente, esto solo corresponde a muy pocos. El término medio (que es lo más frecuente) nos estropea todo; estos quieren dárnoslo todo mascado; se permiten juzgar, y por consiguiente inclinar, la Historia a su gusto; pues, en cuanto el juicio tiende hacia un lado, no se puede uno guardar de darle un giro a la narración desviándola en ese sentido. Pretenden escoger las cosas dignas de ser sabidas ocultándonos a veces cierta palabra, cierta acción privada que nos instruiría mejor; omiten, como cosas increíbles, las que no comprenden, o incluso quizá otras, por no saberlas decir en buen latín o en francés. Que expongan con osadía su elocuencia y sus razones, que opinen a su gusto; mas que nos dejen también con qué opinar después, y que no alteren ni eliminen con sus reducciones y mediante su selección nada del cuerpo de la materia: es decir, que nos la transmitan pura y entera en todas sus dimensiones.

Escógrese con la mayor frecuencia para esta tarea, y más aún en estos tiempos, a hombres vulgares, considerando solo que sepan hablar bien; ¡como si quisiéramos aprender gramática! Y al haber sido pagados solo para eso y no habiendo puesto en venta sino el parloteo, tienen razón ellos de no preocuparse de cosa alguna tan principalmente como de ese aspecto. Así, a fuerza de hermosas palabras, van construyendo un hermoso edificio con los rumores que recogen en las plazas de las ciudades. Las únicas historias buenas son las que han sido escritas por los mismos que dirigían las empresas, o que participaban en ellas, o que al menos tuvieron ocasión de llevar a cabo otras parecidas. Así son casi todas las griegas y romanas. Pues, al haber escrito sobre el mismo tema varios testigos oculares (como ocurría en aquellos tiempos que la grandeza y el saber coincidían por lo general), si hay error, este ha de ser extraordinariamente leve y sobre un hecho muy dudoso. ¿Qué podemos esperar de un médico que trate de la guerra, o de un escolar que trate de los designios de los príncipes? Si queremos poner de manifiesto el escrúpulo que los romanos tenían para esto, no es menester sino citar este ejemplo: Asinio Polión hallaba en las historias de César ciertos errores en los que había caído por no haber podido vigilar todas las partes de su ejército y

haber creído a los particulares que a menudo le relataban cosas no suficientemente comprobadas; o bien por no haber sido informado con bastante cuidado por sus lugartenientes de las cosas que se habían llevado a cabo en su ausencia. Podemos ver por este ejemplo, si es o no delicada la búsqueda de la verdad, que no puede uno fiarse en un combate del conocimiento que de él tenía el que allí mandaba, ni de los soldados sobre lo que ocurrió ante ellos, si no se confrontan testigos y si no se aceptan los hechos tras aportar pruebas de los mínimos detalles de cada acontecimiento, como en los informes jurídicos. En verdad, el conocimiento que tenemos de nuestros asuntos es mucho más vago. Mas esto ha sido ya bastante tratado por Bodin y conforme a mi manera de pensar.

Para paliar un poco las traiciones de mi memoria y su carencia, tan extrema que me ha ocurrido más de una vez el volver a coger, como recientes y desconocidos para mí, algunos libros que había leído detenidamente y garabateado con mis apuntes unos años antes, heme acostumbrado desde hace algún tiempo, a añadir al final de cada libro (me refiero a aquellos de los que solo quiero servirme una vez) la fecha en la que he acabado de leerlos y la opinión general que de ellos he sacado, a fin de que esto me recuerde al menos el aire y la idea general que del autor había concebido al leerlo. Quiero transcribir aquí algunas de estas anotaciones.

He aquí lo que puse, hace unos diez años, en mi Guichardin (pues cualquiera que sea la lengua que hablen mis libros, yo les hablo en la mía): «Es historiógrafo diligente, gracias al cual podemos conocer la verdad de los asuntos de su época con mayor exactitud que por ningún otro, a mi parecer: además fue él mismo actor de la mayor parte de ellos, y con un puesto honorable. No hay razón alguna para que haya deformado las cosas por odio, favor o vanidad: de todo lo cual dan fe los libres juicios que hace de los grandes, y especialmente de aquellos que le ascendieron y otorgaron los cargos, como el papa Clemente VII. En cuanto a la parte de la que parece enorgullecerse más, sus digresiones y razonamientos, los hay buenos y enriquecidos con hermosos detalles; mas complácese en demasia: pues por no querer dejarse nada en el tintero, en tema tan macizo y amplio y prácticamente infinito, resulta superficial y ligeramente inclinado a la cháchara escolástica. Heme percatado también de esto: que de todos los espíritus y hechos que juzga, de tantos impulsos e ideas, jamás relaciona alguno con la virtud, la religión o la conciencia, como si estas hubieran sido borradas del mundo; y de

toda acción, por bella que sea en apariencia por sí misma, busca la causa en alguna intención pecaminosa o en algún provecho. Es imposible creer que, entre ese infinito número de acciones que juzga, no haya habido alguna realizada por la vía de la razón. Ninguna corrupción puede haberse apoderado de los hombres de forma tan universal, que ninguno se salve del contagio; esto me hace temer que tenga el gusto algo viciado; y puede haber ocurrido que haya estimado a los demás según su propia condición».

En mi Felipe de Commines está escrito lo siguiente: «Hallaréis el lenguaje dulce y agradable, de ingenua sencillez; la narración, pura, en la que la buena fe del autor reluce con evidencia, exenta de vanidad al hablar de sí mismo, y de pasión o envidia al hablar de los demás; sus razones y exhortaciones, acompañadas más de buena intención y de verdad que de ningún valor exquisito; y siempre su autoridad y su seriedad, reveladoras de su nobleza y de su participación en los grandes asuntos».

En las *Memorias* del señor du Bellay: «Siempre es un placer ver las cosas escritas por aquellos que han probado la manera como han de realizarse; mas no puede negarse que no se descubren fácilmente en estos dos señores los grandes dechados de franqueza y libertad de escribir que brillaban en los antiguos del género, como en el señor de Joinville, servidor de San Luis; en Eginardo, canciller de Carlomagno, y más recientemente en Felipe de Commines. Es esto más bien una defensa del rey Francisco I contra el emperador Carlos V que una historia. No quiero creer que hayan cambiado nada en cuanto a las líneas generales; mas deforman el juicio de los acontecimientos a nuestro favor a menudo sin razón, y omiten todas las ligerezas que hay en la vida de su señor; prueba de ello, las retiradas de los señores de Montmorency y de Brion, que dejan en el olvido; ni siquiera el nombre de la señora de Étampes aparece. Pueden encubrirse las acciones secretas; mas es defecto imperdonable el callar lo que todo el mundo sabe y las cosas que han tenido consecuencias públicas y de tal envergadura. En resumen, que para tener entero conocimiento del rey Francisco y de lo que aconteció en su época, si me hacéis caso, recurrid a otra obra; el provecho que de esta puede sacarse se debe a la deducción particular de las batallas y hazañas guerreras en las que estos gentileshombres hanse encontrado; algunas palabras y acciones privadas de algunos príncipes de su época; y las gestiones y negociaciones llevadas a cabo por el señor de Langey, llenas de cosas dignas de ser sabidas, y de razones poco vulgares».

CAPÍTULO XIII

De la experiencia

(No hay deseo más natural que el deseo de conocimiento. Probamos todos los medios que pueden llevarnos a él. Cuando nos falla la razón, usamos de la experiencia.)

Per varios usos artem experientia fecit:

Exemplo monstrante viam,

[A través de variadas pruebas,
al mostrar los ejemplos el camino,
la experiencia constituyó el arte:

MANILIO 1,61-62],

que es un medio más débil y menos digno; mas es la verdad cosa tan grande que no debemos desdeñar ningún camino que a ella nos lleve. Tiene la razón tantas formas que no sabemos a cuál agarrarnos, no tiene menos la experiencia. La consecuencia que queremos sacar de acontecimientos parecidos es insegura, pues son siempre distintos: no hay ninguna cualidad tan universal en esta imagen de las cosas como la diversidad y variedad. Y los griegos y los latinos y nosotros, como ejemplo más claro de similitud, ponemos el de los huevos. Sin embargo, ha habido hombres, y concretamente uno de Delfos, que reconocía marcas distintivas entre los

huevos, de modo que nunca los confundía; y aunque tenía varias gallinas, sabía decir de cuál de ellas era el huevo. Injiérese por sí misma la diferencia en nuestras obras; ningún arte puede alcanzar la similitud. Ni Perrozet ni nadie puede pulir ni blanquear el reverso de las cartas tan cuidadosamente que no las distingan algunos jugadores solo con verlas resbalar en manos de otro. No hace el parecido tan igual como otro hace la diferencia. Hase obligado la naturaleza a no hacer nada que no fuera distinto.

Por ello, no me gusta la idea de aquel que pensó embridar la autoridad de los jueces con una multitud de leyes, cortándoles los trozos: no se percataba de que hay tanta libertad y amplitud en la interpretación de las leyes como en su forma. Y burlanse aquellos que creen disminuir nuestros debates y detenerlos, remitiéndonos a la palabra expresa de la Biblia. Pues no halla nuestro juicio menos espacio para controlar el sentido de los demás que para representar el suyo, y como si hubiera menos animosidad y acritud en glosar que en inventar. Ya vemos cuán errado andaba. Pues tenemos en Francia más leyes que en todo el resto del mundo junto, y más de las necesarias para legislar todos los mundos de Epicuro, «*ut olim flagitiis, sic nunc legibus laboramus*» [así que, igual que antes por los escándalos, sufrimos ahora por culpa de las leyes: TACITO, *ann.* 3,25,1]; y aun así, hemos dejado opinar y decidir tanto a los jueces, que jamás hubo libertad más poderosa ni licenciosa. ¿Qué han ganado nuestros legisladores con elegir cien mil especies y hechos particulares y unirles cien mil leyes? No tiene ese número proporción alguna con la infinita diversidad de los actos humanos. La multiplicación de nuestras invenciones no llegará a la variedad de los ejemplos. Añadid cien veces más: no ocurrirá por ello que de los acontecimientos futuros se dé alguno que, de todo ese gran número de millares de acontecimientos, encuentre otro con el que pueda unirse y emparejarse tan exactamente que no quede ninguna circunstancia ni diferencia que requiera distinta consideración de juicio. Poca relación hay entre nuestros actos, que están en continua mutación, y las leyes fijas e inmóviles. Las más deseables son las más raras, las más simples y generales; e incluso creo que más valdría no tener ninguna que tener tantas como tenemos.

La naturaleza las da siempre más felices que las que nos damos nosotros. Prueba de ello es la pintura de la edad dorada de los poetas y el estado en el que vemos vivir a las naciones que no tie-

nen otras. Hay algunas en las que, por todo juez, emplean en sus causas al primero que pasa de viaje a lo largo de sus montañas. Y en otras, eligen el día de mercado a alguno de ellos, que en el momento decide sobre todos sus procesos. ¿Qué mal habría en que los más sabios litigasen así los nuestros, según las circunstancias y a ojo, sin obligación de ejemplo ni de consecuencia? A cada pie su zapato. El rey Fernando, al colonizar las Indias, previó sabiamente que no llevaran allí cargo alguno de jurisprudencia, por temor a que los procesos invadieran aquel nuevo mundo, en tanto que son, por naturaleza, ciencia generadora de discordia y división; considerando, como Platón, que son jurisconsultos y médicos mala provisión para un país.

— ¿Por qué nuestro lenguaje común, tan fácil para todo otro uso, se vuelve oscuro e ininteligible en contratos y testamentos, y el que tan claramente se expresa, diga lo que diga y escriba lo que escriba, no halla para ello manera alguna de declararse que no sea dudosa y contradictoria? Quizá sea que los príncipes de este arte, aplicándose con particular atención a seleccionar palabras solemnes y a formar cláusulas artificiosas, han pesado tanto cada sílaba, y desmenuzado tan a fondo cada tipo de enlace, que se han enfrasado y enredado en tan infinitas figuras y tan menudas particiones que no pueden estas caber en ningún reglamento ni prescripción, ni inteligencia cierta. «*Confusum est quicquid usque in pulverem sectum est*» [(Se asemeja a) un montón confuso cuanto se ha fragmentado hasta reducirlo a polvo: SENECA, *epist.* 89,3]. Cuando tratan los niños de someter una masa de mercurio a cierta forma, cuanto más lo aplastan y aprietan y se esfuerzan por comprimirlo como quieren, más irritan la libertad de este generoso metal: escapa de su arte y va desmenuzándose y esparciéndose de modo inconmensurable. Es lo mismo, pues, subdividiendo estas sutilezas, enséñase a los hombres a acrecentar sus dudas; se nos empuja a extender y diversificar las dificultades, se las alarga, se las dispersa. Al sembrar las preguntas y desgranarlas, fuérase al mundo a dar como fruto y mies la incertidumbre y la querella, así como la tierra se vuelve tanto más fértil cuanto más se la remueve y desmigaja. «*Difficultatem facit doctrina*» [La educación escolar crea la dificultad: QUINTILIANO, *inst.* 10,3,16]. Hacíanos dudar Ulpiano, nos hacen dudar aún Bartolo y Baldo. Sería menester borrar el rastro de esta innumerable diversidad de ideas, no adornarse con ellas ni meterse en la cabeza a la posteridad.

No sé qué decir sobre ello, mas siéntese por experiencia que tantas interpretaciones disipan la verdad y la destruyen. Escribió Aristóteles para hacerse entender; si no pudo, menos podrá uno menos hábil o un tercero distinto del que habla de su propio pensamiento. Abrimos la materia y la esparcimos al desleír, de un tema hacemos mil y caemos en la infinidad de los átomos de Epicuro al multiplicarla y subdividirla. Jamás dos hombres pensaron igual de una misma cosa, y es imposible que se den dos opiniones exactamente semejantes, no solo en hombres distintos sino en un mismo hombre a distintas horas. Suelo tener más dudas sobre aquello que se ha dignado tocar el comentario. Tropiezo más en terreno liso, como ciertos caballos que conozco, que tropiezan más a menudo por caminos llanos.

¿Quién no dirá que las glosas aumentan las dudas y la ignorancia, puesto que no hay libro alguno, ya sea humano o divino, del que se ocupe el mundo, cuya interpretación acabe con su dificultad? El centésimo comentario lo remite al siguiente, más espinoso y escabroso que el primero. ¿Cuándo hemos convenido entre nosotros: este libro tiene ya bastantes, ya no hay nada más que decir? Se ve esto mejor en los pleitos. Concédese autoridad de ley a infinidad de doctores, a infinidad de decretos y a otras tantas interpretaciones. ¿Vemos sin embargo un final a la necesidad de interpretar? ¿Siéntese algún progreso o avance hacia la tranquilidad? ¿Necesitamos de menos abogados y menos jueces que cuando esta masa de derecho estaba aún en su primera infancia? Al contrario, oscurecemos y sepultamos su comprensión; no la descubrimos sino a merced de tantos cercados y barreras. Desconocen los hombres la enfermedad natural de su mente: no hace sino husmear y rebuscar y va dando tumbos sin cesar, forjando su obra y enredándose en ella, como los gusanos de seda, y al fin se ahoga. «*Mus in pice*» [El ratón en la pez: ERASMO, *adag.* 1268. (Erasmo escribe *Mus picem gustans*)]. Cree columbrar a lo lejos cierta apariencia de claridad y verdad imaginaria; mas, mientras corre hacia ella, crúzase en su camino tantas dificultades, tantos obstáculos y tantas nuevas búsquedas, que se pierde y se embriaga. Igual que aconteció a los perros de Esopo, los cuales, habiendo descubierto cierta apariencia de un cuerpo muerto que flotaba en el mar y no pudiendo acercarse a él, decidieron beberse aquel agua y secar el paso, ahogándose por ello. Lo cual tiene relación con lo que decía Crates de los escritos de Heráclito, que necesitaban de un buen nadador

para que la profundidad y el peso de su doctrina no lo engulleran y asfixiaran.

Solo la debilidad particular nos hace contentarnos con lo que otros o nosotros mismos hemos hallado en esta caza del conocimiento; uno más inteligente no se contentará con ello. Siempre hay lugar para otro, sí, y para nosotros mismos, y más camino hacia otro lugar. No hay fin para nuestras preguntas; nuestro objetivo está en el otro mundo. Es señal de disminución o cansancio de nuestra mente el que se contente. Ninguna mente generosa se detiene en sí misma: pretende siempre más y va más allá de sus fuerzas; tiene impulsos más allá de sus actos; si no avanza, ni se empuja, ni se arruina, ni se contradice, es que solo está viva a medias; sus persecuciones no tienen ni término ni forma; su alimento es el asombro, la caza, la ambigüedad. Cosa harto demostrada por Apolo, que nos hablaba siempre con doble sentido, oscura y oblicuamente, sin satisfacernos, mas entreteniéndonos y ocupándonos. Es movimiento irregular, perpetuo, sin patrón ni meta. Sus ideas se acaloran, se siguen y se encadenan unas a otras.

*Ainsi voit l'on, en un ruisseau coulant,
Sans fin l'une eau après l'autre roulant,
Et tout de rang, d'un éternel conduit,
L'une suit l'autre, et l'une l'autre fuit.
Par cette-cy celle-là est poussée,
Et cette-cy par l'autre est devancée:
Tousjours l'eau va dans l'eau, et tousjours est-ce
Mesme ruisseau, et tousjours eau diverse.
[Del mismo modo vemos, en arroyo que corre,
cómo fluye sin fin un agua tras la otra,
y así continuamente, siguiendo eterno curso,
una a la otra sigue, y una huye de la otra.
Esta viene empujada por aquella,
y es aquella por esta adelantada:
El agua siempre va en el agua, y es siempre
el mismo arroyo, y siempre un agua diferente.]*

LA BOÉTIE, a su futura esposa; cit. no lit.].

Hay más que hacer en interpretar las interpretaciones que en interpretar las cosas, y más libros sobre los libros que sobre otro tema: no hacemos sino glosarnos unos a otros.

Es un hormiguero de comentarios; de autores, hay gran escasez.

El principal y más honroso saber de nuestros siglos ¿no es acaso saber entender a los sabios? ¿No es el fin común y último de todo estudio?

Injértanse nuestras ideas unas en otras. La primera sirve de tallo a la segunda; la segunda a la tercera. Subimos así escalón a escalón. Y ocurre con esto que el que llega más alto suele tener más honor que mérito, pues solo se ha alzado una brizna sobre los hombros del penúltimo.

¿Cuán frecuente y neciamente quizá, heme extendido en mi libro hablando de él? Neciamente: aunque solo fuera por este motivo, que debería recordar cuanto digo de los otros: que esas miradas tan repetidas a su obra prueban que se les estremece el corazón de amor propio, y que hasta los vapuleos incluso desdeñosos con los que se sacuden no son sino carantoñas y mimos de un favor maternal, según Aristóteles, para el que preciarse y despreciarse suelen nacer de la misma inclinación de arrogancia. Pues no sé si todos aceptarían mi excusa, que he de tener para esto más libertad que los demás, pues escribo precisamente sobre mí y sobre mis escritos, como sobre mis otros actos, y que mi tema se vuelve sobre sí mismo.

He visto en Alemania que Lutero ha dejado tantas discusiones y divisiones sobre la duda de sus ideas como las que promovió sobre las Santas Escrituras, y más. Nuestra disputa es verbal. Pregunto qué es naturaleza, voluptuosidad, círculo y sustitución. La cuestión es de palabras y se resuelve de igual modo. Una piedra es un cuerpo. Mas, quien embistiera de este modo:

«—¿Y qué es un cuerpo?

—Sustancia.

—¿Y sustancia qué?»

y así cada vez, terminaría acorralando al interlocutor al final del calepino. Cámbiase una palabra por otra, a menudo menos conocida. Sé mejor lo que es un hombre que un animal, o un mortal, o un ser racional. Para satisfacer una duda, ofrécenme tres: es la cabeza de la hidra. Preguntaba Sócrates a Menón lo que era la virtud:

—«Hay —dijo Menón— virtud de hombre y de mujer, de hombre público y privado, de niño y de anciano.

—¡Apañados estamos! —exclamó Sócrates—: buscábamos una virtud y he aquí un enjambre».

Hacemos una pregunta y nos dan a cambio un colmenar. Así como ningún hecho ni ninguna forma se asemejan enteramente a

otros, así tampoco ninguna se diferencia enteramente de la otra. Ingeniosa mezcla de la naturaleza. Si nuestros rostros no fueran parecidos no podría distinguirse al hombre de la bestia; si no fueran distintos, no podría distinguirse al hombre del hombre. Todas las cosas están unidas por alguna semejanza; todo ejemplo falla y la relación que se saca de la experiencia es siempre defectuosa e imperfecta; únense sin embargo las comparaciones por algún lado. Por ello, sirven las leyes y se acomodan así a cada uno de nuestros asuntos por alguna interpretación desviada, forzada y torcida.

Puesto que las leyes éticas, que tratan del deber particular de cada uno en sí, son tan difíciles de establecer como vemos que son, no es de extrañar que las que rigen a tantos particulares lo sean aún más. Considerad la forma de esta justicia que nos gobierna: es un verdadero testimonio de la imbecilidad humana, de tanta como es su contradicción y su error. Lo que consideramos favor y rigor en la justicia, y hallamos tanto que no sé si se da el término medio a menudo, son partes enfermas y miembros injustos del cuerpo y la esencia misma de la justicia. Unos campesinos vienen a avisarme a toda prisa de que acaban de dejar en un bosque que es mío a un hombre molido a palos que aún respira y que les ha pedido agua por piedad y socorro para levantarse. Dicen que no han osado acercarse a él y que han huido, temerosos de que los hombres de la justicia los cogieran y, como ocurre con aquellos a los que se encuentra cerca de un hombre muerto, hubieran de rendir cuentas de aquel hecho para total ruina suya, por no tener ni inteligencia ni dinero para defender su inocencia. ¿Qué podía decirles? Ciertamente es que este oficio de humanidad habríales puesto en apuros.

¿Cuántos inocentes castigados hemos descubierto? Y digo sin culpa de los jueces. ¿Y cuántos ha habido que no hemos descubierto? Esto aconteció en mi época: fueron unos condenados a muerte por homicidio; la sentencia, si no pronunciada, sí al menos concluida y decretada. En este punto, los oficiales de un tribunal subalterno vecino avisan a los jueces de que tienen a algunos presos, los cuales confiesan abiertamente este homicidio y aportan a todo aquel hecho una luz indudable. Delibérase si por ello ha de interrumpirse y diferirse la ejecución de la sentencia dictada contra los primeros. Considérase la novedad del caso y sus consecuencias para suspender los juicios; que la condena se ha realizado jurídicamente y que los jueces están privados de arrepentimiento. En

suma, se sacrifica a aquellos pobres diablos en aras de las fórmulas de la justicia. Filipo, o algún otro, subsanó de este modo similar inconveniente: había condenado a un hombre a pagar grandes multas a otro, mediante juicio resuelto. Al descubrirse la verdad algún tiempo después, resultó que había juzgado inicuaamente. Por un lado estaba la razón de la causa, por otro la razón de las formas judiciales. Cumplió de algún modo con las dos, dejando la sentencia como estaba, e indemnizando de su bolsillo el interés del condenado. Mas habíaselas con un hecho reparable; los míos fueron colgados irreparablemente. ¿Cuántas condenas no he visto yo, más criminales que el crimen?

Todo esto me recuerda estas antiguas ideas: que es forzoso perjudicar particularmente si se quiere beneficiar al conjunto, y hacer injusticia en cosas pequeñas si se quiere hacer justicia en las grandes; que la justicia humana sigue el modelo de la medicina, según la cual todo cuanto es útil es también justo y honrado; y lo que sostienen los estoicos: que la propia naturaleza procede contra la justicia en la mayoría de sus obras; y lo que sostienen los cirenaicos: que no hay nada justo en sí mismo, que las costumbres y las leyes forman la justicia; y los teodorianos, que consideran justo el robo, el sacrilegio, toda suerte de lujuria del sabio, si la sabe provechosa para él.

No hay remedio. Llego a la conclusión, como Alcibíades, de que jamás me presentaré, si puedo, al hombre que haya de decidir sobre mi cabeza, cuando mi honor y mi vida dependan del cuidado y la atención de un procurador más que de mi inocencia. Arriesgaríame a tal justicia si me reconociese tanto lo bien hecho como lo mal hecho, y tuviese tantos motivos para esperar como para temer. La inmunidad no es moneda suficiente para un hombre que no solo no delinque. Nuestra justicia solo nos tiende una de sus manos, y encima la izquierda. Cualquiera sale perjudicado.

En la China, en cuyo reino las instituciones y las artes, sin relación ni conocimiento de las nuestras, superan nuestros ejemplos en muchos aspectos de excelencia, y cuya historia me enseña cuánto más amplio y diverso es el mundo de lo que ni los antiguos ni nosotros penetramos, los oficiales designados por el príncipe para visitar el estado de sus provincias, así como castigan a aquellos que malversan fondos en sus cargos, remuneran también por pura liberalidad a aquellos que se han portado bien en ellos fuera de lo común, y llegando más lejos de lo necesario en su deber.

Preséntase uno no solo para responder, sino para conseguir algo, no para ser pagado simplemente, sino para ser también recompensado.

Ningún juez, gracias a Dios, me ha hablado aún como juez, en ninguna causa, ni propia ni ajena, ni criminal ni civil. Ninguna prisión me ha albergado ni siquiera para pasearme por ella. Solo el imaginarme su vista, incluso desde fuera, resultame desagradable. Estoy tan loco por la libertad que si me prohibieran el acceso a algún rincón de las Indias, viviría en cierto modo más incómodo. Y mientras halle tierra o aire abierto en otro lugar, no languideceré en uno en el que haya de esconderme. ¡Dios! ¡Cuán malamente podría sufrir la situación de tantas gentes, clavadas a un pedazo de este reino, privadas de la entrada a las ciudades principales y de las cortes, y del uso de los caminos públicos, por haber infringido las leyes! Si estas a las que sirvo me amenazaran solo la punta de un dedo, iríame al punto a buscar otras, fuere donde fuere. Toda mi pequeña prudencia, en estas guerras civiles en las que nos vemos, empléase en conseguir que no estorben mi libertad de ir y venir.

Y es el caso que las leyes se mantienen vigentes no porque sean justas, sino porque son leyes. Es el fundamento místico de su autoridad; no tienen otro. El cual les sirve muy bien. Suelen estar hechas por necios; más a menudo por gentes que, por odio a la ecuanimidad, carecen de equidad; en todo caso, siempre por hombres, autores vanos e irresolutos.

No hay nada que sea tan pesada y ampliamente pecador como las leyes; ni tan ordinariamente. Cualquiera que las obedezca por ser justas no las obedece justamente por lo que debe. Las nuestras francesas, por su desajuste y deformidad, dan lugar de algún modo al desorden y a la corrupción que se producen al dispensarlas y ejecutarlas. La autoridad está tan agitada y es tan inconstante que justifica de algún modo la desobediencia y el vicio de la interpretación, de la administración y de la observancia. Cualquiera que sea, pues, el fruto que podamos sacar de la experiencia, apenas si servirá para nuestra educación aquella que sacamos de los ejemplos ajenos, si tan mal aprovechamos la propia, que nos es más familiar y ciertamente suficiente para enseñarnos lo que necesitamos.

Estúdiome más que cualquier otro tema. Es mi metafísica y mi física.

*Qua Deus hanc mundi temperet arte domum,
Qua venit exoriens, qua deficit, unde coactis
Cornibus in plenum menstrua luna redit;
Unde salo superant venti, quid flamine captet
Eurus, et in nubes unde perennis aqua.
Sit ventura dies mundi quae subruat arces.*

[Con qué sabiduría gobierna Dios esta casa del mundo, por dónde viene la luna en su orto, por dónde se pone, por qué causa, unidos sus cuernos, vuelve cada mes a plenilunio; por qué los vientos dominan sobre el mar, qué es lo que con su soplo trata de apresar el Euro, y de dónde llega a las nubes perpetuamente el agua; cuál sea el día por venir que socave los alcázares del universo:

PROPERCIO 3,5,26-31].

Quaerite quos agitat mundi labor.
[Averiguadlo vosotros a quienes inquieta
la actividad del universo: LUCANO 1,417].

En este universo, déjome llevar ignorante y negligentemente por la ley general del mundo. Harto la conoceré cuando la sienta. No podría mi ciencia hacerla cambiar de rumbo; no variará por mí. Locura es esperarlo, y mayor locura aún lamentarlo, puesto que es necesariamente igual, pública y común.

La bondad y capacidad del gobernante ha de libramos pura y plenamente del cuidado de su gobierno.

Las inquisiciones y contemplaciones filosóficas solo sirven de alimento a nuestra curiosidad. Los filósofos, con mucha razón, remítennos a las reglas de la naturaleza; mas no saben qué hacer de tan sublime conocimiento; falsificanlas ellos presentándonos su rostro pintado con un color demasiado subido y demasiado artificioso, lo que hace que haya retratos tan distintos de un objeto tan uniforme. Al igual que nos ha dado pies para andar, nos ha dado también prudencia para guiarnos en la vida; prudencia, no tan ingeniosa, robusta y pomposa como la que inventan ellos, mas de trato afable y saludable, y que muy bien hace lo que la otra [la filosofía] dice, en el caso de aquel que tiene la ventura de saber conducirse sencilla y ordenadamente, es decir, naturalmente. Entregarse a la naturaleza lo más simplemente posible es entregarse lo más sabiamente. ¡Oh, cuán blanda, mullida y sana almohada es la ignorancia y la falta de curiosidad, para reclinar una cabeza bien hecha!

Preferiría entenderme bien a mí mismo antes que entender a Cicerón. Harto tendría con mi propia experiencia para hacerme sabio, si fuera buen estudiante. Quien conserva en su memoria los excesos de su pasada cólera y hasta dónde le llevó esa fiebre ve la fealdad de esta pasión mejor que leyendo a Aristóteles, y alimenta odio más justo contra ella. Quien recuerda los males que ha sufrido, aquellos que lo han amenazado, las livianas circunstancias que le han hecho pasar de un estado a otro, prepárase así a las mutaciones futuras y a la asunción de su condición. No es la vida de César más ejemplar que la nuestra, para nosotros; y por emperadora o popular que sea, siempre será una vida expuesta a todos los acontecimientos humanos. Escuchemos esto solo: nos repetimos todo aquello de lo que precisamos principalmente. Quien se acuerde de tantas y tantas veces como ha errado su propio juicio ¿no es un necio si no desconfía de él para siempre? Cuando la razón ajena me convence de la falsedad de una idea, no aprendo tanto lo nuevo que me ha dicho, ni esa ignorancia particular (poco fruto sería), como aprendo en general mi debilidad y la traición de mi entendimiento; por lo cual llego a dominar todo el conjunto. Con todos mis demás errores hago lo mismo; y siento que es esta regla muy útil para la vida. No considero a la especie ni al individuo como una piedra en la que he tropezado; aprendo a temer mi andar en todo y prepárome a ajustarlo. El aprender que se ha dicho o hecho una necedad no es nada; es menester aprender que se es un necio, enseñanza harto más amplia e importante. Las malas pasadas que tan a menudo me ha jugado mi memoria, incluso cuando más segura estaba de sí misma, no se han perdido inútilmente; por mucho que me jure y me asegure hogaño, meneo la cabeza; déjame en vilo la primera objeción formulada contra su testimonio y no osaría fiarme de ella en cosa de peso, ni ponerla como garantía del proceder ajeno. Y si no fuera porque lo que yo hago por falta de memoria los demás lo hacen aún más a menudo por falta de fe, aceptaría siempre la verdad de otros labios antes que de los míos para lo acontecido. Si cada cual espíase de cerca los efectos y las circunstancias de las pasiones que lo dominan, como he hecho yo con aquella a la que he tocado en suerte, veríalas venir y aminoraría algo su impetuosidad y su carrera. No siempre se nos echan encima de repente; hay amenazas y grados.

*Fluctus uti primo capit cum albescere ponto,
Paulatim sese tollit mare, et altius undas
Erigit, inde imo consurgit ad aethera fundo.*
[Tales al primer viento cabrillean
las olas en la mar, y poco a poco
se abultan, alzan combas, y engrosadas
hasta los cielos del profundo surgen:

VIRGILIO, *Aen.* 7,528-530].

Ocupa el juicio en mí lugar magistral, o al menos esfuérzase por ello laboriosamente; deja que mis apetitos vayan a su aire, y el odio y el amor, incluso el que me profeso a mí mismo, sin alterarse ni corromperse. Si no puede reformar a su modo mis otros aspectos, al menos tampoco se deja reformar por ellos: hace juego aparte.

La advertencia de que cada cual se conozca ha de ser de gran trascendencia, puesto que aquel dios de ciencia y de clarividencia lo hizo poner en el frontal de su templo, como si comprendiera todo cuanto había de aconsejarnos. Dice también Platón que la prudencia no es sino el cumplimiento de esta ordenanza, y Sócrates lo demuestra detalladamente a través de Jenofonte. No se perciben las dificultades y la oscuridad de cada ciencia si no se adentra uno en ella. Pues también es menester cierto grado de inteligencia para poder percatarse de que se ignora, y es menester empujar una puerta para saber que nos está cerrada. De donde nace esta sutileza platónica de que ni aquellos que saben han de preguntarse, puesto que saben, ni aquellos que no saben, puesto que para preguntarse es menester saber sobre lo que uno pregunta. Y así, en esta de conocerse a sí mismo, el que cada cual esté tan resuelto y satisfecho, el que cada cual crea estar lo bastante enterado, significa que nadie entiende nada de nada, como enseña Sócrates a Eutidemo según Jenofonte. Yo, que no pretendo otra cosa, hallo profundidad y variación tan infinita, que mi aprendizaje no tiene más fruto que el de mostrarme cuánto me resta por aprender. A mí tan a menudo reconocida debilidad debo la inclinación que tengo a la modestia, a la obediencia de las creencias que me han sido ordenadas, a una constante frialdad y moderación de ideas, y el odio por esa arrogancia importuna y discutidora que se cree y se fía por entero de sí misma, enemiga capital de la disciplina y de la verdad. Oídles perorar: al proferir las primeras necedades hacenlo al estilo con el que se establecen religiones y leyes. «*Nil hoc est turpius*

quam cognitioni et perceptioni assertionem approbationemque praecurrere» [Nada hay más indecente que hacer que preceda el aserto y la aprobación a la percepción y el conocimiento: CICERÓN, *ac.* 1,12,45]. Decía Aristarco que antiguamente apenas si había siete sabios en el mundo y que en su época apenas si había siete ignorantes. ¿No podríamos decirlo nosotros con más razón que él en nuestra época? Son la afirmación y la obstinación signos manifestos de necedad. Se habrá ido este de bruces al suelo al menos cien veces en un día: hele ahí tan gallito, tan resuelto y entero como antes; diríais que le han imbuido después un alma nueva y un nuevo rigor de entendimiento, y que le ocurre como a aquel antiguo hijo de la tierra, que recuperaba nueva firmeza con la caída, fortaleciéndose,

*cui, cum tetigere parentem,
Iam defecta vigent renovato robore membra.*
[... cuyos miembros, una vez toca a su madre,
recobran fatigados el vigor con fuerza renovada:

LUCANO 4,599-600].

¿Cree acaso ese testarudo rebelde hacerse con nueva inteligencia por empezar nueva discusión? Declaro por propia experiencia la ignorancia humana, lo cual es, a mi parecer, el partido más seguro de la escuela del mundo. Aquellos que no quieran concluir en sí mismos por tan vano ejemplo como el mío o como el suyo, admítanla por Sócrates, maestro de los maestros. Pues decía el filósofo Antístenes a sus discípulos: «Vayamos a oír a Sócrates. Allí seré yo discípulo como vosotros». Y al sostener este dogma de su secta estoica, que bastaba la virtud para hacer una vida plenamente feliz sin necesitar de ninguna otra cosa, añadía: «Sino de la fuerza de Sócrates».

Esta larga atención que dedico a considerarme me enseña a juzgar igual de pasablemente a los demás, y pocas cosas hay de las que hable más feliz y acertadamente. Suele ocurrirme el ver y distinguir más exactamente las cualidades de mis amigos que ellos mismos. A alguno he asombrado por la pertinencia de mi descripción, advirtiéndole sobre sí. Por haberme acostumbrado desde la infancia a ver reflejada mi vida en la de los demás, heme hecho con una naturaleza estudiosa en esto, y, cuando pienso en ello, pocas cosas útiles dejo escapar a mi alrededor: actitudes,

gestos, palabras. Todo lo estudio: aquello que he de evitar, aquello que he de imitar. Así descubro a mis amigos, por sus obras, sus inclinaciones internas, no para ordenar esa infinita variedad de actos tan diversos y delimitados en ciertos géneros y capítulos, y distribuir claramente mis repartos y divisiones en clases y regiones conocidas,

*Sed neque quam multae species, et nomina quae sint,
Est numerus.*

[Mas son tantas especies, tantos nombres
que no pueden contarse: VIRGILIO, *georg.* 2, 103-104].

Dividen y apuntan sus ideas los sabios más específica y detalladamente. Yo, que no veo en ellas sino lo que me dice la práctica sin regla, presento las mías de modo general y a tuestas. Como aquí: escribo mi pensamiento en artículos descosidos, como cosa que no puede decirse de una vez y en bloque. La relación y la coherencia no se dan en almas como las nuestras, bajas y comunes. Es la sabiduría construcción sólida y entera donde cada parte ocupa su lugar y lleva su marca: «*Sola sapientia in se tota conversa est*» [Solo la sabiduría está totalmente contenida en sí misma: CICERÓN, *fin.* 3, 24]. Dejo a los artistas, y no sé si logran algo en cosa tan enmarañada, tan menuda y tan fortuita, el clasificar en categorías esta infinita diversidad de aspectos, el detener nuestra inconstancia y ponerla en orden. No solo considero difícil relacionar nuestros actos unos con otros, sino que considero difícil designarlos propiamente a cada uno por separado con alguna cualidad principal, de tantos dobles y confusos aspectos como tienen.

Lo que resaltan como raro de Perseo, rey de Macedonia, que, al no atarse su pensamiento a circunstancia alguna, iba errante por todo tipo de vida manifestando costumbres tan volubles y vagabundas que no era conocido ni por sí mismo ni por cualquier otro, paréceme convenir más o menos a todo el mundo. Y por encima de todos, vi a otro de su talla a quien podría aplicarse esta conclusión más adecuadamente aún, creo yo; sin término medio, dejándose llevar siempre de un extremo a otro por motivos imposibles de adivinar, sin conducta libre de travesía o contradicción extraordinaria, sin facultad simple alguna; de modo que lo más verosímil que se podrá decir de él algún día será que se esforzaba y trataba de hacerse conocer por ser irreconocible.

Se han de tener oídos harto fuertes para oírse juzgar francamente; y puesto que hay pocos que puedan sufrirlo sin irritarse, aquellos que se arriesgan a hacerlo con nosotros muéstrannos singular favor de amistad; pues es amar sanamente el decidirse a herir y a ofender para hacer el bien. Considero difícil el juzgar a aquel cuyas malas cualidades superan las buenas. Platón preconiza tres cosas para aquel que quiera examinar el alma de otro: ciencia, bondad, osadía.

Preguntáronme alguna vez para qué creía ser apto si alguien hubiera querido servirse de mí mientras tuve edad para ello.

*Dum melior vires sanguis dabat, aemula necdum
Temporibus geminis canebat sparsa senectus.*

[... mientras mis fuerzas
sangre mejor alimentó, y escarcha
no me vertía aún sobre las sienes
la envidiosa vejez: VIRGILIO, *Aen.* 5, 415-416].

«Para nada», respondí. Y nada me importa no saber cosa alguna que me esclavice a otro. Mas habríale dicho las verdades a mi señor y habría vigilado su proceder, si hubiera querido. No en general, con lecciones escolásticas que no me sé (ni veo nacer verdadera enmienda en aquellos que las saben), sino observándolo paso a paso, en toda ocasión, y juzgando a ojo, detallada, simple y naturalmente, haciéndole ver cuál era la opinión común, oponiéndome a sus aduladores. Todos nosotros valdríamos menos que los reyes si así nos corrompieran continuamente, como toda esa canalla hace con ellos. ¡Cómo no! ¡Si ni siquiera Alejandro, aquel gran rey y filósofo, pudo librarse! Habría tenido bastante fidelidad, juicio y libertad para ello. Sería un oficio sin nombre; de otro modo, perdería su eficacia y su gracia. Y es un papel que no puede corresponder indiferentemente a todos. Pues ni la misma verdad tiene el privilegio de ser empleada en todo momento y de cualquier modo: tiene su uso, por noble que sea, sus circunscripciones y sus límites. A menudo ocurre, tal y como es el mundo, que se la comunican al príncipe al oído, no solo sin fruto, sino perjudicialmente e incluso injustamente. Y no me harán creer que un santo reproche no pueda hacerse erróneamente, ni que el interés de la sustancia no haya de ceder a menudo ante el interés de la forma. Querría para este oficio a un hombre contento con su suerte,

Quod sit esse velit, nihilque malit,

[Querer ser lo que eres y no preferir otra cosa:

MARCIAL, *epigr.* 10,47,12],

y nacido de mediana fortuna; pues, por una parte, no temería llegar viva y profundamente al corazón de su señor al no importarle perder por ello el progreso de su ascenso, y, por otra parte, al ser de condición mediana, tendría más fácil comunicación con toda clase de gentes. Querriálo para un único hombre; pues el extender el privilegio de esta libertad e intimidad a muchos provocaría dañina irreverencia. Sí, y de este exigiría ante todo la fidelidad del silencio.

No ha de creerse a un rey cuando se jacta de su constancia para soportar los embates del enemigo en aras de su gloria, si por su propio provecho y enmienda no puede sufrir la libertad de palabra de un amigo, la cual no tiene más trascendencia que pellizcarle el oído, quedando en sus manos el resto de las consecuencias. Y es el caso que no existe otra condición humana que necesite tanto como la de estos de verdaderas y libres advertencias. Llevan una vida pública, y han de contentar a tantos espectadores, que, como acostumbran a callarles todo cuanto les desvía de su camino, ven-se, sin sentirlo, hundidos en el odio y la antipatía de su pueblo, con frecuencia por motivos que habrían podido evitar, incluso sin menoscabo de sus placeres, si se les hubiera avisado y corregido a tiempo. De ordinario sus favoritos miran más por sí mismos que por su señor; y hacen bien, pues, verdaderamente, la mayoría de los oficios de la auténtica amistad son, para con el soberano, una prueba difícil y peligrosa; de modo que son menester no solo mucho afecto y mucha franqueza, sino también mucho valor.

En fin, que todo este batiburrillo que aquí garabateo no es sino un registro de los hechos de mi vida, que es, respecto a la salud interna, harto ejemplar, si se toma la enseñanza a contrapelo. Mas en cuanto a la salud corporal, nadie puede proporcionar experiencia más útil que yo, que la presento pura, sin corromper ni alterar artificial o subjetivamente. Está la experiencia propiamente en su medio en el caso de la medicina, en el que la razón le cede todo el sitio. Decía Tiberio que cualquiera que hubiese vivido veinte años debía responder de las cosas que le eran dañinas o saludables, y saberse conducir sin medicina. Y podía haberlo aprendido de Sócrates, el cual, al aconsejar a sus discípulos, con gran interés y en

tanto que es muy principal estudio el estudio de su salud, añadía que era difícil que un hombre de juicio que se cuidara de sus ejercicios, del beber y del comer no conociera mejor que cualquier médico lo que le sentaba bien o mal. Por ello, pretende la medicina tener la experiencia como piedra de toque para sus operaciones. Y así tenía razón Platón al decir que para ser un verdadero médico, sería menester que aquel que decidiera serlo hubiere pasado por todas las enfermedades que quisiera curar y por todos los accidentes y circunstancias de los que hubiere de juzgar. Es razonable que cojan la viruela si quieren comprenderla. En verdad que yo me fiaría de uno de estos. Pues los demás nos conducen como aquel que describe los mares, los escollos y los puertos, sentado a su mesa y manejando un barco de juguete con total seguridad. Lanzadlo a la realidad, no sabrá cómo arreglárselas. Pintan nuestros males como hace un pregonero con un caballo o un perro perdido: tiene tal pelo, tal altura, tales orejas; mas ponédsele delante, no por ello lo conocerá.

Por Dios que si la medicina me presta algún día algún buen y perceptible socorro, veréis cómo gritaré de buena fe:

Tandem efficaci do manus scientiae!

[Rindo ya mis manos a tu eficaz ciencia:

HORACIO, *epod.* 17,1].

Mucho nos prometen las artes que nos prometen mantenernos el cuerpo con salud y el alma con salud; mas tampoco hay ninguna que cumpla menos cuanto promete. Y en nuestra época, aquellos que ejercen esas artes entre nosotros muestran menos sus efectos que todos los demás hombres. Puede decirse de ellos, como mucho, que venden drogas medicinales, mas que sean médicos, eso no puede decirse.

He vivido bastante para examinar el proceder que me ha llevado tan lejos. Para quien quiera probarlo, helo degustado antes como si fuera el escanciador. He aquí algunos artículos tal y como la memoria me los ha de proporcionar. (No tengo regla alguna que no haya ido variando según los acontecimientos, mas anoto aquellas que he practicado más a menudo, que han tenido más poder sobre mí, hasta ahora). Es mi modo de vida igual en la salud y en la enfermedad. Sirvenme el mismo lecho, las mismas horas, los mismos alimentos y la misma bebida. Nada añadido sino la mayor o

menor moderación según mis fuerzas y mi apetito. Mi salud consiste en mantener sin alteración mi estado acostumbrado. Veo que la enfermedad me desplaza hacia un lado; si he de creer a los médicos, me desviarán hacia el otro; y por casualidad o artificialmente, heme apartado de mi camino. De nada estoy tan seguro como de esto: no puede perjudicarme el uso de cosas a las que desde hace tanto tiempo estoy acostumbrado.

A la costumbre corresponde dar forma a nuestra vida, como a ella le plazca; todo lo puede en esto: es el brebaje de Circe que cambia nuestra naturaleza como le parece. Cuántas naciones, y a dos pasos de nosotros, consideran ridículo el temor al relente, que tan aparente daño nos hace; y poco les importa a nuestros marineros y a nuestros campesinos. Enfermaréis a un alemán si lo acostáis sobre un colchón, como a un italiano sobre plumas y a un francés sin cortinas ni fuego. El estómago de un español no resiste nuestra forma de comer, ni el nuestro la de beber de un suizo.

Deleitome un alemán, en Augsburgo, demostrando la incomodidad de nuestros hogares con el mismo argumento que nosotros solemos utilizar para criticar sus estufas. Pues, verdaderamente, ese calor reconcentrado y además el olor de ese material recalentado del que están constituidas pone la cabeza pesada a la mayoría de los que no están habituados; a mí, no. Mas por lo demás, al ser el calor igual, constante y general, sin luz ni humo, sin el aire que nuestras chimeneas abiertas nos acarrearán, bien puede compararse al nuestro. ¿Por qué no imitamos la arquitectura romana? Pues dicese que antaño no se encendía el fuego en sus casas sino fuera y por debajo de ellas: desde donde se aspiraba el calor para toda la casa por unas tuberías practicadas dentro del muro, las cuales iban rodeando los lugares que habían de ser calentados; lo cual he visto yo claramente significado en algún párrafo de la obra de Séneca. Este, oyéndome alabar las ventajas y bellezas de su ciudad, que ciertamente lo merece, comenzó a compadecerme por haber de alejarme de ella; y uno de los primeros inconvenientes que alegó fue la pesadez de cabeza que me provocarían las chimeneas de otros lugares. Había oído que alguien se quejaba de ello, y nos lo achacaba, privado como estaba por la costumbre de notarlo en su país. Todo calor que provenga del fuego me debilita y entorpece. Sin embargo, decía Eveno que el mejor condimento de la vida era el fuego. Prefiero cualquier otra manera de evitar el frío.

Tememos el fondo de los vinos. En Portugal, considérase delicioso su aroma y es la bebida de los príncipes. En suma, que cada nación tiene muchas costumbres y usos que son no solo desconocidos, sino horribles y extraordinarios para cualquier otra nación.

¿Qué haremos de este pueblo que no acepta más que los testimonios impresos, que no cree a los hombres si no están en los libros, ni la verdad si no tiene edad competente? Dignificamos nuestras sandeces poniéndolas en letras de molde. Pesa de muy distinto modo en él si decís: «Lo he leído», que si decís: «Lo he oído decir». Mas yo, que desconfío tanto de la mano como de la boca de los hombres, y que sé que tan poco juiciosamente se escribe como se habla, y que estimo tanto este siglo como otro pasado, cito tan contento a un amigo mío como a Aulo Gelio o a Macrobio, y lo que he visto como lo que han escrito. Y así como sostienen que no es la virtud más grande por ser más antigua, así estimo igualmente que no por ser más vieja es más sabia la verdad. Suelo decir que es la pura necedad la que nos hace correr tras los ejemplos ajenos y escolásticos. Su fertilidad es igual ahora que en tiempos de Homero y de Platón. Mas ¿no será que buscamos más el honor de la cita que la verdad del razonamiento? Como si fuera mejor sacar las pruebas del taller de Vascosan o de Plantin que de lo que ocurre en nuestro pueblo. ¿O no será ciertamente que no tenemos ingenio ni para analizar y valorar cuanto pasa ante nosotros, ni para juzgarlo con la suficiente agudeza como para usarlo como ejemplo? Pues, si decimos que nos falta autoridad para dar crédito a nuestro testimonio, decímoslo sin razón. Pues, a mi parecer, de las cosas más ordinarias, comunes y conocidas, si supiéramos explicarlas, podrían hacerse los mayores milagros de la naturaleza y sacarse los más prodigiosos ejemplos, en particular sobre el tema de los actos humanos.

Y sobre lo que me ocupa, dejando aparte los ejemplos que sé por los libros y lo que dice Aristóteles de Andrón, argivo que atravesaba los áridos desiertos de Libia sin beber, un gentilhombre que ha desempeñado dignamente muchos cargos decía, delante de mí, que había ido de Madrid a Lisboa en pleno verano sin beber. Está vigoroso para su edad y no tiene su vida nada extraordinario sino esto: el haber estado dos o tres meses e incluso un año, según me ha dicho, sin beber. Siente cierta sed, mas déjala pasar, y sostiene que es un apetito que disminuye fácilmente por sí mismo; y bebe más por capricho que por necesidad o placer.

He aquí otro más. No hace mucho, topeme con uno de los hombres más sabios de Francia, entre aquellos de fortuna no muy mediocre, estudiando en un rincón de una sala que habían hecho rodeándolo con tapices; y en torno suyo, el estruendo licencioso de sus criados. Díjome, y lo mismo dice Séneca de sí mismo, que sacaba provecho de aquella batahola, como si, golpeado por aquel ruido, se centrara y encerrara más en sí mismo para la contemplación, y aquella tempestad de voces repercutiera sus pensamientos dentro de sí. Siendo estudiante en Padua, tuvo su estudio durante tanto tiempo expuesto al jaleo de los coches y al tumulto de la plaza, que no solo se acostumbró a despreciarlo sino a aprovechar el ruido al servicio de sus estudios. Respondió Sócrates a Alcibíades, que se extrañaba de que pudiera soportar el continuo escándalo del talante de su mujer: «Como aquellos que están acostumbrados al sonido cotidiano de las norias para sacar agua». Soy yo justo al contrario: tengo la mente blanda y presta a emprender el vuelo; cuando se ve estorbada por algo de fuera, el mínimo zumbido de una mosca la asesina.

Séneca, en su juventud, habiéndole impresionado profundamente el ejemplo de Sextio de no comer cosa alguna que hubieren matado, prescindió de hacerlo durante un año gustosamente, según él mismo dice. Cejó en ello únicamente porque no sospecharan que adoptaba esta regla de otras religiones nuevas que la preconizaban. Siguió también los preceptos de Atalo de no acostarse más sobre colchones que se hundieran y continuó hasta su vejez usando los que no ceden bajo el cuerpo. Lo que la costumbre de su época atribuyó a rudeza, achácalo la nuestra a molicie.

Considerad la diferencia entre el vivir de mis braceros y el mío: no tienen ni los escitas ni los indios nada tan alejado de mis fuerzas o mis maneras. Sé que libré de pedir limosna a algunos niños para que me sirvieran, los cuales dejéronme en seguida, y conmigo, mi cocina y su librea, nada más que por volver a su vida primera. Y encontré a uno de ellos recogiendo caracoles para comer en mitad de un camino, al que ni con ruegos ni con amenazas pude apartar del sabor y de la dulzura que hallaba en la indigencia. Tienen los mendigos sus magnificencias y voluptuosidades, como los ricos, y, según dicen, sus dignidades y grados políticos. Son cosas de la costumbre. Puede habituarnos no solo a cualquier manera que le plazca (por ello dicen los sabios que hemos de adoptar la mejor de las que nos facilite de inmediato), sino también al cambio

y a la variación, que es la más noble y útil de sus enseñanzas. Mi mejor cualidad física es ser flexible y poco obstinado; tengo tendencias más propias y normales, y más agradables que otros; mas con muy poco esfuerzo librome de ellas para amoldarme fácilmente a la manera contraria. Un joven ha de alterar sus normas para despertar su vigor y evitar que se entumezca y apoltrone. Y no hay tren de vida tan necio ni tan débil como el de aquel que se conduce por ordenanza y disciplina.

*Ad primum lapidem vectari cum placet, hora
Sumitur ex libro; si prurit frictus ocelli
Angulus, inspecta genesi collyria quaerit.*

[Cuando tiene ganas de que lo lleven al primer mojón,
saca la hora de su libro; si de arrascarse
le pica el lagrimal del ojo, pide colirios
después de consultar su horóscopo:

JUVENAL 6,577-579].

Se entregará incluso a los excesos, si me hace caso: si no, el más mínimo libertinaje le hundirá; se hará incómodo y desagradable para el trato. La cualidad más opuesta a un caballero es la exquisitez y la dependencia de ciertas maneras particulares; y son particulares si no son moldeables y adaptables. Es vergonzoso dejar de hacer algo por impotencia o no osar aquello que se ve hacer a los compañeros. ¡Guarden tales gentes su cocina! Para cualquiera es indecente; mas para un hombre de guerra es vicioso e insostenible, pues este, como decía Filopémenes, ha de acostumbrarse a todas las diversidades y desigualdades de la vida.

A pesar de haber sido educado todo lo posible en la libertad y la indiferencia, aun así, por indolencia, habiéndome detenido más, al envejecer, en ciertas formas (mi edad está fuera de toda educación y no tiene otra cosa de la que ocuparse sino de mantenerse), ha impreso la costumbre ya tanto su carácter en ciertas cosas, sin que yo me diera cuenta, que considero exceso el apartarme de ellas. Y no puedo, sin probarme, ni dormir de día, ni hacer colación entre las comidas, ni cenar e ir a acostarme sin gran intervalo, como de tres horas largas después del alimento, ni hacer hijos en otro momento que no sea antes de dormir, ni hacerlos de pie, ni soportar el sudor, ni beber agua pura o vino puro, ni tener largo tiempo la cabeza descubierta, ni afeitarme después de desayunar. Y prescindiría con la misma dificultad de los guantes que de la

camisa, y de lavarme al dejar la mesa que al levantarme, y de dosel y cortinas en la cama, como de cosas harto necesarias. Comería sin mantel; mas a la alemana, sin servilleta, muy incómodamente: ensúciolas más que ellos y que los italianos, y ayúdome poco de cuchara y tenedor. Lamento que no se haya continuado una costumbre que vi iniciarse a imitación de los reyes: que nos cambiasen la servilleta según los servicios, como los platos. Sabemos de Mario, aquel esforzado soldado, que, al envejecer, volvióse exquisito en el beber y solo lo hacía en una copa suya particular. Inclínome yo también por cierto tipo de vasos, y no gusto de beber en vaso común, como tampoco de mano común. Todo metal me desagrade comparado con un material claro y transparente. Saboréenlo también mis ojos, según su capacidad.

Debo muchas debilidades semejantes al uso. Por su parte, la naturaleza también me ha dotado de las suyas: como la de no soportar más de dos comidas completas en un día sin sobrecargarme el estómago, ni la abstinencia total de una de las comidas sin llenarme de aires, resecaréme la boca y apagárseme el apetito, ni la de resentirme de un largo sereno. Pues desde hace algunos años, con los trabajos de la guerra, cuando toda la noche transcurre en ellos como suele ocurrir, después de cinco o seis horas comienza a revolverseme el estómago con fuerte dolor de cabeza y no llego a ver el día sin vomitar. Cuando los demás se van a comer, yo me voy a dormir, y a partir de entonces, tan contento como antes. Había sabido siempre que el sereno solo aparecía al caer la noche. Mas por frecuentar familiarmente y por largo tiempo a un señor imbuido por esta idea, que es el sereno más duro y peligroso cuando se inclina el sol, una o dos horas antes de ponerse, el cual evita cuidadosamente despreciando el de la noche, háseme grabado no tanto su razonamiento como su sentimiento.

¡Cómo! ¿Que la misma duda e inquisición influye en nuestra imaginación y nos cambia? Húndense por entero aquellos que ceden de golpe a esas inclinaciones. Y compadezco a muchos gentileshombres que, por culpa de la necedad de sus médicos, hanse recluso estando jóvenes y sanos. Más valdría padecer un catarro que dejar de hacer vida normal para siempre por falta de costumbre en cosa tan usual. Enojosa ciencia esta que nos prohíbe las horas más placenteras del día. Ampliemos nuestro dominio hasta sus últimos límites. A menudo nos endurecemos si nos empeñamos y si corregimos nuestra naturaleza, como hizo César con la

epilepsia, a fuerza de despreciarla y corromperla. Hemos de obedecer las reglas mejores, mas sin esclavizarnos a ellas, salvo a aquellas, si es que existe alguna, en las que sean útiles la obligación y la servidumbre.

Y cagan los reyes y los filósofos, y también las damas. Débense las vidas públicas a la ceremonia; la mía, oscura y privada, goza de toda dispensa natural; ser soldado y gascón son cualidades también algo propensas a la indiscreción. Por lo cual diré de este acto: que es menester dejarlo para ciertas horas determinadas y nocturnas, y forzarse y obligarse a ellas por costumbre, como yo he hecho; mas no obligarse, como he hecho al envejecer, a los detalles de una particular comodidad de lugar y de asiento para esta función, haciéndola molesta por su duración y molicie. De todos modos, en las funciones más sucias, ¿no es acaso perdonable el exigir mayor cuidado y limpieza? «*Natura homo mundum et elegans animal est*» [El hombre es por naturaleza un animal limpio y elegante: SÉNECA, *epist.* 92,12]. De todos los actos naturales, es aquel que peor soporto que me interrumpen.

He visto a muchos hombres de guerra incomodados por el desarreglo del vientre; ni el mío ni yo fallamos jamás en el momento asignado, que es al saltar de la cama, a no ser que nos trastorne alguna violenta ocupación o enfermedad.

No sé, pues, como decía, cómo van a estar más seguros los enfermos que conservando, sin alterarlo, el modo de vida en el que han sido criados y formados. El cambio, sea cual sea, asusta y perjudica. ¿Cómo creer que las castañas hagan daño a uno del Périgord o de Lucques, y la leche y el queso a las gentes de la montaña? Ordénanles una forma de vida no solo nueva sino contraria: mutación que ni uno sano podría soportar. Recetad agua a un bretón de setenta años, encerrad en un baño a un marino, prohibid a un criado vasco que pasee: prívanles de movimiento, y al fin de aire y de luz.

An vivere tanti est?

[¿Merece la pena pagar tan alto precio por la vida?:

Octavio Augusto, según ERASMO, *inst.princ.* 1,71].

Cogimur a suetis animum suspendere rebus,

Atque, ut vivamus, vivere desinimus...

Hos superesse reor, quibus et spirabilis aer

Et lux qua regimur redditur ipsa gravis?

[Se nos obliga a renunciar a nuestras costumbres,
y así, para vivir, dejamos de vivir...
¿Se podrán incluir entre los vivos
aquellos que padecen por el aire que respiran
y por la misma luz que nos alumbra?]

MAXIMIANO, *eleg.* 1,155-156 y 247-248].

Si no hacen otro bien, hacen al menos este, preparar temprano a los pacientes para la muerte, minándolos poco a poco y limitándoles el uso de la vida.

Tanto sano como enfermo, heme dejado llevar a menudo por los apetitos que me acuciaban. Concedo gran autoridad a mis deseos e inclinaciones. No gusto de curar el mal con el mal. Odio los remedios que importunan más que la enfermedad. El tener cólico y verme obligado a privarme del placer de comer ostras son dos males por uno. El mal nos pellizca por un lado, las normas por otro. Puesto que corremos el riesgo de errar, arriesguémonos más bien a continuar con el placer. La gente hace lo contrario, y no cree que haya nada útil que no sea penoso, parecele sospechosa la facilidad. Mi apetito en muchas cosas se ha ordenado y adaptado felizmente por sí mismo a la salud de mi estómago. Placíanme, cuando era joven, las salsas fuertes y picantes; después, al sentarle mal estas a mi estómago, siguió de inmediato el gusto. Perjudica el vino a los enfermos; es lo primero que me produce náuseas, unas náuseas invencibles. Cualquier cosa que tome con desagrado me perjudica, y no me perjudica nada de lo que tomo con hambre y alegría: jamás me hizo daño acto alguno que me resultara placentero. Y por ello, he puesto muy por delante el placer que cualquier conclusión médica. Y, siendo joven,

Quem circumcursans huc atque huc saepe Cupido

Fulgebat, crocina splendidus in tunica,

A menudo Cupido, correteando a su lado de acá para allá,
brillaba radiante con su túnica de azafrán:

CATULO 68,133-134],

entregueme tan licenciosa e inconsideradamente como cualquier otro al deseo que me poseía.

Et militavi non sine gloria,

[y no sin gloria milité: HORACIO, *carm.* 3,26,2],

más sin embargo en constancia y duración que en ímpetu:

Sex me vis memini sustinuisse vices.

[Seis veces me exigió que diese cumplimiento a mis deberes:

OVIDIO, *am.* 3,7,26; Ovidio dice «nueve»].

Malo es, ciertamente, y extraordinario, confesar cuán pocos años contaba cuando caí en su poder por primera vez. Fue desde luego casual, pues fue mucho antes de tener edad de elegir y conocer. No me recuerdo tan joven. Y puede emparejarse mi fortuna con la de Cuartila, que no tenía memoria alguna de su virginidad.

Inde tragus celeresque pili, mirandaque matri

Barba meae.

[De ahí el mal olor y los pelos prematuros
y la barba que deja sorprendida a la madre:

MARCIAL, *epigr.* 11,22,7-8].

Suelen doblegar los médicos con utilidad sus normas ante la violencia de los ávidos deseos que se apoderan de los enfermos; no puede concebirse que esa gana sea tan extraña y viciosa, si la naturaleza la permite. Y además, ¿cuán importante no es el contentar la imaginación? En mi opinión, esta parte influye en todo, más al menos que cualquier otra. Los males más graves y corrientes son aquellos con los que nos carga la imaginación. Este dicho español me gusta por varios motivos: «*Defienda me Dios de my*». Lamento, cuando estoy enfermo, el no tener algún deseo que me ofrezca la satisfacción de saciarlo; apenas si podría apartarme de él la medicina. Lo mismo hago estando sano: no veo más que esperar y querer. Triste es decaer y debilitarse hasta en el deseo.

No es tan seguro el arte de la medicina para que carezcamos de autoridad en todo cuanto hagamos: cambia según las regiones y según las lunas, según Farnel y según Escaligero. Si no considerara bueno vuestro médico que durmáis, que toméis vino o tal otra carne, no os importe: yo os encontraré otro que no sea de esa opinión. La diversidad de argumentos y de teorías médicas abarca todo tipo de formas. He visto a un pobre enfermo reventar y desmayarse de sed por curarse, del cual después burlábase otro médi-

co, condenando esa ocurrencia como perjudicial. ¿Acaso aprovechole su esfuerzo? Recientemente ha muerto un hombre de esta profesión, que se había impuesto extrema abstinencia para combatir su mal; dicen sus colegas que, por el contrario, ese ayuno lo había resecado, cociéndole la arenilla en los riñones.

Heme percatado de que, para las heridas y las enfermedades, el hablar me agita y perjudica tanto como cualquier exceso que cometa. Me cuesta y fatiga la voz, pues la tengo alta y esforzada; hasta el punto de que, cuando me han tenido que escuchar los grandes en asuntos de trascendencia, helos obligado con frecuencia a moderarme la voz. Esta historia merece que me distraiga de lo mío: alguien, en cierta escuela griega, hablaba alto, como yo; rogole el maestro de ceremonias que hablara más bajo: «Indíqueme —dijo él— el tono en el que quiere que hable». Replicole el otro que adoptase el tono según los oídos de aquel al que hablaba. Bien dicho estuvo si ha de entenderse así: «Hablad según lo que queráis decir a vuestro oyente». Pues si quiere decir: «Contentaos con que os oiga», o: «Regulaos según él», encuentro que no es razonable. El tono y el movimiento de la voz tienen cierta expresividad y significado en el sentido, a mí me corresponde el manejarlo para explicarme. Hay voces para instruir, voces para halagar, o para regañar. Quiero que mi voz no solo le llegue, sino que le conmueva y le lacere quizá. Bueno estaría que mi criado, cuando le maltrato con tono agrio y agresivo, me dijera: «Amo, habládme más bajo, os oigo bien». «*Est quaedam vox ad auditum accommodata, non magnitudine, sed proprietate*» [Hay una entonación adaptada al oído, no por su volumen, sino por su propia fuerza expresiva: QUINTILIANO, *inst.* 11,3,40]. Es la palabra mitad del que habla y mitad del que escucha. Este ha de prepararse a recibirla según el sesgo que ella tome. Así como entre aquellos que juegan a la pelota, el que espera se desplaza y apresta según vea moverse al que lanza el tiro y según la forma del tiro.

También me ha enseñado esto la experiencia: que nos pierde la impaciencia. Tienen los males su vida y sus límites, sus enfermedades y su salud.

La constitución de las enfermedades está formada siguiendo el modelo de la constitución de los animales. Tienen su fortuna y sus días contados desde que nacen; el que intenta abreviarlas imperiosamente y a la fuerza, en mitad de su evolución, las alarga y multiplica, y las azuza en lugar de apaciguarlas. Comparto la opinión

de Crantor: que ni hemos de oponernos obstinadamente y a lo loco a los males, ni sucumbir ante ellos por molicie, sino que hemos de ceder naturalmente, según su condición y la nuestra. Se ha de dejar paso a las enfermedades; y creo que me duran menos a mí que las dejo hacer; y se me ha pasado alguna de esas que se consideran más pesadas y tenaces, por propia decadencia suya, sin ayuda ni intervención alguna y contra sus reglas. Dejemos actuar un poco a la naturaleza: entiende más de sus asuntos que nosotros.

«—Mas tal persona murió por ello.

—Lo mismo haréis, si no de este mal, de otro».

¿Y cuántos no han muerto también teniendo a tres médicos encima? Es el ejemplo espejo borroso, general y de muchos sentidos. Si es una medicina voluptuosa, aceptadla; siempre será un bien en mano. No me detendré ante el nombre ni ante el color, si es deliciosa y apetecible. Es el placer una de las principales especies del provecho.

He dejado envejecer y morir en mí de muerte natural catarras, fluxiones gotosas, diarreas, palpitaciones, migrañas y otros accidentes, que se me han quitado cuando me había medio acostumbrado a padecerlos. Conjúraselos mejor con cortesía que provocándolos. Hemos de sufrir resignadamente las leyes de nuestra condición. Estamos aquí para envejecer, debilitarnos, para estar enfermos, a pesar de cualquier medicina. Es lo primero que enseñan los mexicanos a sus hijos cuando, al salir del vientre de sus madres, los saludan así: «Hijo, has venido al mundo para padecer; padece, sufre y calla».

Injusto es dolerse de que le haya acaecido a alguien lo que puede acaecerle a cualquiera, «*indignare si quid in te inique proprie constitutum est*» [Indígnate si alguna norma injusta ha sido establecida directamente contra ti: SÉNECA, *epist.* 91,15]. Mirad a un viejo que pide a Dios le mantenga la salud entera y vigorosa, es decir, le devuelva la juventud.

Stulte quid haec frustra votis puerilibus optas?

[Necio, ¿por qué deseas eso en vano con votos pueriles:

OVIDIO, *trist.* 3,8,11].

¿No es locura? No lo implica su condición. La gota, el cálculo, la indigestión, son síntomas de los muchos años, como de los largos viajes el calor, las lluvias y los vientos. No cree Platón que

Esculapio se esforzase por conseguir, mediante regímenes, prolongar la vida de un cuerpo gastado e imbécil, inútil para su país, inútil para su trabajo y para dar hijos sanos y robustos, y no considera este cuidado conforme a la justicia y la prudencia divina, que ha de dirigir todo a la utilidad. Buen hombre, la cosa está hecha: es imposible enderezaros; como mucho os parchearemos y sujetaremos un poco, alargando vuestra miseria.

*Non secus instantem cupiens fulcire ruinam,
Diversis contra nititur obicibus,
Donec certa dies, omni compage soluta,
Ipsam cum rebus subruat auxilium.*

[No de otro modo cuando se desea
apuntalar lo que amenaza ruina
se lo sujeta con apoyos varios,
hasta que todo el armazón un día
se derrumba a la par que el edificio:

MAXIMIANO, *eleg.* 1,171-174].

Hemos de aprender a soportar aquello que no podemos evitar. Nuestra vida está compuesta, como la armonía del mundo, de cosas contrarias; así también de distintos tonos, suaves y duros, agudos y sordos, blandos y graves. ¿Qué querría decir el músico que solo amase algunos de ellos? Es menester que sepa utilizarlos en común y mezclarlos. Y lo mismo nosotros los bienes y los males, que son consustanciales a nuestra vida. Nada puede nuestro ser sin esta mezcla, y es un aspecto tan necesario como el otro. El intentar forcejear con la necesidad natural es imitar la locura de Ctesifonte que intentaba pelear a patadas con su mula.

Consulto poco en las alteraciones que siento, pues estas gentes llevan ventaja cuando os tienen a su merced: os martillean los oídos con sus pronósticos; y, habiéndome sorprendido antaño debilitado por la enfermedad, tratáronme injuriosamente con sus dogmas y su actitud magistral, amenazándome ora con grandes dolores, ora con una muerte cercana. Ni me derribaban ni me sacaban de mis casillas, mas golpeábanme y empujábanme; si no me cambiaban ni me trastornaban con ello el juicio, si al menos lo molestaban: no deja de ser agitación y combate.

Y yo trato a mi imaginación lo más suavemente que puedo, y librialala, si pudiera, de todo esfuerzo y de toda contestación. Es menester socorrerla y halagarla, y engañarla si es posible. Sirve

mi mente para este servicio: no siempre carece de argumentos; si convenciera como predica, socorreríame felizmente.

¿Queréis un ejemplo? Dice que tener cálculos es lo que más me conviene; que los edificios de mi edad han de sufrir naturalmente alguna gotera (es tiempo de que empiecen a resquebrajarse y a fallar; forzoso es para todos y no se iba a hacer en mí nuevo milagro. ~~Pago así el salario debido a la vejez, y no podría ponerme mejor precio~~); que ha de consolarme la compañía, habiéndome correspondido el achaque más corriente de los hombres de mi tiempo (por todas partes veo a muchos afligidos por el mismo mal, cuyo trato me honra, pues la emprende mayormente con los grandes: tiene su esencia nobleza y dignidad); que de los hombres que lo padecen, pocos hay que salgan mejor parados: cuéstaless la molestia de un régimen enfadoso y la ingestión enojosa y cotidiana de drogas medicinales, mientras que yo se lo debo únicamente a mi buena fortuna: pues algunos caldos corrientes, algo de cardo y de herniario que dos o tres veces me he tragado en honor a las damas, las cuales, con gracia mayor que la acritud de mi mal, ofrecíanme la mitad del suyo, parecíéronme tan fáciles de tomar como inútiles para operar. Han de pagar con mil votos a Esculapio, y con otros tantos escudos a su médico, por la expulsión desahogada y abundante de la arena, de la que yo gozo a menudo por beneficio de la naturaleza. Ni siquiera se ve alterada la decencia de mi compostura en la diaria compañía, y retengo la orina diez horas y durante tanto tiempo como cualquier otro.

«El temor a este mal —me dice— te asustaba antaño, cuando te era desconocido; los gritos y la desesperación de aquellos que lo exacerban con su impaciencia te horrorizaban. Es un mal que te golpea los miembros con los que más has pecado; eres hombre de conciencia.

Quae venit indigne poena, dolenda venit.

[El castigo que viene sin merecerse, doliendo viene:

OVIDIO, *heroid.* 5,8].

Considera este castigo: harto suave es comparado con otros, y de paternal favor. Considera su tardanza: no importuna ni ocupa sino la época de tu vida que de todos modos está ya perdida y estéril, habiéndote dejado tiempo para la licencia y los placeres de la juventud, como por acuerdo. El temor y la piedad que el pueblo sien-

te por este mal sirvente de materia de gloria; cualidad de la que, aunque de ella te hayas purgado el juicio y curado la razón, tus amigos reconocen aún cierto tinte en tu carácter. Es agradable oír decir de uno: «Esto sí que es fuerza, esto sí que es paciencia». Te ven sudar la gota gorda, palidecer, temblar, vomitar hasta echar sangre, sufrir extrañas contracciones y convulsiones, derramar a veces pesadas lágrimas por los ojos, expulsar la orina espesa, negra y espantosa o tenerla retenida por algún cálculo espinoso y erizado que te pincha y araña cruelmente el conducto de la verga, mientras hablas con los asistentes en actitud normal, bromeas en algún momento con los tuyos, sostienes tu postura en una discusión seria, quitas importancia de palabra a tu dolor y rebajas tus sufrimientos. ¿Recuerdas a aquellas gentes del pasado que con tanto entusiasmo perseguían los males para mantener en forma y en ejercicio su virtud? Pon el caso de que la naturaleza te haya llevado y empujado a esta gloriosa escuela en la que jamás habrías entrado por propia iniciativa. Si me dices que es un mal peligroso y mortal, ¿cuál no lo es? Pues es un engaño médico el exceptuar algunos de los que dicen no conducir derecho a la muerte. ¿Qué importa, si van a ella por accidente, resbalando y desviándose fácilmente hacia el camino que a ella nos lleva? Mas no mueres por estar enfermo, mueres por estar vivo. También te mata la muerte sin el socorro de la enfermedad. Y a algunos los han alejado las enfermedades de la muerte, habiendo vivido más cuanto más les parecía estar agonizando. Aparte de que hay enfermedades, como heridas, medicinales y salutíferas. A menudo es el cólico tan longevo como vos; hay hombres a los que les dura desde la infancia hasta la extrema vejez, y, si no lo hubieran dejado solo, habría sido capaz de acompañarlos más lejos; lo matáis más a menudo de lo que os mata él, y aun cuando os ofreciese la imagen de una muerte próxima, ¿no sería acaso un favor para un hombre de tal edad, el obligarle a meditar sobre su fin? Y peor aún, ya no tienes a nadie por quien sanar. De un modo u otro, el primer día la común necesidad te llama. Considera cuán artificiosa y suavemente te quita el gusto por la vida y te desliga del mundo: sin forzarte con tiránica esclavitud, como tantos otros males que ves en los ancianos, a los que continuamente y sin descanso los atormentan de debilidad y dolor, sino con avisos y advertencias repetidos a intervalos, alterando largas pausas de reposo, como para dejarte reflexionar y repasar su lección a tus anchas; para dejarte juzgar sanamente y

tomar partido como hombre de valor, te presenta el estado de tu condición completa, para bien y para mal, y en el mismo día, ora una vida harto alegre, ora insoportable. Si no abrazas a la muerte una vez al mes, al menos le das un apretón de manos. Por lo cual tienes más motivos para esperar que te atrape un día sin amenazarte, y que, habiendo sido tantas veces conducido hasta el puerto, confiado en seguir estando en los términos acostumbrados, os lleve una mañana a ti y a tu confianza a la otra orilla, inopinadamente. No hay por qué quejarse de las enfermedades que comparten el tiempo lealmente con la salud».

Siéntome agradecido a la fortuna por asaltarme tan a menudo con el mismo tipo de armas; me moldea y forma a ellas por costumbre, me endurece y habitúa; ahora sé más o menos de lo que he de librarme. A falta de memoria natural, hágame una de papel, y si algún nuevo síntoma viene a añadirse a mi mal, escríbolo. Por lo que ocurre que, en este momento, habiendo pasado casi por toda suerte de ejemplos, si corro peligro de venirme abajo, hojeando esos pequeños resúmenes deshilvanados como hojas sibilinas, no dejo de hallar algo con lo que consolarme por un pronóstico favorable de mi pasada experiencia. Sirveme también el estar acostumbrado a esperar algo mejor para el porvenir, pues habiendo durado tanto la evolución de este vaciado, es de creer que no cambiará de ritmo la naturaleza y no sufriré accidente peor que el que padezco. Además, la condición de esta enfermedad no se aviene mal con mi carácter brusco y repentino. Témla cuando me ataca suavemente, pues es para mucho tiempo. Mas, normalmente, tiene excesos vigorosos y gallardos; sacúdeme a ultranza durante un día o dos. Permanecieron mis riñones cuarenta años sin alteración; hace ya catorce que cambiaron de estado. Tienen los males su duración como los bienes; quizá esta circunstancia toque a su fin. Disminuye la edad el calor de mi estómago; al ser menos perfecta su digestión, envíame esta materia cruda a los riñones. ¿Por qué no ha de disminuirme igualmente, por cierta revolución, el calor de los riñones, de modo que no puedan ya petrificar la flema, y se encamine la naturaleza a adoptar alguna otra vía de purgación? Los años han terminado de forma evidente con algunos resfriados. ¿Por qué no con estos excrementos que proporcionan materia al cálculo?

Mas ¿hay algo tan dulce como ese súbito cambio, cuando de un dolor extremo paso, al expulsar la piedra, a recobrar como un relámpago la hermosa luz de la salud, tan libre y tan plena, como

ocurre con nuestros súbitos y más duros cólicos? ¿Hay en el dolor sufrido algo que pueda compararse con el placer de tan pronta curación? ¡Cuánto más bella me parece la salud tras la enfermedad, tan próximas y contiguas que puedo reconocerlas en presencia una de otra en su más alto boato cuando se emulan como para hacerse frente y contrarrestarse! Así como los estoicos dicen que los vicios han sido creados útilmente para dar valor y apoyar a la virtud, podemos decir, con más razón y conjetura menos osada, que la naturaleza nos ha prestado el dolor para honor y servicio de la voluptuosidad y el reposo. Cuando Sócrates, tras haber sido liberado de sus cadenas, sintió el ansia de aquel picor que el peso le había causado en las piernas, deleitose considerando la estrecha alianza del dolor y la voluptuosidad, cómo están asociados con relación tan necesaria que se siguen y provocan entre sí alternativamente; y exclamaba que el bueno de Esopo habría debido sacar de esta consideración un cuerpo propio para una hermosa fábula.

Lo que hallo peor de las otras enfermedades es que no son tan graves por su acción como por su desenlace: tarda uno un año en recuperarse, siempre lleno de debilidad y de temor; hay tanto riesgo y tantos peldaños para ponerse a salvo, que nunca se consigue; es extraordinario que antes de que os hayan quitado el gorro y la bufanda, antes de que os hayan devuelto la práctica del aire y del vino, y de vuestra mujer y de los melones, no hayáis caído en nueva desgracia. Tiene esta la ventaja de que se va de una vez, mientras que las demás dejan siempre alguna huella y alteración que hace al cuerpo susceptible de nuevo mal, y se ayudan unas a otras. Llevaderas son estas que se contentan con su dominio sobre nosotros, sin extenderlo ni introducir secuelas; mas corteses y graciosas son aquellas cuyo paso nos aporta alguna útil consecuencia. Desde que padezco el cólico véome libre de otros accidentes, creo que más de lo que antes estaba, y no he tenido fiebre desde entonces. Argumento para ello, que los vómitos frecuentes que sufro me purgan, y por otro lado mis náuseas y los extraordinarios ayunos que padezco digieren los humores malignos, y expulsa la naturaleza con estas piedras cuanto de superfluo y nocivo hay en ella. No me digan que es medicina demasiado cara; pues ¿qué me dirán de tantos brebajes apestosos, tantos cauterios, incisiones, sudores, sedales, dietas y tantas formas de curar que con frecuencia nos producen la muerte por no poder soportar su violencia e importu-

nidad? Así, cuando me veo afectado, tómolo como medicina: cuando estoy sano, tómolo como firme y entera liberación.

He aquí otra cualidad particular de mi mal: es que hace su juego más o menos aparte, dejándome hacer el mío, y, si no ocurre así, no es ello debido sino a falta de valor; helo aguantado diez horas a caballo en su mayor intensidad. Sufrid únicamente, de nada os servirá otro régimen; jugad, comed, corred, haced esto y lo otro, si podéis: vuestros excesos os servirán más que perjudicaros. ¡Decidle lo mismo a un enfermo de viruelas, a un gotoso o a un herniado! Las otras enfermedades tienen influencias más generales, estorban de muy distinto modo nuestros actos, comprometen todo nuestro orden y obligan a que se las tenga en consideración para todo el estado de la vida. Esta no hace más que pellizcar la piel; os deja disponer de vuestro entendimiento y vuestra voluntad, y de la lengua, y los pies y las manos; os despierta más que adormeceros. Se ve el alma agredida por el ardor de unas fiebres, y hundida por una epilepsia, y dislocada por una fuerte migraña, y, en suma, aturdida por todas las enfermedades que agreden la masa cerebral y las partes más nobles. Esta no la ataca. Si le va mal, ¡culpa suya es! Traiciónase ella misma, abandonándose y descomponiéndose. Solo los locos se dejan persuadir de que ese cuerpo duro y compacto que se nos cuece en los riñones puede disolverse con un brebaje; por lo cual, una vez que está en movimiento, no hay sino dejarle paso; de todos modos se lo abrirá él.

Subrayo también esta particular ventaja, que es un mal del que tenemos poco que adivinar. Estamos libres de la agitación que nos producen los otros males por la incertidumbre de sus causas, de su condición, de su progreso, agitación infinitamente penosa. Para nada necesitamos de consultas o interpretaciones doctorales: muéstrannos los sentidos lo que es y dónde está.

Con tales argumentos, fuertes y débiles, al igual que Cicerón el mal de su vejez, trato de adormecer y ocuparme la imaginación, y de suavizar sus heridas. Si mañana empeoraran, mañana recurriremos a otras escapatorias.

Pongamos que sea verdad: he aquí que después, por primera vez, los más ligeros movimientos me hacen expulsar sangre pura de los riñones. ¿Y qué? No por ello dejo de moverme como antes ni de correr tras mis perros con juvenil e insolente ardor. Y creo que salgo muy bien parado de tan importante accidente si solo me cuesta cierta sorda pesadez y alteración en dicha parte. Es una

gran piedra la que me araña y consume la sustancia de los riñones, y la vida que vierto poco a poco, no sin cierta dulzura natural, como un excremento superfluo y molesto ya. ¿Que siento que algo se viene abajo? No esperéis que me ocupe de tomarme el pulso ni de examinar mis orinas para tomar alguna enojosa precaución; a tiempo estaré de sentir el mal, sin alargarlo con el mal del temor. Quien teme sufrir sufre ya por lo que teme. Aparte de que las dudas y la ignorancia de aquellos que se meten a explicar los resortes de la naturaleza, y sus progresos internos, y tantos falsos pronósticos de su arte, han de mostrarnos que tiene esta medios infinitamente desconocidos. Harto inciertas, cambiantes y oscuras son sus promesas y amenazas. Salvo la vejez, que es señal indudable de la proximidad de la muerte, en todos los demás accidentes veo pocos signos del porvenir sobre los que podamos fundar nuestras adivinaciones.

Júzgame solo por lo que verdaderamente siento, no por lo que discorro. ¿Para qué, puesto que no quiero poner de mi parte sino la espera y la paciencia? ¿Queréis saber cuánto gano con ello? Mirad a aquellos que actúan de otro modo y que dependen de tantas y tan diversas persuasiones y consejos: ¡cuán a menudo atormentálos la imaginación sin el cuerpo! Muchas veces disfruté estando a salvo y libre de esos peligrosos accidentes, comunicándoselos a los médicos como si nacieran entonces en mí. Harto a gusto sufrí el decreto de sus horribles conclusiones, quedándole tanto más agradecido a Dios y más enterado de la vanidad de este arte.

Nada hay que tanto se haya de recomendar a la juventud como la actividad y la vigilancia. Nuestra vida no es sino movimiento. Arráncome difícilmente y soy tardío para todo: para levantarme, para acostarme, para las comidas; las siete es para mí muy temprano, y cuando yo mando, ni como antes de las once, ni ceno hasta pasadas las seis. Antaño atribuí la causa de las fiebres y enfermedades en las que me veo sumido a la pesadez y al sopor que me producía tan largo sueño, y siempre me arrepentí de volverme a dormir por la mañana. Platón odia más el exceso en el dormir que en el beber. Gusto de acostarme sobre algo duro, y solo, incluso sin mujer, como un rey, bastante tapado; jamás me calentaba la cama, más, desde que soy viejo, cuando las necesito, me dan mantas para calentarme los pies y el estómago. Reprochábanle al gran Escipión el ser dormilón, a mi parecer, nada más que porque a los hombres les molestaba que solo él careciera de cosa repro-

chable. Si algo particular hay en mis costumbres, es el lecho más que otra cosa; mas cedo y me acomodo en general, como cualquier otro, si es necesario. Ha ocupado el dormir gran parte de mi vida, y sigo haciéndolo ocho o nueve horas de un tirón, aun a esta edad. Evito con utilidad esta perezosa inclinación, y me va claramente mejor; siento algo el golpe del cambio, mas en tres días es cosa hecha. Y apenas si sé de alguien que viva con menos cuando es menester, ni que se ejercite más constantemente, ni a quien pesen menos los trabajos. Es capaz mi cuerpo de una agitación firme, mas no vehemente ni súbita. Evito ya los ejercicios violentos y que me hagan sudar: se me cansan los miembros antes de calentarseme. Aguanto de pie todo un día y no me canso de pasear; mas, por el arroyo, desde mi más tierna edad, solo gusté de ir a caballo; a pie, me ensucio hasta las nalgas, y los bajos están expuestos por esas calles a que les den empujones y codazos, por falta de estatura. Y siempre me ha gustado descansar, ya sea echado o sentado, con las piernas tanto o más altas que el asiento.

No hay ocupación más amena que la militar, ocupación noble por su ejecución (pues la virtud más fuerte, generosa y soberbia de todas es el valor) y noble por su causa; no hay utilidad ni más justa, ni más universal que la de la protección de la tranquilidad y la grandeza del propio país. Gozáis con la compañía de tantos hombres nobles, jóvenes, activos, viendo de ordinario tantos espectáculos trágicos, con la libertad de esa conversación sin artificio, y con un modo de vida varonil y sin ceremonia, con la variedad de mil actividades diversas, con esa valerosa armonía de la música guerrera que os levanta y enardece los oídos y el alma, con el honor de este ejercicio, hasta con su dureza y dificultad, estimadas en tan poco por Platón, que en su república hacía partícipes de ella a las mujeres y a los niños. Os entregáis a las misiones y a los peligros particulares según juzguéis de su brillo e importancia, en cuanto soldado voluntario, y veis cuándo ha de ser entregada justificadamente hasta la misma vida,

Pulchrumque mori succurrit in armis.

[... y cuán hermoso

es morir en la lucha: VIRGILIO, *Aen.* 2,317].

El temer los peligros comunes que atañen a tan grande gentío, el no osar aquello que tantas suertes de almas osan, es propio de

un corazón débil y desmesuradamente bajo. Da seguridad la compañía incluso a los niños. Si otros os superan en ciencia, en gracia, en fuerza, en fortuna, podéis achacarlo a causas ajenas, mas si lleváis las de perder en firmeza de ánimo, solo os lo podéis achacar a vos. Es la muerte más abyecta, más lenta y penosa en el lecho que en el combate; las fiebres y las pulmonías, tan dolorosas y mortales como un arcabuzazo. Quien fuera capaz de soportar valerosamente los accidentes de la vida común no habría de aumentar su valor para hacerse soldado. «*Vivere, mi Lucili, militare est*» [Pues, Lucilio, vivir es asunto de soldados: SÉNECA, *epist.* 96,5].

No recuerdo haber tenido sarna nunca. Es sin embargo el rascar-se una de las satisfacciones más dulces de la naturaleza y más a mano. Mas conlleva una penitencia demasiado próxima e importuna. Práctico más con las orejas, que me pican por dentro a temporadas.

Nací con todos los sentidos enteros casi a la perfección. Tengo bien el estómago, como la cabeza, y también los pulmones. Hace ya seis años que cumplí los cincuenta, edad en la que algunas naciones, no sin motivo, habían fijado un final tan estricto a la vida, que no permitían excederla. Aun así tengo aún recuperaciones, que, aunque inconstantes y cortas, son tan claras que poco tienen que envidiar a la salud indolora de mi juventud. No hablo del vigor ni de la alegría; no es lógico que me acompañen fuera de sus límites:

*Non haec amplius est liminis, aut aquae
Caelestis, patiens latus.*

[... No será perpetua

la paciencia de este cuerpo en tus umbrales
y bajo el agua del cielo: HORACIO, *carm.* 3,10,19].

Descúbreme mi rostro de inmediato, y mis ojos; todos mis cambios empiezan por ellos, y algo más amargos de lo que son en realidad; inspiro lástima a mis amigos antes de sentir el motivo. No me asusta el espejo, pues, incluso en mi juventud, ocurriome más de una vez el tener un color así y un aspecto ojeroso y de mal agüero, sin grandes consecuencias; hasta el punto de que los médicos, que no hallaban en mi interior causa alguna que motivase aquella alteración externa, atribuíanla al espíritu y a alguna secreta pasión que me reconcomía por dentro: erraban. Si se dejase el cuerpo gobernar por mí tanto como el alma, funcionaríamos algo mejor. Teníala entonces no solo exenta de agitación, sino incluso

llena de satisfacción y de fiesta, como suele estar de ordinario, mitad por naturaleza, mitad por propósito propio:

Nec vitiant artus aegrae contagia mentis.

[Y los contagios de mi mente enferma
no afligen mis miembros: OVIDIO, *trist.* 3,8,25].

Creo que este temperamento suyo ha levantado muchas veces al cuerpo de sus caídas: está con frecuencia abatido. Pues, si no está feliz, al menos está tranquila y reposada. Padebí fiebres cuartanas durante cuatro o cinco meses, desfigurándome mucho; tuve siempre el espíritu no solo apacible sino contento. Si está el dolor fuera de mí, no me entristecen ni la debilidad ni el cansancio. Sé de muchos males corporales cuyo solo nombre produce horror, que temería menos que mil pasiones y agitaciones del espíritu que veo vivas. Tomo el partido de no correr ya, hartos es si me arrastro: ni me quejo de la natural decadencia que sufro,

Quis tumidum guttur miratur in Alpibus?

[¿Quién se extraña de un cuello hinchado en los Alpes?:

JUVENAL 13,162].

Como tampoco lamento que no sea mi vida tan larga y entera como la de un roble.

No tengo queja de mi imaginación: pocos pensamientos he tenido en mi vida que me hayan siquiera interrumpido el sueño, a no ser los del deseo, los cuales me despertaban sin afligirme. No suelo soñar; y cuando lo hago, son cosas fantásticas y quimeras formadas comúnmente por pensamientos agradables, más ridículos que tristes. Y creo que es verdad que los sueños son leales intérpretes de nuestras inclinaciones, mas es menester tener habilidad para combinarlos y entenderlos.

*Res quae in vita usurpant homines, cogitant, curant, vident,
Quaeque agunt vigilantes, agitantque, ea sicut in somno accidunt,
Minus mirandum est.*

[Las cosas que los hombres alcanzan en la vida,
lo que piensan, procuran y ven,
lo que hacen y persiguen despiertos,
no hay que admirarse si se le presentan a uno
como en un sueño: ACIO, *Brutus*, cit. por CICERÓN, *div.* 1,45].

Platón va aún más lejos diciendo que es misión de la sabiduría el sacar de ellos enseñanzas adivinatoras del porvenir. Nada sé de esto sino las prodigiosas experiencias que cuentan Sócrates, Jenofonte, Aristóteles, personajes de autoridad irreproachable. Cuentan las historias que los atlantas no sueñan jamás, que tampoco comen cosa alguna que haya sido matada, cosa que afirmo, pues es quizá el motivo por el que no sueñan. Pues Pitágoras recetaba cierta preparación de alimentos para tener sueños propicios. Los míos son dulces y no me producen ninguna agitación del cuerpo ni emisión de voz. Vi a muchos en mis tiempos a los que agitaban extraordinariamente. Paseábase soñando el filósofo Teón, y el criado de Pericles hasta sobre las tejas y por lo alto de la casa.

Apenas si elijo en la mesa, cojo lo primero y más cercano, y cambio con dificultad de un sabor a otro. Desagrádame la multitud de platos y de servicios tanto como cualquier otra multitud. Conténtome fácilmente con pocas viandas; y odio la opinión de Favorino de que en un festín han de retiraros la carne que os apetece para sustituirlosla siempre por una nueva, y de que es mísera comida si no se sacia a los comensales con muslos de distintos pájaros, y que solo el papafigo merece ser comido entero. Como normalmente carnes saladas; por ello prefiero el pan sin sal y en mi casa no saca otro a la mesa el panadero, contra lo que es costumbre en el país. Hubieron de corregirme en mi infancia por rechazar las cosas que normalmente gustan más a esa edad: dulces, mermeladas, pasteles. Combatí mi aya ese odio por los manajares delicados, como una especie de exquisitez. Y desde luego no es más que un gusto difícil, se aplique a lo que se aplique. Quien le quite a un niño cierta particular y obstinada inclinación por el pan negro y el tocino, o por el ajo, quítale un capricho. Hay algunos que se hacen los duros y resignados por echar de menos el buey y el jamón cuando hay perdices. Buena jugada: es la exquisitez de los exquisitos; es el gusto de un destino muelle que ya no goza con las cosas normales y acostumbradas en una situación de molición, «*per quae luxuria divitiarum taedio ludit*» [con la que se divierte el lujo por hastío de sus riquezas: SENECA, *epist.* 18,7]. No ser capaz de comer bien con lo que otro lo hace, poner gran cuidado en la propia manutención, es la esencia de este vicio:

Si modica caenare times olus omne patella.

[Si temes cenar un módico único plato de legumbres:

HORACIO, *epist.* 1,5,2].

Por supuesto, no deja de haber esta diferencia: que vale más atarse a cosas fáciles de conseguir, mas sigue siendo un vicio el atarse a algo. Antaño consideraba yo sibarita a un pariente mío que había perdido la costumbre en las galeras de usar la cama y de desnudarse para acostarse.

Si tuviera hijos varones, desearía de corazón mi destino. El buen padre que Dios me dio (por el que no siento sino agradecimiento por su bondad, en verdad que hartó gallarda) enviome desde la cuna a educarme a un pobre pueblo de los suyos, y tívome allí mientras necesité de nodriza, y más aún, acostumbrándome al modo de vida más bajo y común: «*Magna pars libertatis est bene moratus venter*» [Una gran parte de la libertad está en el vientre bien morigerado y capaz de soportar las privaciones: SENECA, *epist.* 123,3]. No os encarguéis vos jamás, y aún menos vuestras mujeres, de su crianza; dejad que los forme la fortuna con leyes populares y naturales; dejad que la costumbre les enseñe frugalidad y austeridad: que más bien hayan de descender de la dureza que subir hacia ella. Aspiraba también a otra cosa, a unirme con el pueblo y con los hombres de condición tal que necesitan de nuestra ayuda, y quería que me sintiese forzado a mirar a aquel que me tendiera los brazos antes que a aquel que me volviera la espalda. Y fue también por esta razón por lo que hizo que me apadrinaran personas de la más abyecta fortuna, para que me sintiera obligado y ligado a ellas.

No resultaron mal sus propósitos: entrégome de buen grado a los pequeños, ya sea porque hay en ello mayor gloria, ya sea por compasión natural, la cual tiene sobre mí poder infinito. El partido que condene en nuestras guerras, lo condenaré más duramente viéndolo floreciente y próspero; reconciliaréme de algún modo con él si lo viera mísero y abrumado. ¡Cuánto admiro la hermosa actitud de Chelonis, hija y mujer de reyes de Esparta! Mientras su marido Cleombroto, en los desórdenes de su ciudad, llevó las de ganar contra Leónidas, su padre, ella hizo el papel de buena hija, aliose con su padre en el exilio, en la miseria, oponiéndose al victorioso. ¿Que la suerte vino a cambiar? Ved cómo cambia de querer con la fortuna, apoyando valerosamente a su marido, al que siguió a todas partes adonde le llevó su ruina, sin tener, según parece, otra idea que el lanzarse al partido que más la necesitara y en el que se mostrara más piadosa. Sigo de forma más natural el ejemplo de Flaminio, que se entregaba a aquellos que lo necesitaban más que a aquellos que

podían favorecerle, que el de Pirro, inclinado a rebajarse ante los grandes y a ensoberbecerse ante los pequeños.

Me desagradan y perjudican las largas comidas: pues, quizá por haberme acostumbrado desde niño, a falta de nada mejor que hacer, como tanto rato como estoy en la mesa. Por ello, en mi casa, aunque sean cortas, gusto de sentarme algo después que los demás, a ejemplo de Augusto; mas no le imito en el hecho de levantarme también antes que los demás. Al contrario, gusto de reposar largo tiempo después, y de oír hablar, con tal de no mezclarme en ello, pues me canso y me hace daño el charlar con el estómago lleno, así como hallo el ejercicio de gritar y discutir antes de comer muy saludable y ameno. Eran más razonables que nosotros los antiguos griegos y romanos, lo hacían mejor que nosotros, pues asignaban varias horas y la mayor parte de la noche a la alimentación, que es un acto principal de nuestra vida, si no les distraía de ello otra ocupación extraordinaria, comiendo y bebiendo menos apresuradamente que nosotros, que realizamos a toda prisa nuestros actos, y prolongando este placer natural, para más entretenimiento y utilidad, acompañándolo de varias clases de conversación provechosas y agradables.

Aquellos que han de cuidarse de mí podrían evitarme sin dificultad cuanto consideren dañino para mí; pues en tales cosas, jamás deseo ni echo en falta aquello que no veo; mas, del mismo modo, pierden el tiempo predicándome la abstinencia de aquellas que tengo delante. De manera que, cuando quiero ayunar, he de separarme de los demás comensales, y han de ofrecerme estrictamente lo que necesito para una colación ordenada; pues, si me siento a la mesa, olvido mi resolución.

Cuando ordeno que cambien el aderezo de alguna carne, saben mis gentes que eso quiere decir que tengo poco apetito y que no la probaré. Todas aquellas que pueden sufrirlo, prefiriérolas poco hechas y muy condimentadas, hasta llegar a la alteración del sabor de muchas de ellas. Por lo general, solo me molesta la dureza (para cualquier otra cualidad soy más indiferente y sufrido que los demás hombres), de modo que, contra el gusto común, ocurrame el encontrar incluso entre los pescados algunos demasiado frescos y algunos demasiado sólidos. No es culpa de mis dientes, los cuales siempre tuve excelentes, sin haberse visto amenazados hasta ahora por la edad. Aprendí desde la infancia a frotármelos con la servilleta, por la mañana, y antes y después de comer.

Dios favorece a aquellos a los que les sustrae la vida poco a poco; es el único beneficio de la vejez. La muerte definitiva será tanto menos plena y perjudicial; no matará sino a medio hombre o a un cuarto. He aquí que se me acaba de caer un diente, sin dolor, sin esfuerzo: era el término natural de su duración. Y esta parte de mi ser y muchas otras están ya muertas, otras medio muertas, de las más activas y de las que ocupaban el primer lugar cuando el vigor de mi juventud. Deshágame así escapándome de mí mismo. ¿Qué necedad será que sienta mi entendimiento el salto de esta caída ya tan avanzada, como si fuera entera? No lo espero.

En verdad que obtengo principal consuelo, al pensar en mi muerte, del hecho de que sea justa y natural, y de que ya no pueda exigir en esto, ni esperar del destino favor legítimo alguno. Creen los hombres que tuvieron antaño vida más grande, así como estatura más grande. Mas Solón, que es de aquellos viejos tiempos, limita sin embargo su extrema duración a setenta años. ¿Aspiraría yo, que tanto y tan universalmente he adorado este ἀριστον μετρίον [la mejor mediocridad, *aurea mediocritas*] del pasado y he considerado el término medio como la medida más perfecta, a una vejez desmesurada y monstruosa? Todo cuanto viene a contraccorriente de la naturaleza puede ser enojoso, mas aquello que viene conforme a ella ha de ser siempre agradable. «*Omnia, quae secundum naturam fiunt, sunt habenda in bonis*» [Todas las cosas que se hacen según la naturaleza hay que darlas por buenas: CICERÓN, *Cato.sen.* 71]. Así, dice Platón, es violenta la muerte provocada por las heridas o enfermedades, mas aquella que nos sorprende habiéndonos conducido hasta ella la vejez es la más liviana de todas y, en cierto modo, deliciosa. «*Vitam adolescentibus vis aufert senibus maturitas*» [La violencia quita la vida a los jóvenes, y la madurez se la quita a los viejos: CICERÓN, *Cato.sen.* 71].

Mézclase la muerte y confúndese siempre con nuestra vida: la decadencia anuncia con antelación su hora y se infiltra durante el curso de nuestro propio progreso. Tengo retratos míos a los veinticinco y treinta y cinco años; compárolos con mi aspecto actual: ¡cuántas veces ya no soy yo! ¡Cuánto más lejos está mi imagen presente de aquellas que de la de mi defunción! Es abusar demasiado de la naturaleza el arrastrarla tan lejos, que se vea obligada a abandonarnos, y a dejar nuestra conducta, nuestros ojos, nuestros dientes y nuestras piernas a merced de ayuda ajena y mendigada, y a ponernos en manos del arte, cansada de seguirnos.

No me gustan excesivamente ni las lechugas, ni la fruta, salvo los melones. Odiaba mi padre toda suerte de salsas: a mí me gustan todas. Me hace daño el comer demasiado; mas aún no sé con certeza de ninguna vianda que, por su naturaleza, me perjudique; como tampoco me influyen ni la luna llena, ni la nueva, ni el otoño, ni la primavera. Tenemos fluctuaciones inconstantes y desconocidas; pues, por ejemplo, los rábanos parecieronme primero buenos, luego malos, y ahora otra vez buenos. En muchas cosas siento que mi apetito y mi estómago van cambiando así: paseme del blanco al clarete y luego del clarete al blanco. Me apasiona el pescado y es para mí la Cuaresma Carnaval y días de fiesta los de ayuno; creo lo que dicen algunos, que es más fácil de digerir que la carne. Así como me remuerde la conciencia el comer carne los días de pescado, así también ocurreme con el gusto, si mezclo el pescado con la carne: paréceme esta diversidad demasiado grande.

Desde mi juventud, saltame a veces alguna comida: o bien con el fin de avivar mi apetito del día siguiente, pues, así como Epicuro ayunaba y hacía comidas parcas para acostumar a su voluptuosidad a prescindir de la abundancia, yo, por el contrario, lo hacía para habitar a mi voluptuosidad a hacer mejor provecho y a servirse más alegremente de la abundancia; o bien ayunaba para conservar el vigor al servicio de alguna actividad del cuerpo o del espíritu; pues entumécenseme cruelmente tanto el uno como el otro con la repleción, y odio sobre todo ese necio ayuntamiento de una diosa tan sana y alegre con ese dioscecillo indigesto y flatulento, harto de vapores etílicos; o bien para curarme el estómago enfermo; o por carecer de compañía apropiada, pues digo, también como Epicuro, que no se ha de mirar tanto lo que se come como con quién se come, y alabo a Kilom por no haber querido prometer su asistencia al festín de Periandro sin informarse antes de quiénes eran los convidados. No hay para mí aderezo tan dulce, ni salsa tan apetitosa, como la que se obtiene de la sociedad.

Creo que es más sano comer menos y mejor, y comer más a menudo. Mas quiero hacer valer el apetito y el hambre: no me agradaría en modo alguno el arrastrar, al estilo médico, tres o cuatro miserables comidas obligadas al día. ¿Quién me asegura que la gana que tengo abierta esta mañana la volveré a tener en la cena? Aprovechemos, sobre todo los viejos, la primera ocasión oportuna que se nos presente. Dejemos las efemérides para los fabricantes de almanaques y para los médicos. El fruto último de la

salud es la voluptuosidad: cojamos la primera presente y conocida. Quien quiera que algo le sirva huya de repetirlo; nos endurecemos, nuestras fuerzas se nos duermen con ello; seis meses después os habréis acostumbrado tanto el estómago que el único provecho será el haber perdido la libertad de usar de él de otra manera sin perjuicio.

No llevo ni piernas ni muslos más cubiertos en invierno que en verano, con unas sencillas medias de seda. Accedí a ponerme calor en la cabeza como remedio para mis catarros, y en el vientre para el cólico; habituáronse mis males en pocos días y desdeñaron mis ordinarias precauciones. Había pasado de una boina a un verdugo y de un bonete a un gorro forrado. El relleno del jubón ya no me sirve sino de adorno: nada me hace si no le añado una piel de liebre o de buitre y una gorra para la cabeza. Seguid esta gradación, estaréis apañados. Nada de esto haré, y de buena gana desandaré el camino andado, si osara. ¿Que caéis en algún mal nuevo? Ya no os sirve este arreglo: os habéis acostumbrado, buscad otro. Piérdense así aquellos que se dejan dominar por rígidos regímenes obligándose supersticiosamente, necesitan de más y más: nunca se acaba.

Para nuestras ocupaciones y para el placer, es harto mejor, como hacían los antiguos, saltarse el almuerzo y dejar el buen comer para la hora de retirarse a descansar, sin partir el día: eso hacía yo antaño. Al contrario, para la salud, he visto después por experiencia que vale más almorzar, y que se hace mejor la digestión en vela.

No soy propenso a sentir sed, ni sano ni enfermo: con frecuencia tengo la boca seca, mas sin sed; generalmente solo bebo por las ganas que me vienen al comer y estando la comida muy avanzada. Bebo bastante para un hombre normal: en verano y durante una comida apetitosa no solo supero los límites de Augusto, que no bebía más que tres veces exactamente; sino que, para no contrariar la norma de Demócrito, que prohibía quedarse en cuatro por ser un número de mala suerte, llego, si es necesario, hasta cinco, un sextario y medio más o menos; pues los vasos pequeños son mis favoritos y gusto de vaciarlos, cosa que evitan otros por ser descortesía. Casi siempre mezclo el vino con la mitad de agua y a veces con un tercio. Y cuando estoy en casa, siguiendo una antigua costumbre recetada por el médico a mi padre y a sí mismo, se mezcla el que necesito ya en la bodega, dos o tres horas antes de ser-

virlo. Dicen que fue Cranao, rey de los atenienses, el inventor de esta costumbre de mezclar el vino con agua; con o sin utilidad, he visto discutir sobre ello. Considero más conveniente y más sano que no lo tomen los niños hasta los dieciséis o los dieciocho años. La forma de vida más usual y común es la más bella: paréceme que se ha de evitar toda originalidad y desagradariame tanto un alemán que echase agua al vino como un francés que lo bebiera puro. El uso público autoriza tales cosas.

Temo el aire viciado y lucho a muerte contra el humo (la primera reparación que realicé en mi casa fue la de chimeneas y retretes, defecto insoportable común a los viejos edificios), y entre las dificultades de la guerra cuento esas espesas polvaredas en las que nos tienen sumidos, al sol, durante toda una jornada. Respiro libre y fácilmente, y suelen pasármese los catarros casi siempre sin atacarme al pulmón y sin tos.

Es para mí el rigor del verano peor enemigo que el del invierno; pues, aparte de la molestia del calor, menos subsanable que la del frío, y además de las insolaciones, resientense mis ojos con cualquier luz deslumbrante: no podría ahora comer sentado frente a un fuego ardiente y luminoso. Para amortiguar la blancura del papel, en los tiempos en los que acostumbraba a leer más, ponía sobre el libro un trozo de vidrio, y sentíame hartito aliviado. Hasta ahora no sé lo que es usar lentes y veo a tanta distancia como siempre y como cualquier otro. Verdad es que al declinar el día comienzo a sentir molestias y debilidad al leer, ejercicio que siempre me cansó los ojos, sobre todo por la noche. Es este un paso atrás, a todas luces sensible. Retrocederé otro; del segundo al tercero, del tercero al cuarto, tan quedo que habré de estar ya ciego declarado para sentir la decadencia y la vejez de mi vista. Así de artificialmente desenrolla la Parca nuestra vida. Igualmente dudo de si empiezo a quedarme duro de oído, y ya veréis cómo, cuando haya perdido la mitad, la emprenderé aún con la voz de los que me hablan. Es muy necesario tensar el alma para hacerle sentir cómo se nos escapa.

Es mi andar rápido y seguro; y no sé cuál de los dos, si el espíritu o el cuerpo, se ha detenido más difícilmente en el mismo punto. Gran amigo he de ser del predicador para que capte mi atención durante todo el sermón. En los lugares de ceremonia en los que todos están tan envarados en apariencia, en los que he visto a las damas tener incluso los ojos tan fijos, nunca he aguantado hasta el final sin que alguna de mis partes haga alguna extravagancia;

aunque esté sentado, estoy poco asentado. Así como la camarera del filósofo Crisipo decía de su señor que no estaba ebrio más que con las piernas (pues tenía la costumbre de moverlas en cualquier asiento en el que se hallase, y decía que mientras el vino excitaba a los demás, él no sentía alteración alguna), así podría decirse desde mi infancia que tenía demencia en los pies, o mercurio, de tanto como se mueven y de tan inconstantes como son cualquiera que sea el lugar en el que los ponga.

Es indecente, además de perjudicial para la salud e incluso para el placer, el comer con gula como yo: muérmome a menudo la lengua y a veces los dedos, por la prisa. Diógenes, habiendo visto a un niño que comía así, abofeteó a su preceptor. Había en Roma gentes que enseñaban a masticar, como a andar, con gracia. Esto me impide hablar, lo cual es dulce condimento de las comidas, con tal que igualmente lo sean las conversaciones, amenas y cortas.

Existen celos y envidias entre nuestros placeres: estórbanse entre sí y chocan unos con otros. Alcibiades, hombre hartito entendido en el buen yantar, expulsaba incluso la música de la mesa para que no enturbiara el deleite de la conversación, alegando, según Platón, que es costumbre de hombres del pueblo el llamar a músicos y cantores para sus festines, a falta de los buenos discursos y las agradables charlas con las que las gentes de entendimiento saben festejarse entre sí.

Esto pide Varrón al convite: una reunión de personas de hermosa presencia y agradable conversación, que no sean ni mudas ni charlatanas; viandas limpias y exquisitas, y tiempo sereno. No es fiesta poco artificiosa ni poco voluptuosa una comida bien cuidada: ni los grandes jefes guerreros ni los grandes filósofos rechazaron su práctica y su ciencia. Mi imaginación le ha dado a guardar tres a mi memoria, que me hizo particularmente dulces la fortuna en distintos momentos de mi edad más floreciente, pues cada convidado aporta el encanto principal, según el buen estado del cuerpo y del alma en el que se halle. Mi situación actual me priva de ello.

Yo, que tengo los pies bien en la tierra, odio esa sapiencia inhumana que quiere hacernos desdeñosos y enemigos de la cultura del cuerpo. Considero igual injusticia el aceptar a contrapelo las voluptuosidades naturales que el tomarlas demasiado a pecho. Jerjes era un fatuo que, rodeado de todas las voluptuosidades humanas, ofrecía un premio a todo aquel que le proporcionase otras. Mas no es menos fatuo aquel que elimina las que la naturaleza le

ha presentado. No hemos de perseguirlas ni rechazarlas, hemos de aceptarlas. Acéptolas algo más generosa y graciosamente, y prefiero dejarme llevar por la inclinación natural. Para nada hemos de exagerar su inanidad; hartos se deja sentir y se manifiesta. Merced a nuestra mente enfermiza, aguafiestas, que nos asquea de ellas como de sí misma: trátase a sí misma y a todo cuanto recibe, ora arriba, ora abajo, según su ser insaciable, vagabundo y versátil.

Sincerum est nisi vas, quodcumque infundis, acescit.

[A menos que la vasija esté limpia, cuanto viertas se agria:

HORACIO, *epist.* 1,2,54].

Yo, que me jacto de abrazar con tanto entusiasmo los bienes de la vida, y tan particularmente, cuando los miro así con atención, casi no hallo en ellos sino viento. Mas qué, no somos sino viento en todo. Y aun el viento, más sabiamente que nosotros, gusta de moverse, de agitarse, y se contenta con sus propias funciones, sin desear la estabilidad ni la solidez, cualidades que no son suyas.

Son los placeres puros de la imaginación, así como los disgustos, dicen algunos, los más grandes, como lo expresaba la balanza de Critolao. No es de extrañar: fabrícaselos a su gusto y córtaselos de una pieza. Todos los días veo ejemplos insignes y, quizá, deseables. Mas yo, que soy de condición mixta, tosco, no puedo morder tan a fondo en ese solo objeto tan simple, sin dejarme llevar pesadamente por los placeres presentes de la ley humana y general, intelectualmente sensibles, sensiblemente intelectuales. Los filósofos cirenaicos consideran más fuertes los placeres corporales, como también los dolores, y dobles y más justos.

Hay algunos que, por feroz estupidez, como dice Aristóteles, siéntense hartos de ellos. Conozco a algunos que lo hacen por ambición; ¿por qué no renuncian también a respirar? ¿Por qué no viven de lo suyo propio y no rechazan la luz, que es gratuita y no les cuesta ni invención ni vigor? Que los sustente Marte, o Palas, o Mercurio, en lugar de Venus, Ceres o Baco, a ver: ¿acaso no buscarán la cuadratura del círculo, acostados sobre sus mujeres! Odio que se nos ordene tener el espíritu en las nubes, mientras tenemos el cuerpo en la mesa. No quiero que el pensamiento se quede clavado ni tendido allí, mas quiero que se aplique, que se asiente, no que se repantingue. Aristipo solo defendía el cuerpo, como si no tuviéramos alma; Zenón solo se ocupaba del alma, como si no tu-

viéramos cuerpo. Ambos erróneamente. Pitágoras, según dicen, siguió una filosofía enteramente contemplativa; Sócrates, una toda de costumbres y de actos; Platón halló el término medio entre los dos. Mas dicen eso por decir, y la verdadera medida se halla en Sócrates, y Platón es hartos más socrático que pitagórico, y le va mejor.

Cuando bailo, bailo; cuando duermo, duermo; incluso cuando me paseo en solitario por un hermoso jardín, si mis pensamientos se ocupan de ocurrencias ajenas durante cierta parte del tiempo, durante la otra parte los vuelvo al paseo, al jardín, a la dulzura de esa soledad y a mí mismo. Siempre ha observado esto maternalmente la naturaleza, que los actos que nos ha impuesto por necesidad nos sean también voluptuosos, y nos invita a ellos no solo con la razón sino también con el apetito: es injusto corromper esas reglas.

Cuando veo a César y a Alejandro, en lo más duro de su gran tarea, gozar tan plenamente de los placeres naturales, y por consiguiente necesarios y justos, no digo que debiliten su alma, digo que la fortalecen; sometiendo con vigoroso coraje a la vida ordinaria esas violentas ocupaciones y esos laboriosos pensamientos. Sabios, si hubieren creído que era aquella su misión ordinaria y esta la extraordinaria. Somos grandes locos:

«Se ha pasado la vida ocioso —decimos—; no he hecho nada hoy».

—¿Cómo? ¿Es que no habéis vivido? Esa es no solo la fundamental, sino la más ilustre de vuestras ocupaciones.

—Si me hubieran enfrentado a grandes empresas, habría mostrado lo que sabía hacer.

—¿Habéis sabido meditar y dirigir vuestra vida? Habéis hecho el trabajo mayor de todos».

Para mostrarse y lucirse, para nada necesita la naturaleza de la fortuna, muéstrase igualmente en todos los niveles, y detrás, como sin telón. Componer nuestra conducta es nuestro oficio, no componer libros, y ganar, no batallas ni provincias, sino el orden y la tranquilidad de nuestro proceder. Nuestra obra de arte grande y gloriosa es vivir convenientemente. Todas las demás cosas, reinar, atesorar, construir, no son sino apéndices y adminículos, como mucho. Disfruto viendo a un general del ejército al pie de un desfiladero que quiere luego atacar, entregándose por entero y libremente a la comida, a la conversación, con sus amigos; y a Bruto robar

a sus rondas alguna hora de la noche para leer y resumir a Polibio con calma, teniendo el cielo y la tierra conspirando contra él y contra la libertad romana. Es propio de almas pequeñas, aplastadas por el peso de los asuntos, el no saber librarse de ellos, el no saber dejarlos y volverlos a tomar:

*o fortes peioraque passi
Mecum saepe viri, nunc vino pellite curas
Cras ingens iterabimus aequor.*
[Valientes guerreros que trances peores
pasasteis conmigo, que el vino las cuitas expulse:
mañana a surcar volveremos el piélago inmenso:

HORACIO, *carm.* 1,7,30-32].

Ya sea por broma, ya sea de veras, por lo que el vino teologal y Sorbónico, y sus festines, hayan pasado a ser proverbiales, considero que es lógico que coman tanto más provechosa y agradablemente cuanto que han dedicado la mañana útil y seriamente al ejercicio de su escuela. El convencimiento de haber repartido bien las otras horas es un justo y sabroso condimento de las comidas. Así vivieron los sabios; y esa inimitable consagración de la virtud que nos asombra en uno y otro Catón, esa actitud severa hasta llegar a la importunidad, sometiose y plegose así blandamente a las leyes de la condición humana y de Venus y de Baco, siguiendo los preceptos de su secta, que exigían que el sabio perfecto fuera tan experto y entendido en la práctica de las voluptuosidades naturales como en cualquier otro deber de la vida. «*Cui cor sapiat, ei et sapiat palatus*» [La delicadeza espiritual no excluye la delicadeza del paladar: CICERÓN, *fin.* 2,24].

Paréceme que la flexibilidad y la facilidad honran maravillosamente y convienen más a un alma fuerte y generosa. No pensaba Epaminondas que el participar en el baile de los mozos de su ciudad, el cantar, el tocar y el entregarse a fondo, fuese cosa que disminuyera el honor de sus gloriosas victorias y la perfecta pureza de costumbres que en él reinaba. Y de tantos actos admirables de Escipión el Viejo, personaje digno de ser considerado como de origen celestial, ninguno le presta mayor encanto que el jugar espontánea y puerilmente a amontonar y seleccionar conchas, y corretear a lo largo de la marina con Lelio, y, cuando hacía mal tiempo, divertirse y disfrutar representando por escrito, en comedia,

los actos más populares y bajos de los hombres, y visitar las escuelas en Sicilia con la cabeza ocupada por la prodigiosa empresa de Aníbal y de África, y asistir a las lecciones de filosofía hasta armar los dientes de la ciega envidia de sus enemigos en Roma. Y nada es más llamativo de Sócrates que el sacar tiempo, siendo ya muy viejo, para aprender a bailar y a tocar instrumentos, y tenerlo por bien empleado.

Viósele a este en éxtasis, de pie, un día entero y una noche, en presencia de todo el ejército griego, sorprendido y arrebatado por algún profundo pensamiento. Viósele correr el primero, entre tantos hombres valientes del ejército, en socorro de Alcibiades acosado por los enemigos, a cubrirlo con su cuerpo y librarlo de aquel paso con la fuerza de las armas, y presentarse el primero entre todo el pueblo de Atenas, dolido como él por tan indigno espectáculo, a ayudar a Terámenes, al que los acólitos de los treinta tiranos llevaban a la muerte; y no desistió de aquella osada empresa, sino por los reproches del propio Terámenes, a pesar de que solo le hubieran seguido dos en total. Viósele mantener severa castidad cuando fue necesario, perseguido como estaba por una belleza a la que amaba. Viéronle en la batalla deliana levantar y salvar a Jenofonte, derribado del caballo. Viéronle continuamente en la guerra andar y pisar el hielo con los pies descalzos, llevar la misma ropa en invierno que en verano, superar a todos sus compañeros en paciencia y en trabajo, no comer en los festines de otro modo que de ordinario. Viósele, durante veintisiete años, soportar el hambre, la pobreza, la rebeldía de sus hijos, los zarpazos de su mujer, y al fin, la calumnia, la tiranía, la prisión, las cadenas y el veneno, sin que su rostro se alterase. Mas este hombre, obligado como se vio por deber de civismo, a beber la cicuta, era también aquel del ejército que conservó la victoria; y no se negaba ni a jugar a la taba con los niños, ni a correr con ellos sobre un caballo de madera; y hacíalo de buen grado; pues todas las actividades, dice la filosofía, convienen y honran por igual al sabio. Tenemos motivos para ello y no hemos de cansarnos jamás de presentar la imagen de este personaje en todos sus aspectos y formas de perfección. Pocos ejemplos de vida plenos y puros hay, y perjudicase nuestra formación proponiéndonos cada día otros imbéciles y mancos, buenos apenas en un solo aspecto, que más bien nos echan para atrás, corruptores más que correctores.

Yerra el pueblo: harto más fácilmente marchamos por los bordes, pues la extremosidad sirve de límite, de contención y de guía,

que por el camino de en medio, ancho y abierto, y según el arte que según la naturaleza, mas también harto menos noble y meritoriamente. La grandeza del alma no consiste tanto en subir y avanzar como en saber moderarse y circunscribirse. Considera grande todo aquello que es bastante y muestra su altura prefiriendo las cosas medianas a las eminentes. Nada hay tan hermoso y legítimo como actuar bien y debidamente como hombre, ni ciencia tan ardua como saber vivir esta vida bien y naturalmente; y de nuestras enfermedades, la más salvaje es despreciar nuestro ser. Quien quiera separarse de su alma, hágalo con osadía, si puede, cuando el cuerpo se encuentre mal, para librarla del contagio; si no, por el contrario, ayúdela y favorézcala sin negarse a participar en sus naturales placeres ni a gozar de ellos conyugalmente, aportando, si es más prudente, la moderación, para que no se confundan con las penas por falta de sensatez. La intemperancia es la peste de la voluptuosidad, y no es la templanza su azote: es su aderezo. Eudoxio, que la erigió en bien soberano, y sus compañeros, que tan alto valor le concedieron, saborearon su más generosa dulzura mediante la templanza, que fue en ellos singular y ejemplar. Ordénole a mi alma que considere el dolor y la voluptuosidad con mirada igualmente equilibrada (*eodem enim vitio est effusio animi in laetitia, quo in dolore contractio*) [pues la exaltación del alma en la alegría encuadra en el mismo vicio que la depresión en el dolor: CICERÓN, *Tusc.* 4,66] e igualmente firme, mas alegremente el uno y severamente la otra, y en la medida de lo posible, tan cuidadosa para apagar el uno como para aumentar la otra. El ver sanamente los bienes implica ver sanamente los males. Y tiene el dolor algo inevitable en su tierno principio, y la voluptuosidad algo evitable en su final excesivo. Emparéjalos Platón y quiere que sea misión de la fortaleza tanto el luchar contra el dolor como contra las inmoderadas y encantadoras molicias de la voluptuosidad. Son dos fuentes de las cuales quien saca agua en el lugar, en el momento y en la cantidad convenientes, ya sea ciudad, ya sea hombre, ya sea animal, harto afortunado es. Se ha de tomar el primero como medicina, y por necesidad más escasamente; la otra, por sed, mas no hasta embriagarse. El dolor, la voluptuosidad, el amor, el odio, son las primeras cosas que siente un niño; si al aparecer la razón se someten a ella, eso es virtud.

Tengo un vocabulario muy mío: paso el tiempo, cuando es malo e incómodo; cuando es bueno, no quiero pasarlo, lo palpo, lo reten-

go. Hemos de correr por el malo y asentarnos en el bueno. Esta frase corriente de *pasatiempo* y de *pasar el tiempo* expresa la costumbre de esas buenas gentes que no creen poder hacer nada mejor con su vida que dejarla correr y escapar, pasarla, esquivarla y, en la medida de lo posible, ignorarla y evitarla, como cosa tediosa y desdenable. Mas véola yo de muy distinto modo y hállola deseable y buena, incluso en su última época, en la que estoy; y la naturaleza la ha puesto en nuestras manos, adornada con tales circunstancias y tan favorables, que no hemos de quejarnos sino de nosotros mismos si nos abruma y se nos va inútilmente. «*Stulti vita ingrata est, trepida est, tota in futurum fertur*» [La vida del necio es ingrata, intranquila; toda ella se proyecta hacia el futuro: SÉNECA, *epist.* 15,9]. Resígnome sin embargo a perderla sin pena, mas porque entraña su condición que la perdamos, no porque sea molesta o importuna. Y así, solo corresponde propiamente el no lamentar el morir a aquellos que se complacen viviendo. Existe cierta administración en el goce: gozo de ella el doble que los demás, pues la medida del goce depende de la mayor o menor aplicación que pongamos. En particular, ahora que veo la mía tan breve en tiempo, quiero aumentarla en peso; quiero detener la presteza de su huida con la presteza de mi asimiento, y compensar su apresurado fluir aprovechándola con vigor. A medida que es más corta la posesión del vivir, he de hacerla más profunda y más plena.

Sienten los demás la dulzura del contento y la prosperidad; siéntola yo como ellos, mas no pasando y resbalando. Se la ha de estudiar, saborear y rumiar, para dar gracias dignas de ella a quien nos la otorga. Gozan de los otros placeres, como del sueño, sin conocerlos. Con el fin de que ni siquiera el sueño se me escapase tan estúpidamente, pareciome bien antaño que me lo turbaran, para entreverlo. Medito una alegría conmigo mismo, no la espumo; sondéola y obligo a mi razón a recibirla, triste y harta como se ha vuelto. ¿Estoy en algún lugar tranquilo? ¿Acaríciame alguna voluptuosidad? No dejo que la roben mis sentidos, asocio a ella mi alma, no para comprometerla, sino para que se deleite; no para que se pierda, sino para que se encuentre; y hago que se vea reflejada en ese próspero estado, que pese y estime la ventura, y la aumente. Considera cuánto le debe a Dios por tener tranquila la conciencia y otras pasiones intestinas, por tener el cuerpo en su disposición natural, gozando ordenada y competentemente de las funciones dulces y agradables con las que tiene a bien compensar

graciosamente los dolores con los que su justicia nos golpea a su vez, cuánto vale el hallarse en tal situación que, mire donde mire, el cielo esté en calma a su alrededor; ningún deseo, ningún temor ni duda que enturbie el aire, ninguna dificultad pasada, presente, futura por encima de la cual no pueda pasar su imaginación sin ofensa. Gana en brillo esta consideración con la comparación de otros talentos distintos. Y así, en mil aspectos, muéstrome a aquellos a los que la fortuna o su propio error arrastra y vapulea, y también a estos que, más cercanos a mí, reciben tan apática e indiferentemente su buena fortuna. Son gentes que en verdad pasan el tiempo; van más allá del presente y de cuanto poseen, por servir a la esperanza y por sombras y vanas imágenes que la fantasía les ofrece,

*Morte obita quales fama est volitare figuras,
Aut quae sopitos deludunt somnia sensus,
[igual que los espectros que la muerte
desde el Hades despide, o las figuras
que engañan en el sueño los sentidos:*

VIRGILIO, *Aen.* 10,641-642],

las cuales apresuran y alargan su huida a medida que se las persigue. El fruto y la meta de su persecución es perseguir, así como decía Alejandro que el fin de su trabajo era trabajar,

*Nil actum credens cum quid superesset agendum.
[creyendo que nada se ha hecho
cuando resta por hacer algo todavía:*

LUCANO 2,657].

Amo yo, pues, la vida y la cultivo tal y como quiso Dios otorgárnosla. No me gustaría que careciera de la necesidad de beber ni de comer, y pareceríame pecar con no menos excusa si deseara que esta fuera doble («*Sapiens divitiarum naturalium quaesitor acerrimus*» [El sabio es un buscador muy tenaz de las riquezas naturales: SENECA, *epist.* 119,5]), ni me gustaría que nos sustentásemos con solo ponernos en la boca un poco de esa droga con la que se priva de apetito y se mantenía Epiménides, ni que procreáramos niños estúpidamente con los dedos o con los talones, sino que me agrada, hablando con respeto, que los creemos voluptuosamente también con los dedos y con los talones, ni que al cuerpo le faltara

el deseo o la excitación. Quejas ingratas e inicuas son. Acepto de buen grado y agradecido, lo que ha hecho por mí la naturaleza, y me complazco y alegro. Oféndese a ese grande y todopoderoso donante, rechazando su don, anulándolo y desfigurándolo. Siendo todo bondad, todo lo ha hecho bueno. «*Omnia quae secundum naturam sunt, aestimatione digna sunt*» [Todas las cosas conformes a la naturaleza son dignas de estima: CICERÓN, *fin.* 4,58].

De las ideas filosóficas, acepto más fácilmente aquellas que son más sólidas, es decir, las más humanas y nuestras: son mis razonamientos, conforme a mis costumbres, bajos y humildes. Páreceme la filosofía harto infantil cuando se engalla predicándonos que es feroz alianza el casar lo divino con lo terrenal, lo racional con lo irracional, lo severo con lo indulgente, lo honesto con lo deshonesto, que la voluptuosidad es cosa brutal, indigna de que el sabio la pruebe: el único placer que obtiene del goce de una bella y joven esposa es el placer de su conciencia, el de hacer un acto según las reglas, como cuando uno se calza las botas para una útil cabalgata. ¡No tendrían sus seguidores más fuerza, más nervio, más impulso al desvirgar a sus mujeres que el que tiene su lectura! No es esto lo que dice Sócrates, preceptor suyo y nuestro. Valora como es debido la voluptuosidad corporal, mas prefiere la del espíritu por tener más fuerza, más constancia, más facilidad, más variedad, más dignidad. Esta no va sola según él (no es tan fantástico), mas es la primera. Para él es la templanza moderadora, no enemiga de las voluptuosidades.

Es la naturaleza un dulce guía, mas no más dulce que prudente ni justo. «*Intrandum est in rerum naturam, et penitus quid ea postulet, pervidendum*» [Hay que penetrar en el conocimiento de la naturaleza y escudriñar a fondo lo que ella reclama: CICERÓN, *fin.* 5,44]. Busco su pista por todas partes: hémosla confundido con huellas artificiales; y ese soberano bien académico y peripatético, que es vivir según ella, tórnase, por este motivo, difícil de limitar y expresar; y el de los estoicos, parecido a este, que es consentir ante la naturaleza. ¿No es un error estimar menos dignos algunos actos por ser necesarios? No me quitarán de la cabeza que es un matrimonio muy conveniente el del placer con la necesidad, con la cual, dijo un clásico, siempre conspiran los dioses. ¿Con qué fines separamos en divorcio un entramado tejido con tan unida y fraterna correspondencia? Al contrario, reanudémoslo mediante mutuos oficios. Despierte y vivifique el espíritu la pesadez del cuerpo, cap-

te el cuerpo la ligereza del espíritu y la fije. «*Qui velut summum bonum laudat animae naturam, et tanquam malum naturam carnis accusat, profecto, et animam carnaliter appetit et carnem carnaliter fugit, quoniam id vanitate sentit humana, non veritate divina*» [Quienes alaban la naturaleza del alma como bien supremo, y acusan a la naturaleza de la carne como un mal, apetecen carnalmente el alma y huyen carnalmente de la carne, siguiendo en esto la vanidad humana, no la verdad divina: AGUSTÍN, *civ.* 14,5]. No hay parte alguna indigna de nuestros cuidados en este presente que nos ha hecho Dios; hemos de rendir cuentas hasta del mínimo pelo. Y no es misión inventada por el hombre el que el hombre se conduzca según su condición: es evidente, natural y muy principal, y nos la ha encargado el creador seria y severamente. Solo puede algo la autoridad con los entendimientos comunes, y pesa más en lenguaje peregrino. Insistamos en esto. «*Stultitiae proprium quis non dixerit, ignave et contumaciter facere quae facienda sunt, et alio corpus impellere, alio animum, distrahique inter diversissimos motus*» [¿Quién no señalaría como rasgo característico de la necedad el realizar sus obras con indolencia a la par que rebeldía, y empujar el cuerpo en un sentido y el alma en otro distinto, viéndose solicitada por estímulos muy opuestos?: SENECA, *epist.* 74,32].

Y además, a ver, que os cuenten un día las ideas y preocupaciones que tiene este en la cabeza y por las cuales aparta el pensamiento de una buena comida y lamenta el tiempo que emplea en alimentarse; veréis que no hay nada tan soso en todos los manjares de vuestra mesa como esa hermosa conversación de su alma (más nos valdría, por lo general, dormir del todo que velar por lo que velamos) y veréis que ni su razonamiento ni sus intenciones valen nuestro estofado. Aun cuando fueran las lucubraciones del mismísimo Arquímedes, ¿qué serían? No me refiero ahora ni mezclo con esta patulea de hombres que formamos y con esta vanidad de deseos y cogitaciones que nos distraen, a esas almas venerables, elevadas por ardorosa devoción y religión a una constante y concienzuda meditación de las cosas divinas, las cuales, anticipando con el esfuerzo de una viva y vehemente esperanza el uso del alimento eterno, meta final y último estadio de los deseos cristianos, único placer constante e incorruptible, desdeñan detenerse en nuestros menesterosos bienes, fluidos y ambiguos, y dejan fácilmente al cuerpo el cuidado y el uso de la pitanza sensual y temporal. Es un estudio privilegiado. Entre nosotros, son cosas que

siempre vi singularmente de acuerdo: las ideas supercelestiales y la conducta subterrenal.

Esopo, aquel gran hombre, vio a su amo orinar mientras paseaba: «Y pues —dijo—, ¿habremos de cagar mientras corremos?». Organicemos el tiempo; nos resta mucho ocioso y mal empleado. Bastantes horas tiene nuestro espíritu para hacer su trabajo sin necesidad de separarse del cuerpo durante ese poco tiempo que precisa para su necesidad. Quieren salirse fuera de sí y escapar del hombre. Locura es: en lugar de transformarse en ángeles, transfórmanse en bestias, en lugar de elevarse, rebájansen. Espántanme esos talantes trascendentes, como los lugares altos e inaccesibles; y nada me resulta tan difícil de digerir en la vida de Sócrates como sus éxtasis y sus demonios, nada tan humano en la de Platón como aquello por lo que dicen llamarle divino. Y de nuestras ciencias, parecenme más terrenas y bajas las que están más elevadas. Y no hallo nada tan humilde y mortal en la vida de Alejandro como sus fantasías en torno a su inmortalidad. Mordíole Filotas agudamente con su respuesta; habíase congratulado en una carta a él dirigida, del oráculo de Júpiter que lo había colocado entre los dioses: «Alégrome mucho por ti, mas siéntolo por los hombres, que habrán de vivir y obedecer a un hombre que supera la talla de un hombre y no se contenta con ella». «*Diis te minorem quod geris, imperas*» [Mandarás si a tus dioses obedeces: HORACIO, *carm.* 3,6,5].

Estoy de acuerdo con la noble inscripción con la que honraron los atenienses la llegada de Pompeyo a su ciudad:

Tanto más dios eres
cuanto más hombre te reconoces.

Es absoluta perfección y como divina el saber gozar lealmente del propio ser. Buscamos otra condición por no saber usar de la nuestra, y nos salimos fuera de nosotros por no saber estar dentro. En vano nos encaramamos sobre unos zancos, pues aun con zancos hemos de andar con nuestras propias piernas. Y en el trono más elevado del mundo seguimos estando sentados sobre nuestras posaderas.

A mi parecer, son las vidas más hermosas aquellas que siguen el modelo común y humano, con orden, mas sin prodigio ni extravagancia. Y es el caso que la vejez necesita que la traten más

suavemente. Recomendémosela a ese dios, protector de la salud y de la sabiduría, mas para que sea alegre y sociable:

*Frui paratis et valido mihi,
Latoe, dones, et, precor, integra
Cum mente, nec turpem senectam
Degere, nec cythara carentem.*

[Otórgame, oh hijo de Latona,
el gozar sano de lo que hay,
pero también, por favor, ahórrame
una vejez triste y sin cítaras:

HORACIO, *carm.* 1,31,17-20].

FIN